



# LUCIAN BOIA

## EL JUEGO CON EL PASADO

La historia entre verdad y ficción

**Lucian Boia** (1944), historiador rumano, fue profesor titular en la Facultad de Historia de la Universidad de Bucarest-Rumania. Su obra es extensa y variada, comprende numerosos títulos editados en Rumania y Francia, así como sus traducciones en inglés, alemán, húngaro, italiano y español. Lucian Boia ha adquirido una notoriedad europea y ocupa un lugar privilegiado en Francia donde ha publicado una decena de libros. Entre sus preocupaciones históricas se encuentran la historia de las ideas, del imaginario, de los fundamentos teóricos de la historia, al igual que la investigación sobre una amplia gama de temas desde la perspectiva de la “desmitologización” histórica (comunismo, nacionalismo, democracia, el fin del mundo, entre otros). Entre sus obras traducidas al español tenemos: *Entre el ángel y la bestia*, Andrés Bello, Santiago de Chile. 1997. Traducción del francés de Andrea Morales. *¿El fin de Occidente? Hacia el mundo de mañana*, Editorial Eneida, Madrid, 2015. Traducción del rumano de Joaquín Garrigós. *La tragedia alemana, 1914-1945*, Editorial Catarata, Madrid, 2018. Traducción del rumano de Joaquín Garrigós. *Diálogos lapunkt entre Lucian Boia y Cristian Pătrășconiu. El juego con el pasado: historia y verdad*. Traducción del rumano al español, introducción y notas de Miguel Ángel Gómez Mendoza. Universidad Tecnológica de Pereira-Colombia. Prólogo Marco Antonio Jiménez García, Universidad Nacional Autónoma de México. UNAM. Pereira: Editorial Universidad Tecnológica de Pereira. 2019.

La Editorial de la Universidad Tecnológica de Pereira tiene como política la divulgación del saber científico, técnico y humanístico para fomentar la cultura escrita a través de libros y revistas científicas especializadas.

Las colecciones de este proyecto son: Trabajos de Investigación, Ensayos, Textos Académicos y Tesis Laureadas.

Este libro pertenece a la Colección Trabajos de Investigación.

**LUCIAN BOIA**  
**EL JUEGO CON EL PASADO**  
**La historia entre verdad y ficción**

Prólogo a la edición en español por Bernard Lavallé.  
Profesor Universidad de la Sorbona Nueva - París 3 - Francia

Traducción del rumano por Miguel Ángel Gómez Mendoza.  
Profesor Universidad Tecnológica de Pereira - Colombia



Colección Trabajos de Investigación  
Facultad Ciencias de la Educación  
2019

Lucian Boia. El juego con el pasado : La historia entre verdad y ficción / Traductor Miguel Ángel Gómez Mendoza. -- Pereira : Universidad Tecnológica de Pereira, 2019.  
128 páginas. -- (Colección Trabajos de investigación).

ISBN: 978-958-722-370-5

e-ISBN: 978-958-722-676-8

1. Historia – Filosofía 2. Civilización – Filosofía 3. Imperio Romano – Historia 4. Metodología científica 5. Materialismo Histórico

CDD. 949

©Humanitas, 2018. ediția a VI-a

© Lucian Boia: Copyright 2019. București: Humanitas

© De esta edición: Universidad Tecnológica de Pereira

© De esta traducción: Miguel Ángel Gómez Mendoza

© De la fotografía de la cubierta: Editura Humanitas

Primera edición, 2019

Proyecto de investigación

El juego con el pasado: la historia entre verdad y ficción, una introducción a la obra histórica de Lucian Boia. Código VIIIE 4-17-4

Universidad Tecnológica de Pereira

Vicerrectoría de Investigaciones, Innovación y Extensión

Editorial Universidad Tecnológica de Pereira

Pereira, Colombia

**Coordinador editorial:**

Luis Miguel Vargas Valencia

luismvargas@utp.edu.co

Teléfono 313 7381

Edificio 9, Biblioteca Central “Jorge Roa Martínez”

Cra. 27 No. 10-02 Los Álamos, Pereira, Colombia

www.utp.edu.co

**Montaje y producción:**

David Restrepo Suárez

Universidad Tecnológica de Pereira

Pereira

## CONTENIDO

Prólogo.....	4
Para el lector.....	7
Una palabra con dos sentidos.....	8
¿Se derrumbó o no el Imperio Romano?.....	9
Caballeros y microbios.....	11
Un mundo de imágenes.....	14
Sobre la estructura y la lógica del imaginario.....	18
En búsqueda de lo absoluto.....	22
Esos hombres diferentes a nosotros.....	27
“Unidad” – un concepto no precisamente unitario.....	34
Predestinación geográfica y teoría de las fronteras “naturales”.....	37
Quién habla de quién: historia y alteridad.....	41
Conspiradores.....	48
En búsqueda del primer momento.....	51
Historia, magistra vitae.....	55
Estrategias de evasión.....	58
Atenuación o conflicto.....	65
El complejo historiográfico.....	70
La inevitable ideología.....	77
“La historia se hace con documentos”.....	87
Entre el Mediterráneo y Felipe II: el enrevesado problema de la causalidad.....	98
Juegos de guerra.....	108
Europa.....	123
¿El fin de la historia?.....	125
¿Verdad? ¿Ficción? O ¿sencillamente historia?.....	127
Índice de nombres.....	131
Índice temático.....	135

## Prólogo.

Como notaba Fernand Braudel, a la vez por su antigüedad y los procesos de filiación nacidos de ella en lo esencial a finales del siglo XIX, la historia ocupa desde muchos aspectos una posición estratégica en la encrucijada de las diversas ciencias sociales. Así se explica en parte por qué éstas a veces le han manifestado cierto recelo y han tratado de mantenerla a raya reenviándole una imagen a veces distorcionada o metiendo el dedo donde le podía doler.

Si de una manera general los historiadores en los comienzos han tenido una marcada preferencia por una práctica empírica y se han alejado de la reflexión teórica, hace tiempo ya que no pocos de ellos se han percatado de que, en paralelo con su labor puramente investigativa, debían interrogarse sobre los condicionamientos en que estaban inmersos, los medios de que disponían y los límites de distintas naturaleza y origen que se les imponían en su quehacer.

A veces con rodeos forzosos y/o sobreponiéndose a notables reticencias de parte del establishment universitario, este proceso auto-reflexivo se ha ido abriendo paso desde hace más o menos un siglo, por ejemplo en Francia con la llamada Escuela de los Annales, en Gran Bretaña alrededor del concepto de historia social. Después, la impronta marxista, obligada en media Europa, impactante en otros países incluso entre historiadores no afiliados a partidos políticos con tal posicionamiento, ha ocupado durante décadas de la segunda mitad del siglo pasado un sitio a la vez aparte y, en ciertos sectores, dominante.

La historia no podía quedar fuera y no darse por aludida en la época de las reconsideraciones de la crisis intelectual, ideológica y generacional de finales de los años 1960, tanto en América como en Europa. Dado el peso académico de los magisterios arriba indicados, desde horizontes diversos surgieron por esas fechas cuestionamientos a veces radicales, sistemáticos, algunos de ellos hipercríticos, de todo lo que hasta entonces se había hecho. ¿Cómo reducir el desfase a menudo evidente entre el discurso histórico y la realidad del pasado? ¿Cómo seguir proporcionando al imaginario colectivo un conjunto de relatos verídicos pero sin encasillarlo en el dogmatismo estancado y participando así en una escuela de la libertad?

Surgió entonces una serie de planteamientos novedosos (recuérdese la expresión *nouvelle historie* tan en boga hace unas décadas) algunos de ellos francamente iconoclastas ante la doxa hasta entonces imperante, otros más modestos, prudentes



o cortos de vista, dando tan sólo trajes puestos al día a rancias preocupaciones. Entre las orientaciones más interesantes y portadores de verdaderas innovaciones se pueden citar la puesta en tela de juicio de la excesiva rigidez del marxismo ortodoxo, las conquistas de la historia estructuralista que se abrió al análisis de los mitos, de los textos y de los rituales, la toma en cuenta de las discontinuidades y de la relación, los aportes de un marxismo renovado o “de frontera”, de la lingüística, de la semiótica y del psicoanálisis, la reaparición de la historia política tan arrinconada por no decir negada por el marxismo y el surgimiento de la historia del tiempo presente.

Estos movimientos intelectuales marcaron profundamente las décadas de 1960 a 1980, terminando la última con el derrumbe del marxismo político y del socialismo real que abrió el inicio de una nueva era en muchísimos aspectos.

El presente libro se sitúa en el mismo corazón de todas esas interrogaciones, de todos esos cuestionamientos. Si, como insiste acertadamente el autor la producción histórica depende en muchos aspectos de la perspectiva a partir de la cual se construye, el posicionamiento del profesor Boia es sin duda esencial para entender esa serie de reflexiones-paseos que él nos propone.

Nació se formó y ejerció buena parte de su carrera docente en un país en el que el marxismo era el método insoslayable, incuestionable y marmóreo, pero, como demuestra su texto, esta realidad no le había impedido mantenerse al corriente del movimiento general y de las evoluciones de la historiografía internacional. Sin embargo, como no hay bien que por mal no venga –digámoslo así – es indudable que la situación de un profesor e investigador rumano de la segunda mitad del siglo XX le daba una posición desde muchos aspectos especial, relativamente a las evoluciones del quehacer histórico internacional que podía apreciar con a la vez un distanciamiento y una perspectiva de la que carecían forzosamente sus colegas del entonces llamado mundo capitalista.

La veintena de capítulos de este libro son una especie de paseo, con aparente libertad de selección y tono– a veces con aparentes rodeos y/o apartes - pero en el fondo con una sólida organización demostrativa y pedagógica cuando se mira retrospectivamente. No están pensados y escritos con la seriedad (no pocas veces pesada) del magisterio y de su voluntad (¿a la fuerza?) demostrativa. Dan más bien la impresión de que los diversos temas tratados surgen como recuerdos de los problemas que un profesor universitario ya retirado se rememora a la vez recordando sus propias interrogaciones, sus entusiasmos o sus dudas y el balance que la edad y su posición académica actual le permiten con una relativa serenidad matizada a veces de algo que se parece a la ironía y tal vez a la auto-ironía.



El título y el subtítulo del libro ya indican también otras de sus tonalidades esenciales. El juego con el pasado. La naturaleza polisémica de la palabra juego ya de por sí abre muchas puertas y desde el inicio deja al lector ante dudas (o sospechas) que el autor ira aclarando, pero en una especie de diálogo con el lector, un compañerismo siempre benevolente y nunca ex cátedra.

Por otra parte, el subtítulo la historia entre verdad y ficción puede leerse como una provocación evidentemente intencionada o una especie de credo de los campos a los que se debe atrever la historia y de los límites o anunciadas contradicciones que todo investigador ya de antemano debe conocer y ha de interiorizar, a la vez para tener bien conscientes los marcos en que trabaja y lo relativo de los resultados y éxitos a los que puede pretender.

No es éste el lugar de proceder a una especie de reseña apretada de las páginas que siguen. El lector se hará su propio concepto acompañando al autor en sus peregrinaciones amenas y a veces sorprendentes en campos que otros han intentado tratar a veces con cierta aridez de apariencia más sabia.

Gracias por último al traductor por ofrecer de manera asequible a la comunidad científica internacional un libro-balance de una vida científica, esto es de investigación y docencia, que sin pretensiones ni bambolla teórica, plantea prácticamente todos los problemas con los que el historiador se topa y modestamente sugiere soluciones.

Bernard Lavallé  
Universidad de la Sorbona Nueva. Paris 3



## Para el lector

### (Prefacio a la primera edición, 1998)

Lo que sigue no tiene nada en común con un tratado erudito de teoría de la historia. Hice abstracción, de modo deliberado, de casi todo lo que se ha escrito sobre la materia. No me ha interesado retomar viejos argumentos, sino exponer mis propias ideas. Pocas referencias bibliográficas, remito a aquellas contribuciones que me ofrecieron, en gran medida, puntos de apoyo para una construcción que, en conjunto, me pertenece. Es un trabajo totalmente personal, lo que no significa que sea del todo original. No puedo pensar de otra manera como piensan por lo menos algunos de mis contemporáneos. Se observará fácilmente que me inscribo en la línea de un relativismo científico, afirmado de manera insistente desde hace unas décadas atrás. Pero en el marco estricto de la historia, me asocio a las interpretaciones que toman en consideración el *texto* o el *discurso* como elaboraciones relativamente autónomas respecto al pasado al que se refieren y que dependen simultáneamente de las estructuras del imaginario y de la acción de las ideologías.

Partiendo de la historia, me devuelvo a ella, después de un largo peregrinaje por el mundo del imaginario. Así, cuando me he dejado seducir por la historia del imaginario, no incluí desde un comienzo a la historia entre los campos susceptibles de ser interpretadas también por el imaginario. Me han preocupado en primer lugar las ficciones cósmicas, luego el impresionante arsenal del “fin del mundo”. Me detuve sobre el experimento comunista, apreciado como mitología científica materializada. He seguido la gama de las creaciones biológicas, las reglas con las que se inventan los “hombres diferentes” o que devienen “diferentes”, los hombres como cualesquiera otros. Estos caminos a través del imaginario me pusieron frente, de hecho, a una verdad simple, tan simple, que casi no la tomo en cuenta: aquella de que todo pasa por nuestra mente, a través de nuestra imaginación, desde la más sumaria representación hasta las más sabias composiciones. ¿Qué otra fuente podría existir? Pero lo que imaginamos no es nunca gratuito. No existe ficción carente de sentido. Incluso hasta en los planetas más alejados proyectamos las esperanzas, los prejuicios y nuestras ilusiones, nuestras ideologías, nuestras preocupaciones corrientes.

Mucho más en la historia, medio privilegiado de expresión de la conciencia colectiva. La historia es también una construcción intelectual, no un dato objetivo. Ha llegado el momento de inclinarme sobre ella, intentando alinearla en lo que me parece ser un sistema global de interpretación. La *historia del imaginario* no puede ser dejada por fuera del *imaginario histórico*. El círculo de esta manera se cierra. Me he propuesto, en una primera etapa, en *Istorie și mit în conștiința românească*,



descifrar los sentidos de las relaciones de los rumanos con su propia historia. No obstante, los rumanos no son la excepción, salvo por algunas acentos particulares. Existe en general una lógica de la historia, un mecanismo propio de reelaboración y actualización del pasado. La historia tiene su *condición*; sobre esta condición y sobre muchos otros aspectos con relación a la historia, así como la entiende el autor, se hablará en el presente ensayo.

## Una palabra con dos sentidos

Inventamos palabras y, luego, nos dejamos subyugar por ellas. Sin palabras, no existiría el conocimiento, pero también las palabras se constituyen en entidades independientes, obstáculos que se interponen entre nosotros y el “mundo verdadero”. Ellas nos acercan y, al mismo tiempo, nos alejan de la esencia de las cosas. La independencia del espíritu presupone un estado de vigilancia semántica, no aceptación de la tiranía de estos inevitables intermediarios.

*Historia* es esa palabra desconcertante. Pocos piensan en su sentido. Historia es historia, todos lo sabemos. Tampoco los historiadores, con pocas excepciones, van más allá. Ellos *hacen* historia más que pensarla.

Se debería, desde un buen comienzo, estar atentos, porque la historia como “ciencia” presenta la curiosa particularidad de llevar el mismo nombre de su objeto de investigación. Con otras palabras, la misión de la historia es la de reconstituir la historia. Denominamos de la misma manera dos conceptos diferentes, por más que quisiéramos aproximarlos: historia en su desarrollo efectivo e historia como representación, la imagen aspira a confundirse con la realidad. Lo que es una herejía, y no precisamente inocente. La identificación de las dos palabras se alimenta de la profunda necesidad sentida de anclar en el pasado. La historia es la única realidad que podemos evocar (reduciendo en última instancia a la historia) y sería inconcebible dejarla que se nos escurra entre los dedos. El pasado significa legitimación y justificación. Sin pasado, no podemos más estar seguros de nada.

Con que nos encontramos frente a una ilusión, casi no habría que demostrarlo. ¿Cómo revivir la historia, cómo traerla al presente? Es muy grande para que quepa en las carátulas de unos libros, muy grande para estar comprendida también en las paredes de una biblioteca.

La atracción que nos genera la historia presupone, así mismo, primero que todo, un proceso de selección. Una selección extremadamente drástica, luego de la cual



lo que queda, cuantitativamente hablando, es ínfimo frente a la “carga” real del pasado. Se puede, no obstante, avanzar también en esta perspectiva un argumento susceptible de tranquilizarnos. Seleccionamos, obvio, pero no cualquier cosa y de cualquier manera. Elegimos elementos importantes, representativos, significativos. La historia que producimos es más pequeña que la historia real, pero se parece casi hasta la identificación. Es la historia más reducida en escala, su replica sintética. Aquí estamos aparentemente seguros, con la condición de tener creencia ilimitada en las palabras. ¿Pero, acaso las palabras no nos hacen otra vez una broma? ¿Qué significa: importante, representativo, significativo? Debemos confesar que no significan otra cosa distinta a lo que queremos que signifiquen.

## ¿Se derrumbó o no el Imperio Romano?

En el año 476, Odoacro, el rey de los Hérulos, expulsó del trono a Rómulo Augusto, último emperador romano de Occidente. Este acontecimiento recibe el célebre nombre universal de “caída del Imperio Romano”. Fue visto mucho tiempo como un acontecimiento mayor de la totalidad de la historia; se derrumbó, entonces, la más amplia y durable construcción política que haya conocido la humanidad, se cerró la existencia de la radiante civilización antigua y se dio el gran paso de la Antigüedad a la Edad Media. Hecho curioso, los contemporáneos no parece haber observado algo. ¿Cómo imaginarse efectivamente que se terminó el día en la Antigüedad y se despertaron al otro día en la Edad Media? Pero no notaron ni el hecho más prosaico de la desaparición del imperio. Un viejo dilema se plantea en este punto. ¿Acaso los contemporáneos son observadores privilegiados de su propia historia o vagan sin saberlo entre sus arcanos, como Fabricio del Dongo en el campo de batalla de Waterloo? Dicho de otra manera, ¿la historia se ve y se entiende mejor desde el interior o desde afuera, de cerca o de lejos? Difícil de decir cuál es el puesto óptimo de observación, con seguridad, no obstante, desde cada lugar la historia se aprecia diferente.

Los hombres del año 476 tenían sus motivos para no ver nada fuera de lo común. Los hérulos de Odoacro no eran una presencia insólita. Desde hacía varias generaciones, las fronteras dejaron de ser impermeables y olas de “bárbaros” desbordaban sin descanso el mundo romano. Las provincias estaban ya perdidas. El imperio se dividió en el año 395. Ahora, Odoacro enviaba las insignias imperiales a Constantinopla, reconociendo la autoridad de un solo emperador. Lo que más tarde se consideró como un derrumbe pudo parecer en la época justo como una reunificación. El imperio devenía de nuevo uno. De esta manera, las principales instituciones romanas sobrevivieron el fatídico año. Durante el tranquilo tiempo de tres cuartos de siglo, los



cónsules continuaron sucediéndose en Roma, exactamente bajo su imperio, antes, en el tiempo de la república; el senado, igualmente, se mantuvo. Hacia mediados del siguiente siglo, el emperador de Constantinopla, Justiniano, amplió la autoridad efectiva sobre una buena parte del Imperio de Occidente, si bien no por mucho tiempo. Así, lo que los eruditos llamaron más tarde Imperio Bizantino se denominó, de hecho y derecho, hasta el final, hasta la caída de Constantinopla bajo los turcos, Imperio Romano. En Occidente, Carlomagno en el año 800 y Otón el Grande en 962 reconstituyeron el mismo imperio. Oficialmente, el “Sagrado Imperio Romano” duró hasta el año 1806, cuando Napoleón, en el camino de unir a Europa a su propio proyecto imperial, puso fin a las ficciones, determinando al emperador “romano” a llamarse, de forma más modesta, emperador de Austria, lo que era en realidad. Hasta una época reciente, cuando las construcciones imperiales se multiplicaron (hoy, cualquiera puede llegar a ser emperador si lo desea y las circunstancias le permiten, así como procedió el pequeño dictador Bokassa en África Central), el imperio real o imaginario, era uno, universal y evidente, romano. Inclusive Moscú empezó su carrera imperial transfigurándose simbólicamente en una tercera Roma (después de Roma la verdadera y Constantinopla). Se creyó durante mucho tiempo que la fórmula romana es la última composición imperial, hasta el final del mundo y del Juicio Final (o, según una versión alternativa, el reino mesiánico). Como mundo, evidentemente, continúa existiendo, continúa su existencia también el imperio, de acuerdo con una argumentación de una lógica a toda prueba.

De esta manera, se explica por qué la “caída del Imperio Romano” fue descubierta mucho más tarde. El acontecimiento se tomó su revancha, tomó tiempo y, durante siglos, el famoso dato fue escrito en los libros de historia con cifras más amplias que cualesquiera otras. Pero, hace tiempo, las cosas tomaron un nuevo giro. En la medida en que las estructuras tienden a preocuparnos mucho más que el acontecimiento, no tenemos mucho que hacer con el año 476. Odoacro, Rómulo Augusto –¿a quién le importan estos personajes?–. Las interpretaciones actuales se apropian un poco (aunque por diferentes motivos) de la perspectiva de aquellos que vivieron entonces y se diferencian de las teorías catastróficas de los eruditos modernos, que dramatizaron en exceso el proceso de transición de la Antigüedad a la Edad Media. Tenemos que ver no con un momento, sino con una larga evolución, algunos siglos antes del derrumbe del Imperio Romano, algunos siglos después, en el curso de los cuales se ha vuelto a elaborar un sistema completo de civilización. La tesis del historiador belga Henri Pirenne, sintetizada en la fórmula “Mahoma y Carlomagno”, es elocuente para el paso de un sistema de interpretación a otro. Los personajes símbolo no son más Odoacro, Rómulo Augusto, sino Mahoma y Carlomagno, otra vez la fase decisiva se desplaza del siglo V al siglo VII y VIII.



Al mismo tiempo, las evoluciones económicas devienen más significativas que las políticas. Según Pirenne, la conquista árabe (Mahoma) rompería en dos el espacio mediterráneo, arruinando el comercio antiguo y empujando a Europa Occidental hacia una economía natural y al sistema social-institucional del feudalismo (Carlomagno). La tesis en sí misma no convenció. Ella ilustra, sin embargo, cómo sacar de la discusión al obsesivo año 476 y la apertura hacia un abordaje estructural, con múltiples variantes e interpretaciones derivadas.

Lo que nos interesa por el momento son los avatares de un hecho que empezó por no existir y que se convirtió, luego, en una referencia histórica irrefutable y, finalmente, parece en vía de disolverse en el océano de una problemática infinita de compleja. ¿Es o no es significativo el año 476? ¿Es un acontecimiento crucial o un no acontecimiento? Reconozcamos que solo es necesario una mínima dosis de habilidad profesional para argumentar igual de bien el derrumbe del Imperio Romano a finales del siglo V o, por el contrario, su sobrevivencia (o, la elección, diversas soluciones de compromiso entre estas dos variantes).

## Caballeros y microbios

No se podría decir que la peste negra tendría una presencia no significativa en la historia de Europa. Tampoco que la gran epidemia que cubrió las costas del Mediterráneo y Europa Occidental alrededor del año 1348 pasara desapercibida por los hombres de su tiempo o los historiadores posteriores. *El Decamerón* de Bocaccio está tejido, precisamente, sobre este terrible acontecimiento. Durante algunos siglos, la peste fue una de las obsesiones de Occidente y, efectivamente, un factor mayor de mortalidad. Todo esto era conocido por los historiadores, no obstante, no cabían, sino muy ocasionalmente, en sus preocupaciones. Mucho más que la sanidad de los hombres, les preocupa la sanidad de los Estados (explicable, de esta manera, la preocupación con la que se ocuparon del final del moribundo Imperio Romano). Cómo se mataban entre sí los hombres parecía más interesante que el modo cómo fallecían a causa de un microbio invisible.

Verifiquemos, sin embargo, esta afirmación. Tengo a la mano una historia lo más representativa posible: *Histoire générale du XV<sup>e</sup> siècle à nos jours*, editada por Ernest Lavisse y Alfred Rambaud; una de las síntesis más reputadas publicadas a finales del siglo XIX. El volumen III (publicado en 1894) trata el período 1270-1492 en no menos de 984 páginas. Dentro de estas, casi un centenar vuelven sobre la Guerra de los 100 años entre Francia e Inglaterra, evocada en todas sus peripecias (¡en promedio, una página por año!). La peste, que se desquitó con los



hombres exactamente en el mismo tiempo, es algo muy difícil de encontrar. En Francia, está ausente completamente, devorada por los acontecimientos político-militares. No obstante, aparece en dos momentos en el capítulo consagrado a Italia: “En el siguiente año, una gran peste devastó Italia (ella fue descrita de manera maravillosa por Bocaccio)”, de donde resultaría que el principal efecto de la peste fue *El Decamerón*. La epidemia inglesa tiene, sin embargo, el derecho a algunos diez renglones. Su autor no ignora el desastre demográfico, pero pasa rápido sobre él, para entretenerse sobre el crecimiento de los salarios, consecuencia de la expansión de la mano de obra. Curioso punto de vista (para nosotros): pueden perecer la mitad de los habitantes de un país y los historiadores no pierden la sangre fría, porque no es este, en el fondo, su problema. Los salarios son más importantes que los hombres y los conflictos políticos y militares más importantes que nada.

Apenas en la mitad del siglo XX (con excepción de unos trabajos pioneros con impacto limitado sobre las interpretaciones de conjunto), los investigadores del pasado descubrieron la demografía y, con ella, la medicina, el cuerpo humano, la salud y la enfermedad, el nacimiento, las edades del hombre, la muerte... Los descubrieron porque todos ellos son problemas mayores de la sociedad. Y, de esta manera, la epidemia de la peste superó su condición de acontecimiento anecdótico o marginal y fue integrado en los grandes mecanismos de la historia. Se le imputa –no exclusivamente, pero en mayor medida– la caída en un cuarto o en un tercio o aún más de la población de Occidente en el siglo que siguió a la primera oleada microbiana (¡en el caso de Francia, se avanzó el porcentaje del 42!). Ninguna guerra ha provocado alguna vez semejante catástrofe. La única comparación que me viene en mente –sugerida por Emmanuel Le Roy Ladurie– es una guerra bacteriológica o nuclear. La Edad Media tuvo su guerra “nuclear” que los historiadores ignoraron, ciegos por los hechos de armada insignificantes de la Guerra de los 100 Años, ¡con sus caballeros de malla!

Pero la saga microbiana no se detiene aquí. La conquista y la colonización de América fue, a su vez, doblada por una invisible, pero terrible, guerra bacteriológica, todavía más devastadora de lo que fue la peste en Europa. No la brutalidad de los conquistadores, así como se ha creído, sino los microbios llevados por ellos darían el golpe de gracia a las civilizaciones amerindias. El mecanismo de este proceso es denominado, también, por Le Roy Ladurie como “unificación microbiana el mundo”. Hasta la época moderna, los diferentes espacios de civilización han evolucionado de manera separada, teniendo no solamente su propio perfil cultural, sino también su propio fondo microbiano. Los primeros contactos tuvieron consecuencias devastadoras a causa del hecho de que la población no inmunizada fue expuesta de



manera brusca a unas enfermedades, relativamente benignas o con efecto atenuado en su propio espacio de evolución. Gradualmente, se produjo un igualamiento, un “mercado común bacteriano”, pero durante siglos el tributo pagado por la unificación del mundo fue inmenso. La catástrofe suprema tuvo lugar en América, donde, entre 1500 y 1600, el límite demográfico se derrumbó de decenas de millones a solo algunos millones: un desastre sin igual en toda la historia de la humanidad <sup>1</sup>.

Aquí están dos historias que no se parecen mucho entre sí. No voy a arbitrar entre los guerreros caballeros medievales y los no menos agresivos microorganismos. Tanto más, los microorganismos necesitan ceder frente a unas interpretaciones más complejas. La epidemia de mediados del siglo XIV está así subordinada a unos desórdenes socio-económicos y demográficos globales: la población creció más rápido de lo que podían crecer los medios de subsistencia. La peste golpeó, de esta manera, a un organismo social ya frágil<sup>2</sup>. Todas las interpretaciones tienen su parte de justificación, como, podemos estar seguros, toda exageración, poniendo en evidencia a unos o a otros actores de la historia. Además, no existe afirmación que no comprenda en sí misma una exageración, por el inevitable hecho de que no puede ser sino “parcial”. La verdad completa y perfectamente equilibrada no tiene cómo ser atrapada en ninguna fórmula. Solo podemos tomar nota de la relatividad de cualquier elección, de la imposibilidad de “balancear” los significados con una pesa universal e invariable. El juego limitado al que nos hemos referido sugiere una competencia generalizada entre muchos factores efectivos o potenciales. Sus filas crecen al ritmo de nuestra propia curiosidad. Cuando la historia estaba predominantemente centrada en las efemérides-política, la situación todavía podía estar bajo control. La actual inclinación hacia una historia global, con otras palabras hacia una historia no discriminadora, abierta a cualquier problema, sacude por completo las jerarquías. La aportación de la antropología, el manifiesto interés por las mentalidades y los comportamientos, el descenso al nivel del individuo y de la vida cotidiana hace que todo sea significativo, igual de significativo, en función del perfil de la encuesta que iniciamos y de la perspectiva desde la que observamos. La alimentación, el sexo, la moda e, incluso, los gestos más banales pueden llegar a ser igual de reveladores o aún más reveladores que los indicadores económicos mundiales o las grandes decisiones políticas (lo recíproco es igualmente válido). Ya no existe historia, sino historiadores. De hecho, la “historia” no ha significado nunca

---

1 Las informaciones e interpretaciones “microbianas” son tomadas del artículo de Emmanuel Le Roy Ladurie, “Un concept: l'unification microbienne du monde (XIVe -XVIIe siècles)”, en *Le territoire de l'historien*, II, Gallimard, Paris, 1978, pp. 37-97.

2 Sobre la crisis del siglo XIV, una visión de conjunto se encuentra en Fernand Braudel, *L'identité de la France. Les hommes et les choses*, II, Flammarion, Paris, 1990, pp. 153-165.



otra cosa que las “historias”. Solo que ahora, al tomarse en cuenta su diversidad, ha devenido mucho más visible. Además, nosotros estamos también más dispuestos a percibir lo que fue siempre una inherente diversidad.

## Un mundo de imágenes

Multitud de renacimientos del pasado ofrecen un argumento suficiente para nuestra incapacidad de revivirlos de verdad. La historia no es realidad, sino representación. Su condición es la *imagen*. Sin embargo, no es sobre esta constatación que se manifiesta el desacuerdo. El desacuerdo tiene que ver con el concepto mismo de *imagen*. Nos hemos acostumbrado a creer que la imagen, por lo menos la imagen correctamente elaborada, refleja de manera fiel un segmento de realidad. ¿Es eso un hecho?

De cuando en cuando, mi perrita levanta los ojos hacia la televisión. No obstante, renuncia después de un segundo de búsqueda. La escena real le apasionaría, con seguridad; pero no el simulacro de vida expuesto en la televisión. No está dispuesta a participar en algo así. Parece ser consciente de un hecho que los telespectadores no saben o no quieren saberlo. ¡Y es que lo que ve no es verdad!

Su actitud demuestra (por lo menos con relación al pensamiento humano) un déficit de inteligencia. A nosotros nos ayuda la inteligencia para establecer puentes entre mundos diferentes y traducir la realidad en lenguaje y el lenguaje en realidad. Pero también la inteligencia nos tiende trampas: nos acerca y, en la misma medida, nos aleja de la realidad efectiva, predisponiéndonos a la aceptación de un compromiso en el que el lenguaje o la imagen sustituyen al mundo verdadero.

La capacidad típica humana de autoengaño explica la facilidad de la manipulación por la imagen. Cuando la Revolución rumana de diciembre de 1989 fue transmitida en directo en todo el mundo, nadie pensó que, en el tumulto de los acontecimientos, proyectados minuto a minuto en la pantalla de televisión, podrían quedar presos en la red de una extraordinaria manipulación. Cómo imaginar algo así cuando lo que se ve es *verdad*, con auténticos actores, con escenas filmadas en vivo... El filme documental provoca, desde su comienzo, el mismo tipo de ilusión, la satisfacción del descubrimiento –¡por fin!– de un testigo objetivo e incorruptible de la historia. La historia escrita en la película parece ser pura y simple *historia*. Debí pasar un tiempo para mostrar los peligros escondidos detrás de estas tentaciones. El filme documental se puede apropiarse mucho más que otros medios de grabación, si no de la realidad esencial, por lo menos, de su superficie; pero también el filme



documental, precisamente porque se le admiten semejantes virtudes, puede asimismo mentir mejor. Puede sugerir una interpretación opuesta de 180 grados de realidad, apoyada, sin embargo, por imágenes extraídas de la más pura realidad. La propaganda de los regímenes totalitarios usó al máximo esta oportunidad; pero, en un contexto democrático, el documental filmado no hace y no puede hacer otra cosa que organizar el mundo según unos criterios ideológicos, con la única diferencia que, en una sociedad abierta el abanico de estos, es más amplio y más matizado.

Vivimos en un mundo de imágenes múltiples y contradictorias. No bebemos la realidad, solo percibimos su inagotable imagen. Y, además, ¿qué otra cosa significa cada uno de nosotros que una suma de imágenes, su imagen sobre sí mismo e imágenes de todos los otros sobre él? De manera objetiva, *existimos*, pero solo tenemos acceso a nosotros mismos a través de un juego de imágenes.

No es fácil decidir cual de las imágenes se encuentra más cerca o más lejos de la verdad. En el *Tratado de semiótica general*, Umberto Eco, se detiene en una nota detallada sobre las contradictorias representaciones del rinoceronte. Durante varios siglos, el impresionante animal fue recibido mediante el famoso grabado de Dürer, que lo representa cubierto con un armadura de escamas. Hecho interesante y revelador para la fuerza de la imaginación, su representación fantástica se extendió hasta el período cuando las exploraciones africanas puso a los europeos frente a un rinoceronte auténtico. Hoy, el rinoceronte ya no se dibuja más, sino que es fotografiado o filmado. Eco duda no obstante que la fotografía sea más realista que la interpretación de Dürer. Las escamas desaparecieron, de nuevo la apariencia es la de un animal con la piel suave. De hecho, si no asumimos el riesgo de poner la mano sobre la exótica criatura, podría ser que sintamos algo, diferente de lo que sugiere tanto el grabado como la fotografía, en cierto modo, entre las dos representaciones: una piel dura y rugosa, como sugerida, por la amplificación, de las escamas imaginadas por Dürer. Tanto el dibujo como la fotografía son “traducciones”, cada una en su propio lenguaje, no tienen cómo ser réplicas perfectas de la realidad.

El cuento con el rinoceronte expresa a una escala muy modesta lo que sucede cuando se habla de la representación de la historia, elaboración infinitamente más compleja que la dialéctica de las imágenes evocadas hasta ahora.

La epistemología juega hoy la carta del relativismo, la verdad absoluta queda atrás como una fórmula sumamente optimista del siglo XIX. Para Karl Popper (*La lógica del la investigación científica*), nada puede ser confirmado de manera definitiva, solamente aceptado provisionalmente; ¡las teorías de la verdad de hoy tienen toda



la posibilidad de ser las teorías falsas de mañana! En Thomas Kuhn (La estructura de las revoluciones científicas), la “verdad” se subordina a los paradigmas de esos modelos científicos globales que cada época se construye. Una teoría es aceptable en la medida en que no contradice el paradigma dominante, de lo contrario, incluso por “verdadera” que sea, no tiene cómo vincularse con las estructuras aceptadas del conocimiento. En las nuevas síntesis culturales –nuevos paradigmas y nuevas teorías–. Ya no nos detenemos en el anarquismo científico de un Paul Feyerabend (*Contra el método*), rebelde frente a cualquier autoridad y cualquier principio, adepto al precepto según el cuál en materia de conocimientos ¡“todo es bueno”!

La ciencia actual se representa como un producto de la civilización occidental. Hay comentaristas que niegan la pretensión de que ella representa la única vía hacia la verdad, restringiéndola a la esfera característica de las representaciones del hombre europeo. Si hubiera nacido en la China o en la India es de presuponer que aparecería de otra manera. Otras interpretaciones del fenómeno científico bajan el nivel del análisis a los destinos individuales, interrogando la biografía de los sabios. La educación recibida, la carrera, las conexiones sociales, las inclinaciones religiosas, ideológicas y políticas, todas dejan sus huellas en la obra científica. ¿Cómo quedamos entonces con la objetividad científica y la verdad?

Puede que la respuestas más adecuadas para esta pregunta las haya dado el gran físico Niels Bohr, al que se atribuye la siguiente frase famosa: ¡“Una verdad profunda presupone que su contraria es no menos una verdad profunda!”<sup>3</sup> Salimos, poco a poco, de la ilusión científicista del siglo XIX. Desde entonces se ha pretendido también en la literatura y en el arte el abordaje “correcto” de la realidad. Pero ¿qué significa, en el fondo, el “realismo” literario artístico sino un código igual de artificial como cualquier otro, con nada más “realista” que el romanticismo, el simbolismo o el suprarrealismo? Lo que se ha llamado realismo no dice, en principio, ni más ni menos sobre las esencias de la realidad; dice más bien otra cosa. ¿Es una pintura realista del siglo XIX, con la representación formal correcta (lo que es una manera de decir) de un tema cualquiera, más cercana a la esencia de las cosas que una composición musical medieval, centrada no tanto en la semejanza, como sobre los valores y significados, o que un cuadro suprarrealista, transposición visual de las sinuosidades de la psique humana?

El mundo de las representaciones –científicas, artísticas o de cualquier clase– es otro que el mundo real, por más puentes que les unan. En cuanto a la precisión de

---

3 Citado según Gerald Holton, *L'Imagination scientifique*, Gallimard, Paris, 1981, p.120.

las representaciones con relación a la realidad, se puede perorar hasta el infinito, con argumentos a favor y en contra. Esto no significa que la verdad sería igual que la mentira. Debemos confiar en nuestra capacidad de apropiarnos de la realidad; pero, por más que nos acerquemos, no la podemos ver sino con nuestros propios ojos.

La condición de la historia no tiene cómo ser otra, y no solamente que no es otra, también presenta complicaciones suplementarias. Primero, la complejidad. Nada es más complejo que la historia, suma de todo lo que se encuentra detrás de nosotros. ¡Todo es historia! Luego, en especial, la distancia del punto de observación. Historia significa una suma infinita de “imágenes” mezcladas de diferentes formas, pero no de imágenes primarias, sino de imágenes derivadas, a su vez, de otras imágenes o representaciones. No tenemos acceso directo a la historia y esta relación totalmente especial entre el investigador y el objeto de estudio diferencia a la historia de la mayoría de las ciencias. El acceso es indirecto, mediante las fuentes. La palabra fuente sugiere en sí misma una ilusión. Quiere decirnos que, aunque no tengamos acceso directo, tenemos, sin embargo, acceso a la información que emerge de una determinada realidad histórica, algo, con otras palabras, muy cercano a la realidad, proveniente del núcleo mismo de la realidad.

Semejante entendimiento de la fuente peca por una dosis excesiva de optimismo. Las fuentes –en igual medida escritas, iconográficas u orales– no son producidas por la “historia” sino por hombres, ellas nos ofrecen desde el comienzo una historia filtrada y traducida, un mundo de imágenes sobre las cuales construimos, a su vez, otros mundos de imágenes. Heródoto no es precisamente una fuente para el mundo del siglo V antes de Cristo, sino para el modo cómo apreciaban los griegos o, en particular, algunos griegos el mundo de su respectivo tiempo, ¡lo que es de lejos la misma cosa! Hace un siglo y medio, Leopold von Ranke, maestro de la historiografía erudita y crítica, se propuso rehacer la historia “así como fue ella de verdad”. Entre sus fuentes predilectas, figuraban los informes de los embajadores venecianos. Son fuentes, naturalmente, pero en menor medida para la historia medieval y moderna de Europa en su plenitud y autenticidad, así como para la mirada veneciana sobre las cosas.

En la búsqueda de un amplio grado de certidumbre, los historiadores apelan hoy, en mayor medida que en el pasado, a fuentes aparentemente neutras y objetivas. Pero, por poca “literatura” que comprenda una fuente, ella está también mediada, ubicada en una tipología preestablecida y pasa inevitablemente por una conciencia. El proceso verbal de un hecho es riguroso de la misma manera que el hecho respectivo (en el límite, puede ser sustancialmente diferente). Incluso una relación



impersonal de cifras es menos objetiva de lo que parece a primera vista. Las cifras no se han establecido solas. Su cálculo y disposición derivan de una *metodología*, y metodología significa intención. Además, el tratamiento estadístico de la realidad implica la reducción a una unidad de unos elementos y fenómenos nada idénticos. La misma estadística es ella una “imagen” con su parte de verdad, pero también con su parte de “inexactitud”. Cualquier fuente significa traducción de la historia auténtica en un determinado tipo de discurso o de imagen.

Se podría creer que son excepción de la regla los vestigios materiales directos. La información arqueológica sería en este caso más cercana a la realidad, por lo menos de aquel segmento de realidad que incorpora la comunicación filtrada a través de la palabra, escrita o la imagen. El problema es que la erosión sufrida por los testimonios materiales, así como su aislamiento del tejido de vida civilizada, sin hablar del carácter aleatorio de los descubrimientos, le confiere, por más “verdadera” que sea en su concreción, una condición secundaria, por lo menos igual de distante de la realidad original como de las “fuentes-ímagenes”. Es, de esta manera, bien sabido que sobre el mismo material arqueológico, aparentemente tan sólido (pero también incompleto y falto de palabras) se pueden edificar las más diversas hipótesis. ¿Las ruinas blancas y silenciosas de Atenas –notablemente conservadas–, sin embargo, no son con relación a los otros vestigios otra cosa que imágenes pálidas y enigmáticas de una polis alguna vez colorida y viva?

## Sobre la estructura y la lógica del imaginario

Entre nosotros y la historia, entre nosotros y el mundo, entre nosotros y nosotros mismos, se interpone el sutil tejido del imaginario. Es una constatación que nos abre una de las más fértiles pistas intelectuales de las últimas décadas. El imaginario significa, ante todo, una suma de estructuras mentales estables. La maquinaria humana, con su completa carga espiritual, parece estar programada para funcionar en un determinado registro. Solo podemos pensar humanamente. Desde este punto de vista, las diferencias entre razas y culturas e incluso entre el hombre contemporáneo y el hombre prehistórico no deben sobrevalorarse. Ellas nos parecen grandes, porque no tenemos términos de comparación. Puestos frente a unos seres extraterrestres, percibimos, finalmente, las características de nuestro fondo común, con seguridad diferente al de los otros. Las estructuras permanentes –que podríamos denominar, siguiendo a Platón y a Jung, arquetipos– no obstante, se concretan, se combinan y se recomponen sin cesar en los ritmos de una historia diversificada y fluida. El imaginario es en la misma medida universal y específico: universal en sus estructuras fundamentales, específico en la variedad de sus representaciones. El patrón es el mismo, el contenido siempre otro.



El imaginario desafía al materialismo ingenuo de aquellos que creen que las representaciones mentales atraen necesariamente la esencia del mundo concreto. Nada más pueril que la traducción de los mitos en términos “razonables” de una historia prosaica creíble. El imaginario funciona autónomo, según sus propias reglas. Él se puede alimentar o no de la realidad, pero cómo sea derrite la materia que utiliza en su crisol. Un mito histórico puede ser o no construido sobre una verdad, o puede mezclar verdad con ficción, pero su sentido, independientemente del material empleado, pertenece estrictamente al imaginario.

La convicción de que nada puede ser construido sino en la realidad, que “no sale humo sin fuego” es la más de corriente. Pero no significa que sea verdadera. El imaginario se mueve perfecto por fuera de la realidad, a veces la contradice con indiferencia, pese a cualquier evidencia. Los antiguos griegos han combinado algunos esquemas del globo terrestre, que solo provenían, no tenían cómo provenir sino del imaginario. Lo que es más durable en ellos representa una masa continental –una sola– en el hemisferio nórdico y otra similar dispuesta, simétricamente, en el hemisferio sur. Este “mapa” lo empleo Colón, navegando hacia el Extremo Oriente. Como bien se sabe, descubrió América que discutió, sin embargo, con fiereza hasta la muerte, porque su geografía imaginaria no le permitía aceptarla. Cuba y Haití eran para él parte de la China; ¡entre las chozas pequeñas y necesitadas de los indios, el navegante genovés busca el palacio del gran Han! La hipótesis de unos sabios griegos que vivieron dos mil años antes se mostraba más poderosa que la realidad geográfica llamativa a los ojos. El relato continuó, incluso ampliándose, en el hemisferio sur. Hasta finales del siglo XVIII, cuando las exploraciones del capitán Cook destrozaron de manera definitiva la ficción del continente austral, generaciones de navegantes no dejaron de buscarlo convencidos de que debe existir una vez que figura en el mapa imaginario del mundo. Cualquier isleta perdida en el abismo del agua se convertía en prueba no contra la existencia del continente, sino a su favor: ¡no podría ser sino una porción del muy buscado litoral austral!

La guerra de Troya no tenía necesidad de una auténtica guerra de Troya para entrar en la historia. Homero era suficiente. Pero incluso los más racionalistas de entre los griegos no entendieron lo que parecía ser el acontecimiento inaugural de su historia. El método de recuperación fue simple; se dio una parte a lo fabuloso y quedó como una guerra normal, como cualquier otra. Muchos autores modernos procedieron de la misma manera. La aventura de Schliemann no hizo más sino complicar las interpretaciones. El arqueólogo alemán descubrió las ruinas de Troya, caminando pura y simple sobre las huellas indicadas por Homero, lo que parecía confirmar punto por punto los relatos de la *Iliada*. Hoy, los historiadores no ven



las cosas así. Parafraseando a Giraudoux, se podría decir que la guerra de Troya no tuvo lugar nunca. Troya es y no es Troya. Las ruinas de Hissar y la disposición de los estratos arqueológicos no indican alguna correspondencia significativa con la historia legendaria de Troya antigua.

Y aquí, como en todas partes, hubo conflictos y guerras, los hombres se pelearon de diversas formas. ¡Es la única verdad que queda! De resto, los datos “reales” (y también ellos transfigurados en el imaginario), que puede ser razonable extraer de la epopeya homérica, conciernen a una época más reciente, más cercana a la génesis de los poemas, que aquella del siglo XII, referencia cronológica de la supuesta guerra troyana.

Respecto a los orígenes de Roma, se puede decir lo uno o lo otro. Hay historiadores que consideran la tradición como prueba de las excavaciones arqueológicas, otros todo lo contrario. Según Georges Dumézil, reconocido exégeta de los mitos indoeuropeos, la trama legendaria de los primeros siglos de la historia romana adapta y recompone los elementos de base del fondo mitológico indo-europeo. La mitología de los inicios de Roma parece construida también sobre la mitología, ¡no sobre la historia real!<sup>4</sup>

Esto no significa que las estructuras mitológicas no se afirman y parten de la realidad. A falta de unas pruebas documentales creíbles, sería incierto proceder, por simple perspectiva “lógica”, a su identificación. La historia no es lógica. La historia es o no es, eso es todo.

El hombre puede ser definido como un ser fabulador. Nada más específicamente humano que la fabulación, este juego interminable con todo lo que nos rodea, a veces extendido hasta la huida de cualquier realidad tangible y demostrable.

A primera vista, el juego se presenta de manera desconcertante y en una interminable diversidad. Se le debe, sin embargo, dar un sentido, intentar sorprenderlo o imaginar las reglas.

4 Con respecto a la primera guerra troyana y en general a la percepción de la mitología griega, remito a Paul Veyne: *Les Grecs ont-ils cru à leurs mythes?*, Seuil, Paris, 1983 (edición rumana: *Au crezut grecii in miturile lor?*, trad. rum. de Bogdan Ghiu, Univers, Bucuresti, CEU Press, Budapesta, 1996), y a Moses I. Finlay: *On a perdu la guerre de Troie*, Les Belles Lettres, Paris, 1993. El desacuerdo entre arqueología y mitología, en el caso de la fundación de Roma y la historia de su tiempo, se muestra con detalle en la obra de Jacques Poucet: *Les Origines de Rome. Tradition et Histoire*, Publication des Facultés universitaires Saint-Louis, Bruxelles, 1985. La tesis contraria, confirmada por la leyenda de la arqueología, se encuentra en Alexandre Grandazzi, *La Fondation de Rome. Réflexion sur l'histoire*, Les Belles Lettres, Paris, 1991.



Para comenzar, vamos a descender a lo más profundo, en búsqueda de las estructuras primarias. Sin importar la riqueza de sus ornamentos siempre otros, o de diversa manera dispuestos de una construcción a otra, las estructuras de resistencia del imaginario parecen inscribirse en una tipología invariable. Por lo menos, entre los límites del tiempo histórico, el de una historia dinámica y asumida. “El pensamiento salvaje” (así como lo analizó Claude Lévi-Strauss), por excelencia refractario a la historia, no entra en el ámbito de la problemática que me propongo abordar, si bien, con excepciones de rigor y cambiando lo que hay que cambiar, una serie de estructuras del imaginario que establecen innegables puentes entre el hombre primitivo y el hombre moderno. Al igual que la historia en general, también la historia del imaginario o del imaginario histórico puede ser apreciada desde las más diversas perspectivas recortadas de diferentes maneras. Lo que sigue es mi propio recorte; la delimitación de algunos conjuntos estructurales principales, susceptibles de sostener un completo universo de representaciones.<sup>5</sup>

Semejante estructura define la conciencia, típica humana, de una *realidad trascendente*, que se considera más significativa que la realidad palpable y cuyo mundo concreto está subordinado. En estrecha relación con esta convicción, se ha desarrollado el complejo imaginario del mundo del más allá y de la vida después de la muerte, presuponiendo, en la conformación del ser humano, un *dobles espíritu* destinado a sobrevivir de la muerte temporal. También una estructura universal reúne las relaciones entre *nosotros y los otros*, integrándolas en una potente dramatización dialéctica de la alteridad, el resultado es un mundo “fraccionado” e inquietante. De alguna manera, opuesto para equilibrar las cosas, funciona un principio de *unidad*, llamado a conferir coherencia y sentido al mundo en que vivimos. El pasado es, a su vez, absorbido en las estructuras del imaginario, en primer lugar, por la búsqueda obsesiva e incesante *actualización de los orígenes*. A la recuperación de los tiempos que quedaron atrás le corresponde, en el otro extremo, la tentativa, no menos insistente, de penetrar y *descifrar el futuro*. Una solución alternativa la ofrece la *evasión de la historia*, complejo de estrategias susceptible de propulsarnos fuera del tiempo real, en espacios vírgenes de las contradicciones y las miserias de la vida común y corriente (edad de oro, utopías, milenarismos...) Y, finalmente se impone la constatación de que las diversas soluciones del imaginario tienden a encajarse en sistemas rigurosos, polarizados, definidos por la *confrontación de los contrarios* (al tiempo que el mundo “verdadero” se presenta como un espectro de matices): blanco, negro, bien y mal, espíritu y materia, Cristo y Anticristo, progreso y decadencia...

5 En la definición de las estructuras del imaginario, he retomado el esquema de conjunto propuesto en mi trabajo *Pour une histoire de l'imaginaire*, Les Belles Lettres, Paris, 1998 (traducción rumana: *Pentru o istorie a imaginarului*, Humanitas, București, 2000 y 2006).



Queda por ver cómo se establece la historia en este marco estructural preestablecido y cómo, sin descanso, las estructuras de bases ganan nuevas apariencias y nuevos sentidos, de acuerdo con la marcha misma de la *historia real*.

## En búsqueda de lo absoluto

Si existe una “suprarrealidad”, entonces, los hechos históricos solo expresan un segundo juego, que pide ser descifrado, para llegar a las verdaderas esencias. Ellos son signos que nos conducen hacia el mecanismo invisible, hacia el sentido profundo de la existencia.

Puede sorprender de los racionalistas modernos su credulidad por los antiguos, fácilmente atraídos por todo lo que parecía ser significativamente cifrado, desde los grandes mitos de los orígenes hasta los más banales acontecimientos cotidianos. No seamos tan ingenuos para imaginarnos que los historiadores antiguos eran ilusos. No eran menos inteligentes que nosotros. Sabían también ellos qué significa un hecho positivo. Pero suponían que existen también sentidos más profundos, identificables en una sutil escala de mensajes transmitidos “más allá”. La historia se integra de esta manera en un orden cósmico que porta el sello de la sacralidad. La realidad en sí era muy banal; para ser historia, debe ganar un sentido, pasar, de esta manera, por un proceso de transfiguración.

Para el hombre moderno –tomo un ejemplo al azar–, un vuelo de pájaro significa un vuelo de pájaro y nada más. Y para los antiguos significa la misma cosa. Pero podría, en función del contexto, significar también otra cosa: un signo, aparentemente banal y, sin embargo, un signo que nos encontramos en un punto nodal de la historia. Exceptuando algunos grandes historiadores griegos –un Tucídides o un Polibio– decididos a jugar la carta del racionalismo, los antiguos entendieron no romper completamente los puentes entre historia y mito, entre aquello que pudiera ser realidad formal y realidad esencial del mundo. Los historiadores romanos –Tito Livio, Tácito, Suetonio– apelan sistemáticamente a este tipo de desdoblamientos. Una vez más, no eran tan estúpidos para no saber que un eclipse es un eclipse, pero la reacción de los perros asustados por el aullido de los lobos es lo más que se pueda normal (para mencionar una de los “signos” evocados); consideran, sin embargo, que algo más profundo del orden de lo sacro, se esconde más allá de lo prosaico de los hechos, pero ese *algo*, una vez existe, debe manifestarse de alguna manera. Como en *La noche de San Juan*, de Mircea Eliade, hay lugares y momentos que nos permiten el acceso hacia un mundo superior.



¿Para qué serviría, por tanto, contradecir a Tito Livio por la parte de la legendaria historia romana que consignó minuciosamente, o nos preguntamos, prisioneros del espíritu moderno, si creía de verdad en ella? El destino sagrado e imperial de Roma afirmaba los inicios a la medida. ¿Cómo se mostraría justo en la pluma de un Tito Livio, convertido en arqueólogo meticuloso, la detallada reconstitución de la lenta evolución de un insignificante asentamiento rural hacia la ciudad imperial de más tarde? Semejante historia puede ser más verdadera, pero ella no tiene sentido. En el caso de Roma, ciudad que partió a dominar pueblos, solo el mito tenía sentido. Falsedad en el sentido banal del término, el mito tiene más verdad que la historia auténtica, en sentido esencial, supremo, en lo que significa. Verdad más allá del empaque superficial de las cosas.<sup>6</sup>

El judaísmo y, tras él, el cristianismo llevaron esta lógica hasta el extremo. El mundo terrenal y el sobrenatural se fusionaron en un sistema completo y coherente. La Biblia borra cualquier frontera entre historia sagrada y profana. Todo acae cargado de sentido. La historia no es más que la proyección terrenal de un plan divino, un experimento que prueba la divinidad con el hombre.

Aún mucho más que la mitología de los antiguos y sus curiosos signos de presagio, la historiografía penetrada por la sacralidad de la cristiandad medieval intrigó tremendamente a los racionalistas modernos. La presencia cotidiana del milagro, en muchos de los autores de la Edad Media, parecía ilustrar la incapacidad de entender a unos espíritus frágiles y desorientados.

De hecho, la construcción historiográfica de la Edad Media se destaca por un innegable rigor. No falta el espíritu de sistema, por el contrario, para la Edad Media todo es sistema: del edificio social e institucional, rígido, jerarquizado y funcional, hasta la no menos minuciosa puesta a punto de las relaciones entre la “ciudad terrenal” y la “ciudad de Dios”.

Teólogos e historiadores medievales eran en lo posible consecuentes con su propia interpretación. El fundamento de esta puede ser discutido, pero no el desarrollo lógico del principio original una vez aceptado. Si existe una divinidad a la cual se subordina todo, las intervenciones de más allá en el mundo terrenal son en lo posible naturales. ¡La no intervención sería un poco menos natural! Necesitado en ceder terreno frente al racionalismo y en búsqueda de un compromiso con las normas

---

6 La interpretación que propongo debe mucho al destacado artículo de Laurent Mattiussi, “La fonction du merveilleux dans l’historiographie romaine de l’empire”, en *Storia della Storiografia*, Jaca Book, Milano, 13, 1988, pp. 3-28.



científicas proclamadas, el cristianismo moderno adoptó una actitud prudente en cuestión de milagros y, en general, en la presencia divina en la marcha “cotidiana” de la historia. Es como si a nuestra pequeña humanidad le prohibiera al ser superior intervenir en sus asuntos, una vez los mecanismos puestos en marcha, o limitaría las competencias, imponiéndole un código de comportamiento. El enfoque lógico en este aspecto pertenece ante todo a la síntesis histórica-teológica medieval.

El racionalismo se propuso aniquilar las intervenciones exteriores y la explicación del mundo concreto estrictamente por él mismo. Fue una revolución intelectual (con el apogeo en Europa de la Ilustración del siglo XVIII), pero una revolución menos radical de lo que podría parecer a primera vista. Ella no tuvo necesidad de lo absoluto inscrito en el espíritu humano. Tuvo lugar un desplazamiento (relativo, de alguna manera) de la religión hacia la ciencia, del imaginario tradicional hacia un nuevo tipo de imaginario afincado, sin embargo, en la mismas estructuras fundamentales. “Liberada” de la supervisión de la Providencia, a la historia no se la dejó evolucionar libremente (en general, ¡a la historia nunca se le “deja”!). Quedó para ser conducida por los principios “racionales”, igual de abstractos y trascendentes con relación a la realidad banal de los hechos como los principios religiosos a los cuales tendía tomar su lugar. Es explicable el éxito de Newton en el siglo XVIII. El sabio inglés demostró que el universo funciona según un sistema de leyes, que nada sucede al azar. La ley de la gravitación universal hacía inútil la acción de la Providencia, se ubica pura y simplemente en su lugar (si bien, esta no fue la intención de Newton, espíritu profundamente religioso). Lo que era válido para la parte física del mundo, debería ser también para su parte social y moral. Voltaire expresó muy bien esta idea en el artículo *Destin* de su diccionario filosófico. Al ilustre francés le parecía inconcebible que una parte del mundo fuera “arreglada” según un sistema de leyes, y la otra se extraviaría en el azar. La historia debería asirse en una estructura igual de rigurosa que el movimiento de los planetas. Ni el más insignificante acontecimiento no tenía derecho a intervenir de manera fortuita. Desacralizado, el destino quedaba destino. Otra historia no se habría concebido, recorreremos solo la historia posible, programada para ser como es, hasta en los más pequeños detalles.

De esta manera, debuta una de las más curiosas y más características preocupaciones intelectuales de los últimos dos o tres siglos: la “cacería” de las leyes de la historia. Para d’Holbach, contemporáneo de Voltaire, las leyes de la física y de la historia eran lo mismo, lo que llevaba al filósofo a manifestar que ¡todos los errores de los hombres no son, en últimas, sino errores de la física!



La convicción de que la historia *debe* tener un sentido superior quedó profundamente enraizada. Raros son los pensadores modernos inclinados a afirmar sin rodeos la ausencia de cualquier significado de orden metafísico en el paso del tiempo. Las interpretaciones religiosas tomaron el lugar de la filosofía de la historia. La invocación de las “leyes” o de un curso histórico obligado se inscribe en una lógica similar con las viejas interpretaciones fundamentadas sobre la idea de la sacralidad esencial del mundo. Los dioses y la Providencia dejaron el espacio a las más diversas soluciones. Fueron solicitadas –para conceder orden y sentido a la evolución de la humanidad– el ambiente geográfico, la raza, las fuerzas económicas, las ciencias y la tecnología, el perfeccionamiento de la razón... Las grandes creencias de los nuevos tiempos se pusieron al servicio del concepto de la *finalidad de la historia*. Los valores y los proyectos *actuales*, como son la libertad de los individuos, de las naciones, o de los logros en el orden del conocimiento científico y de las realizaciones tecnológicas captaron la marcha de la historia, canalizándola hacia el presente y propulsándola en el futuro. La *religión del progreso* y la *mística nacional*, los dos mitos esenciales de la época moderna, confirieron a la historia la dimensión trascendente que corre el riesgo de faltar en la medida del reflujo de la sacralización. La primera presupone la acción de una fuerza irresistible que empuja a la humanidad por la pendiente ascendiente del futuro. La segunda divide al mundo en entidades nacionales, cada una tiene su lugar predestinado, el espíritu específico y la propia misión; el fin de la historia sería, en este caso, el cumplimiento del destino de cada nación y, en especial, el de las naciones llamadas a guiar a la humanidad. Tenemos que ver con determinaciones situadas por “encima” del acontecimiento bruto como del mecanismo sagrado de la historia: en relación con esta idea-fuerza, los hombres son apenas actores, pero los eventos –“señales”– piden ser descifrados.

El positivismo y el marxismo, las más amplias filosofías de la historia imaginadas en el siglo XIX, son las más cercanas al sentido religioso de las interpretaciones tradicionales, y esto pese a sus ambiciones científicas o, quizás, con seguridad, precisamente a causa de ellas. Cuanto más la historia quiere decir, tanto más la ciencia en general desea decir mucho más, y mucho más cuando ella pasa más allá de los límites del conocimiento positivo. La tentación del absoluto conduce, inevitablemente, hacia el abordaje de tipo religioso.

Auguste Comte, fundador del positivismo, no escondió este pensamiento. Según su doctrina, la trayectoria de la humanidad comprende tres etapas: teológica, metafísica, positivista. Esta última, apoteosis del espíritu humano, encuentra el texto fundador en su propio *Curso de filosofía positiva*, convertido de esta manera en una nueva Biblia. En sus últimos años, Comte dio el paso decisivo hacia la



religión –evidentemente, hacia *su* religión–, publicando un *Catecismo positivista* y una indigesta amalgama científico-filosófico-religioso, que, no obstante, parece que apasionó a los adeptos, de manera sugestiva titulado *Sistema de política positiva o tratado de sociología, estableciendo la Religión de la humanidad*. La “Religión de la humanidad” se apoyaba sobre tres principios: *amor, orden y progreso* o, dicho de otra manera, *sentimiento, razón y actividad*. Comte apoyaba la precisión de que la nueva “Ciencia sagrada” se convertía ella misma en historia, creadora de todo lo que existe y anunciadora, para quién sabe leer en ella (y Comte leía sin ninguna dificultad), de los milagros de mañana. Era una religión sin Dios, no obstante con muchos santos, estos son los grandes hombres, cuyas creaciones, en todos los campos, jalonaban hacia la perfección. Comte inventó también un calendario (con los meses llamados “Homero”, “Gutenberg” o “Federico el Grande”), inauguró un templo y él mismo se convirtió en el gran sacerdote de su propia religión. Destacada aventura filosófica, de índole probatoria, de que el camino de la ciencia a la religión no es para nada impracticable, sobre todo, si pasa por la filosofía y, en particular, a través de la filosofía de la historia.

Todavía más interesante es el caso de Marx. A diferencia de Comte, el fundador del materialismo dialéctico e histórico no quiso oír hablar de religión, a la que veía como un “opio de los pueblos”. Él preparó la redefinición del mundo sobre bases totalmente nuevas, incluso “materiales”, 180 grados opuesta a las interpretaciones “idealistas” tradicionales. El resultado puede ser apreciado justo como una “contra religión”. ¿Pero qué otra cosa es una contra religión sino una religión? De hecho, la teoría histórica de Marx presenta dos niveles. El piso inferior se muestra lo más rápido posible de concreto y de material. En el piso de arriba, encontramos, sin embargo, una idea trascendente, que orienta la dinámica de la historia. El materialismo de Marx está dominado por la teología. Su historia presupone, e incluso lo anuncia explícitamente, una finalidad. El futuro, si bien inexistente, sin embargo prefigurado, lo atrae tiránicamente hacia sí mismo. La interpretación “materialista científica” de los datos históricos no sirve en últimas sino como coartada. Lo que desea Marx decir, en última instancia, es que la sociedad moderna no puede eludir la marcha obligada hacia el comunismo. Más allá de las fuerzas social-económicas en actividad, se encuentra la imagen virtual del implacable destino.

El futuro comunista divinizado inscribe al marxismo en el esquema milenarista. Es con seguridad la más pura variante de milenarismo laicizado. El milenarismo religioso anuncia (y continua haciéndolo) el inminente reinado mesiánico, la entrada en una etapa posthistórica de culminación. Esta “superación” también la ha preconizado el marxismo, con la única diferencia que, en su versión secularizada,



Las leyes de la historia accionan en lugar de la Providencia. Norman Cohn (en su clásico trabajo *The Pursuit of the Millenium*, 1957) y Mircea Eliade detectaron desde los años 50, la dimensión milenarista del proyecto marxista. Pero la intelectualidad occidental, por entonces sensibilizada por las consignas anticapitalistas y utopía del futuro luminoso, no tenía cómo aceptar semejante asimilación. ¿Qué podría ser religioso-milenarista en un programa de transformación científica de la sociedad? Han pasado algunas décadas y hoy, después de que se ha podido constatar muy bien que las leyes marxistas de la historia no son para nada científicas, lo que salta a la vista en la totalidad del proyecto es, precisamente, la construcción imaginaria del futuro, con otras palabras, su carga milenarista.

Comte y Marx no son cualquier nombre en la historia del pensamiento moderno. El primero inventó la *sociología* y el segundo estimuló enormemente el movimiento de las ideas en la totalidad del campo de las ciencias humanas. Tanto más elocuentes son sus aspiraciones hacia el Absoluto, hacia aquel Algo más significativo que la materia estrecha que el investigador puede dominar, pero ¿para qué sirve?

## Esos hombres diferentes a nosotros

Los personajes providenciales se aferran, a su vez, a la red de relaciones entre la esfera humana y lo Absoluto. Dioses y héroes son los primeros actores de la historia y su presencia en las narraciones mitológicas ilustra el sentido de lo sagrado de la personalización de los hechos históricos. A través de estos se asegura la relación con el mundo superior. Las funciones *soberana* y *sacerdotal*, los dos grandes principios de la personalidad en la sociedad tradicional, tienen la huella de la sacralidad. El rey está “ungido” y es capaz de realizar milagros; puede curar enfermedades por el simple tacto (creencia perpetuada incluso en Occidente ilustrado casi hasta 1800; Marc Bloch le consagró un trabajo clásico: *Les Rois thaumaturges*, 1924). La divinidad puede apelar también a los hombres sencillos; Juana de Arco oye “voces” y conforme a sus llamados, salva a Francia. Estos hombres, a diferencia de nosotros, nacen, viven y mueren acompañados de fenómenos profundamente simbólicos; su desaparición es, de esta manera más bien aparente, pretexto para apoteosis. Augusto aparece en el mundo de manera milagrosa: su mamá –nos dice Suetonio– fue fecundada por una serpiente. El vientre del futuro emperador está manchado, pero las manchas no están dispuestas de cualquier manera, sino que figuran la constelación del Oso. Así, el futuro emperador se encarna como proyección humana del Cosmos, mensajero de un mundo más elevado, está predestinado convertirse en amo de la Tierra.



La muerte de Carlomagno estremece a todo el universo. Una sucesión de señales de presagios marcan la cercanía del fin, nos dice su biógrafo Eginardo. Tres años seguidos, en la última parte de su vida, tuvieron lugar repetidos eclipses de Sol, y de Luna. Durante siete días, una mancha de color negro ensombreció al sol. El día de la ascensión, se vino abajo un pórtico construido por orden del emperador entre la iglesia y el palacio. Luego, el fuego se extendió y ardió hasta la última viga del puente de leña puesto por el soberano sobre el Rin. Al mismo Carlomagno se le apareció una luz cegadora bajando del cielo; bajo el peso de una fuerza aplastante, el caballo colapsó debajo de ella. Finalmente, los continuos temblores de tierra sacudieron la residencia imperial en Aquisgrán y el rayo cayó sobre la basílica donde sería enterrado. ¡He aquí cómo abandona la escena un emperador y la deja para entrar en la leyenda, una leyenda más durable y quizás “más influyente” que su vida real!

Ni la desaparición de Esteban el Grande deja fenómeno natural indiferente, incluso si el espectáculo, respetando los rangos, nos parece algo más modesto. “En el año 7012 (esto es 1504 nota del autor) –escribía la Crónica de Moldavia–, mes de julio, martes, reposa el difunto siervo de Dios, el señor Ion Stefan Vaivoda, el señor de los Países de Moldavia, como a las tres horas del día. Y hubo en el mismo año, antes de su muerte, un duro y áspero invierno, como nunca antes. Y tuvo lugar en el tiempo del gran verano lluvioso y de la inundación de agua y ahogamientos a causa de las extensas aguas”. Son informaciones de tal naturaleza que interesarían a los historiadores del clima. Sin embargo, ellas deben usarse con prudencia. No estoy seguro de que las cosas hayan sucedido de esta manera, pero es seguro que así debían pasar.

El paso a un nuevo régimen del imaginario, bajo el signo dominante del laicismo y de la razón, no afectó la estatura del personaje excepcional. Asistimos, también en este campo, a algo que ya pudimos constatar: desacralización de contenido, pero perpetuación de la estructuras.

El ejemplo más típico lo ofrece la figura de *El Salvador*, proveniente, evidentemente, del imaginario religioso, pero no menos frecuente en las reelaboraciones secularizadas modernas. Ha tenido lugar una transferencia de lo religioso hacia lo político, de hecho hacia una fórmula religiosa, ella misma con implicaciones de orden social-político, hacia una fórmula política cargada además con profundos significados religiosos. Las rupturas que practicamos en la esfera del imaginario son, también ellas, en buena medida imaginarias. Las mismas pulsiones del imaginario las encontramos después de todo en la religión, como también en la política. La llegada del Mesías significa, al lado del mensaje “trascendente”, una renovación efectiva del mundo real,



una reestructuración social radical. Los movimientos milenaristas ilustran lo más convincentemente posible esta dimensión pronunciadamente terrestre del proyecto mesiánico, lo que permitió a unos exégetas modernos excesivamente racionalistas hacer abstracción de su sentido religioso para ponerle en evidencia la dimensión estrictamente social o “revolucionaria” (el caso de los movimientos husitas o la “Guerra campesina Alemana”, para usar el sintagma de Engels).

También al revés, cualquier proyecto político más elevado presupone la superación de lo cotidiano y la posesión de un destino. La mística nacional o milenarista totalitaria de los dos últimos siglos nos conduce hacia un comportamiento muy cercano al religioso. El conductor providencial y, especialmente, el Salvador encuentran aquí su objetivo: aquel de mediador entre la comunidad y una idea más elevada que la existencia insignificante de cada uno de nosotros. Estos “hombres del destino” mantienen la historia bajo vigilancia y la llevan a su cauce normal, cuando fuerzas hostiles intentan destronarlos. Las fuerzas del mal son, a su vez, personalizadas. El conflicto apocalíptico entre Cristo y Anticristo se proyecta en variantes secularizadas, a veces, el mismo personaje juega efectivamente ambos papeles, adaptados a las confrontaciones ideológicas. Napoleón representa un ejemplo típico de Salvador y no menos, para sus adversarios, de “Anticristo” o, según la fórmula folclórica, de “monstruo” (*ogro*). Hitler o Stalin se encomendaron como Salvadores, en el sentido de sus propias ideologías, fueron seguidos por multitudes fanatizadas y quedaron en la historia como encarnaciones del Mal para las víctimas de sus proyectos mesiánicos de transformación de los cimientos del mundo, a cualquier precio.

Y en la escritura de la historia, el *héroe* pasó con éxito el examen del desplazamiento de la mitología tradicional hacia el racionalismo moderno. El siglo XVIII, de otra parte tan “desmitificador”, no solamente no se rebeló contra el personaje excepcional, aunque, en la búsqueda de unos principios explicativos para reemplazar la interpretación teológica de la historia, no dudó, a menudo, en apelar a sus servicios. Para Voltaire, los grandes hombres personifican y simbolizan lo esencial de las realizaciones humanas. Existió un siglo de Pericles, un siglo de Augusto, un siglo de Luis XIV. Se ha podido decir, en la misma línea, que el siglo XVIII fue incluso el siglo de Voltaire. El pensador francés proponía, de esta manera, una distinción entre “grandes hombres” y “héroes”, en su concepción, solo los primeros construyen de verdad, los otros, los héroes, son solo aventureros de la historia, y el resultado de los aventureros en ocasiones es deplorable. Pedro el Grande, que transformó la Rusia primitiva en un estado poderoso y respetado, fue, obviamente, un “gran hombre”. Su desgraciado rival, Carlos XII, amante de la gloria guerrera, encarna, por el contrario, el tipo de “héroe”, de personaje que terminó arruinando al país.



Si los filósofos racionalistas recurrieron a la galería de los hombres extraordinarios para consolidar su esquema explicativo, el romanticismo de la primera parte del siglo XIX tuvo todavía más motivos de explotación intensa del Panteón. Su fórmula histórica, por excelencia narrativa evocadora, presupone la “resurrección”, lo más creíble de aquellos que evolucionaron en la escena del pasado. El sentimiento religioso, parcialmente revitalizado después del asalto racionalista del siglo anterior, así como la mística paralela nacional o revolucionaria en plena afirmación no podía ignorar el papel arquetípico de “intermediario” y posición simbólica de aquellos “diferentes a nosotros”. El romanticismo completó, en la historia como en la literatura, el tipo de héroe poderoso configurado y profundamente representativo. La expresión más intensa de la interpretación personalizada de la historia la dejó Thomas Carlyle, en su ensayo sobre el “héroe, heroísmo y heroico en la historia” (*On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History*, 1841); el exuberante historiador británico ve a los grandes hombres en el más puro sentido del arquetipo, como mensajeros de la Providencia.

La ofensiva propiamente dicha en contra de las personalidades se configuró simultáneamente con las interpretaciones sociologizantes afirmadas hacia la primera y segunda mitad del siglo XIX. Las leyes de la historia y los determinismos de todo tipo (económico, geográfico, racial...) no dejaban más espacio de maniobra a los individuos, así fueran ellos excepcionales. Por lo menos en teoría, para Marx, las figuras individuales permanecen en un plano secundario, obligadas a entrar en el juego de las evoluciones estructurales, ellas mismas dependientes de los mecanismos legales de la historia. Sin superar los límites trazados por el maestro, Pléjanov, teórico ruso discípulo de Marx, mantuvo no obstante el reflector sobre los actores prominentes (*El papel del individuo en la historia*, 1898), para subrayar la función de exponentes de las fuerzas social-políticas y del proceso histórico en general. En última instancia, por más divergentes que parezcan, las diferentes interpretaciones nos conducen al arquetipo, con otras palabras la función de “mediadores” del elegido. Discreto (en la teoría marxista) u ostentoso (en Carlyle), el héroe cumple una misión invariable: aquella de poner en aplicación una idea superior, el esquema ideal trazado por la Providencia, el Destino o las Leyes de la historia.

El sentido eminentemente político del proyecto marxista –al cual se subordinan, de hecho, tanto los argumentos económicos, como también las perspectivas trascendentales– no tenía cómo conducir a excluir de la historia los acontecimientos y las personalidades. El pasado entendido como una permanente confrontación y el futuro, al significar la conquista del poder político por el proletariado, presuponian un grado significativo de “heroización” del proceso histórico. Solo que los grandes



hombres no actúan por cuenta propia, sino como agentes acreditados de unas evoluciones inevitables. Este tipo de dialéctica permitió posteriormente que los líderes comunistas practicasen con despreocupación el “culto de las personalidades”, sin, aparentemente, contradecir a Marx. Ellos no eran sino los auxiliares de la historia, trabajadores de la tarea de unos ideales que se pedían fueran cumplidos.

Siguiendo a Comte, la filosofía positivista, con sus aplicaciones históricas, se propuso ir más allá en el sentido de la demolición de las personalidades y la absolutización de las estructuras. Lo anterior a pesar del hecho de que el fundador de la doctrina cayó hacia el final de su vida en la adoración de los santos laicos. El proyecto positivista estaba lejos de la carga política del marxismo. Émulos de Comte, el británico Henry Thomas Buckle o, de una manera diferente, el francés Hippolyte Taine hacían énfasis sobre unos factores impersonales del medio natural al desarrollo del espíritu humano. Incluso hasta el genio artístico, tan personal, encontraba su explicación naturalista-sociológica. Su modelo era el de las ciencias naturales, que, evidentemente, no aíslan al individuo, sino que estudian los grupos. Buckle cree, e intenta convencer a los lectores, que Italia y España dieron grandes pintores debido a la frecuencia de las erupciones volcánicas y a los temblores de tierra que terminaron por afilar la sensibilidad de los peninsulares. Esforzándose, a su vez, en explicar la pintura flamenca –y en este caso, a falta de volcanes–, Taine apela a otro encadenamiento de factores naturales: “en este país –escribía él– el agua hace hierba, que hace reses, que hacen queso, mantequilla y carne, las que todas reunidas junto a una cerveza, hacen al habitante. En verdad, de esta abundante vida y del medio natural empapado con el aire húmedo, vemos nacer el temperamento flamenco”. La hierba y el queso eran, entonces, más “determinantes que la creatividad individual. El texto teórico más determinante para la historia impersonal imaginada por los discípulos de Comte le pertenece a Louis Bourdeau (nombre casi olvidado hoy en día) y que apareció en 1888, bajo el título de *L'Histoire et les historiens. Essai critique sur l'histoire considérée comme science positive*. América, argumenta Bourdeau, se habría descubierto sin Colón, al igual que la imprenta sin Gutenberg, o la máquina de vapor sin Watt. La humanidad habría marchado en la misma dirección y casi al mismo ritmo. Como sea, muchos son los que piden, y las personalidades apenas ejecutan. Debe suceder también en la historia una “democratización”, al igual que se afirma en la vida social y política.

La Escuela de los “Annales” o, para utilizar una expresión genérica, la “Nueva historia” francesa, continuó explotando este filón. La palabra clave de sus fundadores –Lucien Febvre y Marc Bloch– fue acudir a una historia no evenemencial y situada fuera de lo político, orientada de tal manera que pusiera en peligro las tradicionales



personalidades de la historia. El expediente del *Mediterráneo* de Fernand Braudel (*La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, 1949) es, en esta perspectiva, característico. Su investigación inicial analizaba la política mediterránea del rey de España Felipe II. Paulatinamente, el historiador se convenció de que la personalidad en verdad representativa, incluso abrumadora, no es la del monarca, sino la del mar Mediterráneo. El Mediterráneo se convirtió en el personaje central y los reyes debieron conformarse con el papel de un actor de segunda mano, incapaz de encausar el curso profundo de la historia.

Por supuesto, los historiadores pueden evocar el pasado a su manera así como creen ellos y lo hacen de múltiples maneras. Sin embargo, es difícil creer que van a lograr alguna vez evacuar por completo y de manera definitiva a los grandes hombres de la historia. Ni la Escuela de los “Annales” logró llegar hasta el final de esta dirección, pero otras orientaciones, no menos activas en la historiografía contemporánea, tampoco intentaron hacerlo. Aún más, se constata un regreso con fuerza de la historia política y narrativa, y en particular del género biográfico, incluso en el medio historiográfico francés, considerado hasta no hace mucho tiempo, en su nivel superior, refractario a semejantes “concesiones”. Como pedía determinada oferta, no menos en la producción intelectual como en cualquier sector de actividad, los promotores de la “Nueva historia”, incluyendo a los de primer rango, no dudan confundirse en las delicias biográficas. Aquella historia que desterraba a la biografía vuelve ahora a ella, asegurándose que, esta vez, es distinta: un abordaje incomparablemente más sutil y más cargado con sentido histórico. El hecho es que los grandes hombres parecen haber salidos vencedores de la confrontación con la historia impersonal.<sup>7</sup>

Y salieron vencedores, ¡porque son apoyados por las “masas”! La democratización no parece afectar este sector de la mitología. Quizás incluso el anonimato de la sociedad de masas y de consumo en que vivimos, podría ser de naturaleza tal para estimular, en sentido compensatorio, la necesidad de ejemplaridad, ilustrada por modelos humanos de excepción. Perdidos en la homogeneidad sin alma del mundo tecnológico, nos queda solo individualizarnos por otros. El impulso de admirar (hasta la adoración) es con seguridad una constante del alma humana. Se puede decir entonces que los ídolos modernos son menos masivos y desfilan cada vez más frente a nosotros, comparativamente con las perennes figuras del imaginario tradicional.

<sup>7</sup> Sobre el retorno de la narración, remito al artículo de Peter Burke, “History of Events and the Revival of Narrative”, en *New Perspectives on Historical Writing* (bajo la dirección de Peter Burke), The Pennsylvania State University Press, 1992 y 1993, pp. 233- 248. Sobre la biografía ver: Françoise Dosse, *Le Pari biographique*, La Découverte, Paris, 2005.



Hoy, imaginamos y adoramos no solo a los reyes y a los santos, pero también, en especial, las estrellas de cine, futbolistas o las súper modelos. También aparecen de vez en cuando un rostro real. La psicosis creada con la muerte de la princesa Diana superó con seguridad lo que se pudo haber imaginado, incluso por los especialistas en imaginario, una prueba de que, en materia de idolatría, todo sigue siendo posible. El panteón se ha deshecho, diversificándose, da señales de inestabilidad, como el mundo en que vivimos, pero la zona que ocupa en las alturas de la imaginación no parece para nada disminuida.

Vivimos una época en la que el imaginario político registra rendimientos notables. El siglo XX conoció un paroxismo de la ideologización y fue marcado de manera poderosa por evoluciones, giros y decisiones políticas. En este contexto, ¿cómo desterrar el acontecimiento y lo político de la historia? Es lo que ha creado una cierta discrepancia entre la “larga duración” de la “nueva historia” y la sensibilidad política – evenemencial de nuestro tiempo (se explica de esta manera también la concentración de la respectiva corriente historiográfica sobre el mundo pretecnológico, con sus estructuras relativamente estables, y la implicación limitada y menos convincente en la problemática, tan fluida y marcada por sismos, de los dos últimos siglos). Pero lo evenemencial y lo político que nos rodea, significan figuras de primer plano, reales y simbólicas simultáneamente, representan las personalidades, con la totalidad de su parte imaginaria que se destaca en ellos.

Y se trata, finalmente, pero no en última instancia, de todo lo que representan hoy los medios masivos de comunicación. No solamente que vivimos en una época del acontecimiento y de lo político, también el acontecimiento y lo político y, en general, los *hechos* de todo tipo, por grandes o pequeños que sean, son asumidos y amplificados, en el fondo, *construidos*, por múltiples canales de comunicación, en un flujo continuo de información y de imágenes de las que no podemos desprendernos. Las informaciones inevitablemente personalizadas. No podríamos imaginarnos seguir en la pantalla noticias “abstractas” sin las caras humanas correspondientes. Nos hallamos, gracias a la televisión, en medio de un contacto directo y permanente con “aquellos elegidos”. La hipertrofia del acontecimiento y de la categoría del personaje representativo deriva inevitablemente de nuestro ámbito cotidiano de conexión a la máquina de fabricar noticias y personalidades.

El discurso sobre el pasado capta dos tendencias divergentes (también complementarias) del presente. La democracia masificadora de los fenómenos sociales conduce hacia un abordaje estructuralista despersonalizado, mientras que la reacción a la despersonalización y al contexto político-evenemencial y mediático



estimula la evocación narrativa e individualizada. Es cierto que el personaje excepcional se asume en una estructura mental durable y no menos en la sed de ejemplaridad del mundo de hoy. Es difícil creer que nos va abandonar alguna vez.

## “Unidad” – un concepto no precisamente unitario

La historia significa por excelencia un enfoque unificador. Nada es, no obstante, tan poco unitario como el concepto de unidad. Podemos recortar el espacio y el tiempo según nos parezca.

Para Heródoto, el núcleo del mundo es el espacio griego, alrededor del cual los “otros” y su historia se desarrolla en círculos concéntricos. Tucídides dispone lo esencial a lo largo del eje Atenas-Esparta. Polibio, buscando deliberadamente un principio unificador, lo encuentra en el Estado romano en plena expansión; desde su visión, todos los caminos particulares convergen en la gran síntesis que sería el imperio universal de Roma.

De esta manera, el concepto de imperio es unificador por su propia función, tanto en sentido político como también histórico. Las dos grandes construcciones universales como son el Imperio Romano y China, “imperio del medio”. Sus márgenes se confunden en el imaginario con los límites del mundo. El Imperio Romano, a su vez es –según una interpretación que conoció una popularidad durable– la cuarta, la más lograda y última solución imperial, después del imperio babilónico, persa y greco-macedonio. Desde esta perspectiva, la historia del mundo se ancla en la sucesión de cuatro imperios, todas soluciones unificadoras.

La tentativa de unificación, real o imaginaria, del mundo antiguo, sin embargo, rivalizó con el principio opuesto de una especie humana muy destrozada y jerarquizada. Del ciudadano ateniense o romano al esclavo o al bárbaro ubicado lejos del espacio “normal” de civilización, la humanidad se presenta desintegrada en especies distintas. El Cristianismo entendió ir más adelante, llegando con un mensaje unificador y global. Para San Agustín, el gran filósofo cristiano de la historia, todos los hombres son en igual medida hombres; incluso los monstruos humanos que se presupone se encuentran en los márgenes del mundo habitado, fueron dotados por el Creador con la misma alma como cualquier otro ser humano. La concepción histórica del cristianismo se muestra profundamente universalista; el triunfo de la Ciudad de Dios aprecia la totalidad del aliento humano. El proceso de unificación del mundo es llevado hasta el final; por primera vez, la filosofía de la historia asume en sus ámbitos la historia de manera completa y la especie humana



en su integridad. La expresión historiográfica de este universalismo fue la crónica universal, y su efecto histórico concreto vendría a ser el expansionismo occidental encaminado a la unificación efectiva de la humanidad alrededor de su núcleo cristiano. Occidente sentía que es su deber convertir a los otros en la verdadera creencia. Si hubiese tenido otra religión y otra filosofía de la historia, ¿no es seguro para nada que hubiera partido a conquistar el mundo!

Cristianismo e Imperio son los dos grandes principios de la unidad europea en la Edad Media; enfrentados al Islamismo, él mismo un mundo “completo” y cerrado. El proceso de profanación y laicismo específico de la época moderna, así como la afirmación de las culturas nacionales y de las conformaciones estatales respectivas, llevaron a la redefinición del concepto histórico-político de unidad. Los imperialismos se multiplicaron, afectando la pureza original y trascendente universalista del proyecto imperial original. Paulatinamente, en el imaginario de las sociedades modernas, la idea nacional tomó el lugar de la idea imperial. La unidad se redefinió como unidad nacional, procediéndose a otro recorte –parcial en realidad, pleno en el imaginario– del mundo en una constelación de estados-nación. La historia a su vez se convirtió en *nacional*, proyección en pasado –¡hasta la prehistoria!– de las síntesis nacionales modernas.

Como todos los inventos de los últimos siglos, la ideología nacional fue una obra de Occidente, con dos grandes modelos propuestos: el modelo germano, predominantemente étnico, y el modelo francés, predominantemente político. Cualquiera que hubiera sido la carga imaginaria en Occidente, por lo menos, el recorte nacional correspondió bastante con unos espacios culturales e histórico políticos algo más firmemente delimitados que en otras partes del mundo. Pero, una vez el principio plenamente aceptado –en el siglo XIX–, este producto espiritual del mundo occidental encontró gradualmente una aplicación cuasi-universal. Los estados nacionales y su historia pudieron ser creados ex nihilo apelándose a un procedimiento de homogenización allí donde las configuraciones étnicas, culturales e históricas eran con seguridad mucho más complejas. Conformados en virtud de la aplicación del principio nacional a finales de la Primera Guerra Mundial, los estados como Checoslovaquia y Yugoslavia no fueron para nada más homogéneos nacionalmente que la difunta monarquía austro-húngara, personificación del viejo principio imperial. El caso extremo es el del África negra, donde los europeos trazaron las fronteras coloniales con un desprecio absoluto por los hombres y su historia (por eso, los estados tienen nombres de ríos y de lagos antes que de etnias). Ahora bien, la conformación política artificial creada por los dominadores occidentales se transfiguraron, luego del proceso de descolonización, en “estados



nacionales”, cada uno con su propia historia, como cuando esta historia llevará inevitablemente, con o sin europeos, a las soluciones nacionales presentes.

El siglo XX conoció evoluciones contradictorias, polarizadas entre el aumento de los nacionalismos, a menudo en forma todavía más violenta que el siglo anterior, y la manifestación, por el contrario, de las solidaridades supranacionales, edificadas por cercanías de orden cultural, religioso o económico. La Civilización occidental, el “campo comunista”, el “Tercer mundo”, el mundo islámico representan este tipo de construcciones llamadas a globalizar y atenuar en su más amplia unidad las entidades nacionales componentes. También, en el discurso histórico, *Nación y Civilización* aparecen como dos ejes concurrentes de estructuración e interpretación. Oswald Spengler (en *La decadencia de Occidente*), luego Arnold Toynbee (en *Estudio de la Historia*) procedieron entonces a un corte cultural, pasando sobre las fronteras histórico-políticas o lingüísticas; otros historiadores, como Fernand Braudel o su émulo Immanuel Wallerstein dividieron el mundo en áreas de civilización según criterios predominantemente económicos. Hace poco, el conflicto entre civilizaciones fue definido como motor de la historia, por Samuel Huntington, en su muy discutido trabajo sobre el *Choque de civilizaciones*. La orientación hacia la *civilización* de la historiografía ilustra, junto a otras motivaciones, el distanciamiento, explícito o implícito, de la ideología del estado nacional, en la que los historiadores de hace un siglo veían el fin supremo de la evolución de la humanidad.

El proyecto europeo presupone, en su actual fase, necesaria, pero de difícil combinación dos tipos de unidad: la tradicional unidad de tipo nacional y la unidad supranacional de las grandes familias europeas, a las que se agregan un tercer nivel, correspondiente a las estructuras regionales y de las minorías. En una Europa unida, no van a existir sino minorías, ninguna nación va ser mayoritaria, lo que pretende ahora es una nuevo abordaje de las relaciones mayoría-minoría. Se llega de esta manera, de un solo principio dominante del recorte nacional, asimilador en el interior y portador de conflictos en el exterior, a tres principios “iguales”, que piden ser armonizados. ¡Esta es la ambición, así como la dificultad, de la apuesta europea! Me voy a referir más adelante a las implicaciones históricas de este proyecto.

¿Pero Europa existe acaso de verdad, como conjunto histórico y de civilización? La civilización clásica de la Antigüedad no fue europea sino mediterránea (con otras palabras, “sur europea”, “occidental asiática y “nord africana”). Empezando de la Edad Media, el continente aparece dividido entre el Occidente católico (luego protestante) y el Oriente ortodoxo: dos Europas, sensiblemente diferentes, y no solamente en el plano religioso, unidas y separadas por el espacio intermediario de



una Europa central. El Occidente ha progresado mucho más rápido que el Oriente. La ciencia y la tecnología que han conquistado el mundo, y las grandes ideas políticas de los últimos siglos no son europeas, sino occidentales. El Oriente se ha supeditado a un proceso de aculturación, orientándose hacia el modelo occidental, en Rusia, desde Pedro el Grande, en los países rumanos y en los Balcanes, desde el siglo XIX, sin embargo (agregándose el desequilibrio producido por el comunismo) todavía tiene camino por recorrer hasta una plena convergencia. La Unión Europea fue un proyecto occidental y ha reunido primero a los países occidentales del continente; se le agregaron hace poco los países de Europa Central y, finalmente, Rumania y Bulgaria, dos países orientales. Basta comparar los indicadores de desarrollo económicos para constatar los diferentes niveles: los países de Europa Central están por debajo del nivel del Occidente, y estos a su vez sobre Rumania y Bulgaria.

Si bien desde donde y hasta donde se extiende Europa, es importante, es aún más importante ¿de dónde y hasta dónde se va extender en el futuro? Esta pregunta nos conduce a un problema muy interesante y elocuente para la lógica de la mitología de la unidad: el de los espacios predestinados y el de las fronteras naturales.

## Predestinación geográfica y teoría de las fronteras “naturales”

La historia es *fluida*, pero la geografía es *fija*. Por eso, las estructuras geográficas parecen ofrecer la solución ideal para la estabilidad de la historia en forma cristalizada. El patrón espacial inmutable obliga al flujo temporal a respetar algunas reglas preestablecidas.

En su influyente trabajo *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit* (1784–1791), Johann Gottfried Herder erige un verdadero himno de la todopoderosa geografía que, decía él, ha fijado desde el comienzo el destino histórico de los pueblos, trazando límites de los montes y de los ríos. ¿Cuáles otros límites más naturales que los mares, los montes y los ríos para separar a las naciones, las costumbres, las lenguas y los reinos? ¿Cambie el curso de las aguas, disponga de otra manera el relieve y vas a tener completamente otra historia!

El determinismo geográfico es un capítulo inseparable de la filosofía de la historia. ¡Qué puede ser más simple y más claro a los ojos, más llamativo! Los hombres viven bajo climas diferentes, en medios naturales disímiles y tienen una historia diferente.



Todo esto parece relacionarse en un sistema.<sup>8</sup> Algunas veces, en el límite, probable las cosas están realmente así. Cuando Herodoto llama a Egipto “un regalo del Nilo”, con dificultad podríamos contradecirlo, solo por la no adherencia al determinismo geográfico, para sostener que ¡sin el Nilo Egipto sería Egipto! Pero cuando Jean Bodin afirma (en su tratado *Sobre la República*, 1576) que las luchas civiles de Atenas y Roma se explican por el relieve accidentado de las dos ciudades y por la mentalidad diferente “geográficamente programada” del valle y de la colina, podemos determinar de mejor manera la deficiencia intelectual, no solo del determinismo geográfico, sino también de los determinismos de toda clase. Indiferente de la época y de los argumentos, los deterministas siguen siendo deterministas. Tres siglos después de Bodin, en una fase incomparablemente más avanzada de desarrollo de las ciencias, Friedrich Ratzel, fundador de la “antropogeografía”, pensaba de manera similar, cuando entonces decreta la superioridad del Norte frente al Sur, incluso en el interior de la misma nación. Gracias al clima, ¡los prusianos se mostraban germanos más “logrados” que los bávaros! Bismarck hubiera podido volver a encontrar en esta jerarquía la sustancia de su proyecto político, nosotros, por desgracia, nos encontramos con las exigencias intelectuales más difíciles; y nos limitamos en constatar –y los ejemplos abundan en este sentido– la valorización del Norte tecnológico e industrial y desarrollado y la simultánea desvalorización del Sur en el imaginario del siglo XIX.

La predestinación geográfica presupone un corte espacial, pero este tipo de cortes, separando entidades diferentes y destinos históricos distintos, privilegia el concepto de frontera, al que se le confiere un sentido simbólico profundo. Simbólicas son las fronteras trazadas por los hombres, y son aún más simbólicas y aparentemente inscritas en la eternidad como grabadas en la primera configuración del mundo. El Imperio Romano se extinguió, buscando de manera insistente sus límites “naturales”. De esta manera, en Europa, desde el Occidente hacia el Oriente, la frontera llegó a ser dibujada de manera precisa: El Rin, Los Alpes y el Danubio. Límite “real” y al mismo tiempo “ficticio”, en la medida en que el significado de cualquier frontera depende mucho más del imaginario que de un dato objetivo. Los ríos y los montes pueden igualmente unir o separar. De hecho, ni unen ni separan; los hombres son los que lo hacen. Cuando los “bárbaros” decidieron entrar al imperio, ni el Rin, ni los Alpes, ni el Danubio se opusieron de ninguna manera.

8 Con respecto a las interpretaciones geográficas y en especial climáticas de la historia, remito a mi obra: *L'Homme face au climat. L'imaginaire de la pluie et du beau temps*, Les Belles Lettres, Paris, 2004. (Traducción al rumano: *Omul și clima. Teorii, scenarii, psihoze*, Humanitas, București, 2005).



Como el Imperio Romano, el estado francés codició las fronteras naturales. Pese a que la monarquía practicó una política prudente y pragmática de extensión de las fronteras, la imagen de Galia (e implícitamente la de Francia), fundamentada en una frontera natural perfecta: El océano, los Pirineos, El Mediterráneo, los Alpes, el Rin, era un tema presente en la cultura francesa. Esta representación ideal devino, una vez con la Revolución francesa, en sistema político objetivo declarado.<sup>9</sup> En la Edad Media, un estado catalán logró en un momento dado formarse en una parte y otra de los Pirineos, pero perdió la oportunidad histórica por culpa de la fronteras de montañas hacia la que avanzó también Francia, como también España. El Rin ofrece una ilustración todavía más significativa de la fuerza del concepto. En empujar la frontera francesa hacia este río se halla el origen del secular conflicto franco-alemán. Francia fue constituida paso a paso, pero la nación francesa englobó y asimiló etnias y culturas diferentes: bretones, vascos, catalanes, provenzales, alsacianos, pero el imaginario histórico-político espacial francés aparecía predestinado, grabado una vez y para siempre gracias a las fronteras naturales.

También la unidad rumana llegó en el siglo XIX a estar delimitada por fronteras ideales: el Dniéster al este, el Tisza al occidente (“Del Dniéster hasta el Tisza”), el Danubio al sur y, más lejos, el litoral del Mar Negro. Un sistema cerrado de agua, sostenido por la columna vertebral de los Cárpatos. Este es el espacio rumano, o el predestinado a ser rumano, que sería en lo posible inmutable hasta la más profunda Antigüedad. A los rumanos, a diferencia de la tipología que se encuentra con más frecuencia, las montañas no los separan, sino que los une, mientras que los grandes cauces de agua los separan de los “otros”.

Sobre un sistema opuesto de estructuras geográficas se basó la Gran Hungría, rival histórico de la Gran Rumania. Quién observe el mapa físico del reino húngaro antes de 1918, observa con facilidad cómo el núcleo vital, la Campiña de Panonia, está rodeada y resguardada por una corona casi ininterrumpida de montes (Cárpatos eslovacos, el arco transilvaniano, los Alpes dináricos...). El Danubio y el Tisza, fronteras para los rumanos, aparecen aquí, por el contrario, como rasgos de unión, cumpliendo una función similar al de la cadena cárpatica en el caso rumano. El anillo de aguas en los rumanos y la unión de montañas de la vieja Hungría, simbolizan dos soluciones divergentes de unidad.

---

9 Sobre el imaginario francés de las fronteras naturales, ver el artículo de Denis Richet, “Frontières naturelles”, en *Dictionnaire critique de la Révolution française*, bajo la dirección de François Furet y Mona Ozouf, Flammarion, Paris, 1988 (nueva edición: 1998, vol. Idées, pp. 217–231).



Los continentes son también formaciones imaginarias, con fronteras naturales bien delimitadas, pero cuya relevancia geográfica e histórica puede ser cuestionada. Europa presenta un grado mucho más alto de cohesión, pero no tanto por sus datos naturales (totalmente otros en la interminable Estepa Rusa comparada con el encaje de la orilla meridional u occidental), sino debido a una gradual apropiación de orden religioso y cultural, a través del cristianismo y gracias a la herencia greco-romana (lo que no impide, así como se ha visto, sensibles diferencias, especialmente entre Oriente y Occidente). ¿Pero Asia? ¿Existe Asia, una geografía y una historia particular de Asia? Existe porque queremos que exista. De otro modo, ¿qué tienen en común India y Siberia, Arabia y Japón? ¿Existe África? Hay con seguridad por lo menos dos Áfricas muy distintas entre sí, tanto en el sentido geográfico como en el histórico: África negra sub sahariana, y África, actualmente arabe, nord sahariana. La segunda pertenece al espacio mediterráneo, al igual que la Europa meridional, y podríamos muy bien separar ambas de los respectivos continentes, en beneficio de una unidad distinta mediterránea, así como procedieron en su tiempo los romanos y, como sugiere, en el plano historiográfico, *El Mediterráneo* de Braudel.

La actual construcción de Europa implica también, junto a muchas otras dificultades, la cuestión, aparentemente elemental, pero para nada simple, de la delineación continental. ¿Hasta dónde, partiendo hacia occidente, se extiende Europa? Hasta los montes Urales afirman muchas veces los manuales de geografía: la frontera inscrita en la corteza terrestre, barrera de montes entre el continente nuestro y Asia (prolongación hacia el sur por el río Ural, el mar Caspio y la cordillera del Cáucaso). ¿Pero puede ser la misma Europa aquella, igual siempre consigo misma, de la prehistoria hasta el presente y más adelante en el futuro? Los mares, los montes y los ríos siguen en su lugar, pero los hombres y las civilizaciones se suceden, y, sin embargo, continúa la historia hablando sobre hombres y civilizaciones. “Europa, del Atlántico al Ural”, proclamaba Charles de Gaulle, fiel en esta mirada al manual y a las fronteras preexistentes. De hecho, Europa se irá conformar con o sin Rusia –y otros sucesores de Rusia (lo que es probable en este momento), y entonces significa que ella se “termina” mucho más hacia el occidente, pese a las inmutables fronteras invocadas–, o si se va hacer Rusia, entonces con todas posibilidades de llegar hasta Vladivostok, en una frontera natural más impresionante que el Ural, pero quizás menos adecuada: el Océano Pacífico. Entonces, esta ya no sería más Europa, sino una “Euroasia”, estructurada con criterios diferentes.

Las fronteras naturales simplifican de manera drástica la realidad; también ellas pueden complicarla. Ellas introducen en la ecuación configuraciones diferentes a las de la historia real, formas concurrentes de cohesión y de unidad, que pertenecen al



imaginario histórico-político, pero qué pueden, a su vez, crear historia, y lo hacen de manera efectiva, por el dinamismo específico de los proyectos ideales y por la inmensa fuerza del mito.

## Quién habla de quién: historia y alteridad

La aspiración hacia la unidad se confronta en el imaginario con el principio opuesto de la alteridad. ¡Nosotros y los otros! Vivimos rodeados por los otros, de manera tal que nada se muestra más presente e incluso más obsesivo que la figura, los movimientos y las intenciones de aquel que está en relación con nosotros, tanto del semejante e igualmente también del diferente.

Al final, esta es la historia: un interminable discurso sobre los otros, distanciados de nosotros en el tiempo y en el espacio. Tomada del imaginario, la alteridad real se puede atenuar, hasta la desaparición, o por el contrario, se puede amplificar hasta la desmembración de la especie. Las tentaciones nacionalistas y racistas de la época moderna sorprenden por toda la magnificencia del funcionamiento de este sistema mental. La legitimación de cada una de las comunidades nacionales en una historia proveniente de tiempos inmemoriales llevó a la apropiación sobre dimensionada por parte de los individuos de hoy, de sus alejados antecesores. Así han devenido los alemanes actuales casi lo mismo que los antiguos alemanes (quizás suavemente “degenerados” debido a las mezclas, según las interpretaciones nazistas; todavía desde 1807-1908, en su celebre *Discursos a la nación alemana*, Johann Gottlieb Fichte consideraba a sus compatriotas más cercanos que los otros pueblos del tipo humano originario, de la perfección desde los comienzos), e igual los franceses con los galos, los rumanos con los dacias y así sucesivamente. Formulemos una pregunta provocadora: ¿a quiénes se parecen de manera inmediata los rumanos: a los húngaros o a los dacias? La respuesta es casi obligada: todo nos separa de los “adversarios” magiares, mientras que muchas cosas nos acercan a los antepasados dacias. Si hacemos, sin embargo, un mínimo de esfuerzo para salir de la mitología, no podemos dejar de señalar que, ahora, los rumanos y los húngaros están inevitablemente más cerca unos de otros que los rumanos de hoy de los antiguos dacias. ¡Así como Bucarest, por diferente que sea, se parece mucho más a Budapest que a Sarmizegetusa!

Más dramática y más grave en consecuencias que la operación de captar a los antepasados, es alejar a los otros de nosotros. Nos encontramos frente a un mecanismo que debemos tomar en consideración. El imaginario de las diferencias funciona con parámetros mucho más altos que la realidad en sí misma con sus



respectivas diferencias. Las diferencias efectivas entre “razas”, naciones y culturas son mínimas con relación a lo esencial que define a los individuos. Y, no obstante, a menudo, el imaginario de la alteridad se complace en hiperbolizar las diferencias hasta eclipsar todo lo que significa de fondo común. Si el “otro” es de otra manera, entonces parece ser aún más diferente; por lo menos sabemos que tenemos que tratar con un *extranjero*.

Los juegos de la alteridad se organizan alrededor del concepto de *centro* y del eje que reúne el centro con la *periferia*. Pocas figuras míticas tienen semejante fuerza como el *centro del mundo*, representando, de manera simbólica, la condición de *normalidad*. Inútil preguntarnos donde se halla: se encuentra allá donde queramos ponerla. En un sentido más general, cada individuo materializa semejante de centro del mundo: el universo gira a su alrededor. Cada tribu, naturalmente cada nación, cada civilización. También cada historia se escribe desde el *centro*. La historia presupone, de esta manera, junto al punto de vista temporal (inevitable, en nuestros días), un punto de observación espacial (inevitable, en el que nos encontramos). El pasado de Rumania no es visto de la misma manera en Bucarest, Washington o Pekín, y con seguridad, ni la historia de China o de América no aparece en una sola variante en los “centros” mencionados.

Algunos centros se muestran sin embargo más influyente que otros, con relación con la fuerza de expansión y de aculturación de las respectivas civilizaciones. Estos son por excelencia centros del mundo en el sentido fuerte del término. Apareciéndose, ellos mismos, “imperio del medio”, los chinos afirmaron a lo largo de los milenios su condición central. Al igual que Grecia y en modo particular Atenas; igual, por supuesto, Roma. Para el historiador árabe Ibn Khaldun, en el siglo XIV, África del norte musulmana definía el centro y la normalidad. Dos siglos más tarde, para el francés Jean Bodin, la normalidad geográfica, climática, histórica y política se instala, lo que no resulta sorprendente, en Francia. Desde hace algunos siglos, el centro del mundo es Occidente, pero con notables desplazamientos, de una época a otra, incluso en el seno del espacio occidental. El sur mediterráneo, latino y católico, se esfumo paulatinamente a favor del noroccidente oceánico, germánico y protestante (fenómeno que puede ser rastreado entre los siglos XVI y XIX). A los desplazamientos efectivos de poder e influencia, le correspondieron un desplazamiento todavía más sensible del discurso valorizador. Luego, la balanza se inclinó más allá del océano, hacia los Estados Unidos (que hoy ofrece, aunque no solo ellos, en cualquier caso el modelo dominante de sociedad y de prospectiva del futuro). Y la translación continúa del Atlántico hacia el Pacífico con efectos que quedan por constatar.



Con relación a estas grandes zonas centrales se estructura el resto. En los antiguos griegos, constatamos una disposición espacial rigurosa y simétrica del espíritu de la civilización griega, de acuerdo con la claridad de tipo geométrico. Partiendo desde el centro, se dibujan círculos sucesivos, como tantos grados de alteridad, que conducen hacia la alteridad máxima, característica de las márgenes del mundo. Los tracios meridionales, primeros vecinos hacia el norte, son sensiblemente diferentes de los griegos, pero aún más diferentes son los escitas, estos mismos presentan, todavía en función de las distancias geográficas, grados distintos de alteridad, de los escitas agricultores a los nómadas, y de estos a los escitas caníbales o...vegetarianos; al otro margen del mundo, la India presenta a su vez, poderosos contrastes y manifestaciones de alteridad. El otro, cuanto más nos distanciamos del comportamiento “normal”, puede ser mucho mejor o muy malo, o mucho mejor y muy malo al mismo tiempo, o más allá del bien y del mal... En los márgenes del mundo, los pueblos fabulosos aseguran la transición del hombre hacia el animal o, por el contrario, hacia los dioses.<sup>10</sup>

La lógica profunda de estas disociaciones permaneció estable a lo largo de los siglos, aún si la arquitectura espacial perdiera algo de la elegancia simétrica griega. Los “salvajes” identificados por los europeos en diversas partes del mundo, luego de los últimos descubrimientos geográficos, se parecen, si bien no necesariamente en realidad, en cualquier caso en el imaginario, con los bárbaros o pueblos fabulosos del imaginario antropológico griego. También ellos proponen un coctel de virtudes y de vicios que los separa y singulariza. Es cierto que después de una primera moda, del “buen salvaje”, los vicios tienden a acumularse, pero las calidades a volatilizarse. Al llegar a la fase de máxima riqueza y expansión, y al mismo tiempo de máxima arrogancia, Europa, con más el Occidente, se acostumbra a ver a los otros como seres de rango inferior. El caso típico y a la vez extremo es de la raza negra. La Ilustración llega con argumentos “científicos” (retomados y desarrollados en el siglo XIX, por lo menos en su primera parte), a la conclusión de que los negros, no son incluso hombres sino ante todo, una especie intermediaria entre el hombre y el mono. Hoy, la institución del esclavismo, floreciente en plena época moderna, asombra y escandaliza, ella debe ser, no obstante, relacionada (no para justificarla, sino para entenderla) con la presupuesta condición subhumana del negro, cazado, vendido y comprado, reducido a la condición de esclavo.

---

10 Respecto a la lógica deformadora del “otro”, he retomado algunos ejemplos y argumentos de mi propio trabajo: *Entre l'Ange et la Bête. Le Mythe de l'Homme différent de l'Antiquité à nos jours*, Plon, Paris, 1995 (edición rumana: *Între înger și fiară. Mitul omului diferit din Antichitate până astăzi*, Humanitas, București, 2004).



Europa del siglo XIX es aparentemente *una* en su orgulloso sentimiento de superioridad frente al resto del mundo. Sin embargo, en realidad, de acuerdo al mismo mecanismo de la alteridad, ella profundizará de manera sistemática las divisiones internas. Racista hacia fuera, nacionalista en el interior. A las fronteras cada vez más profundas entre naciones y estados, se agregan los principios suplementarios de separación, de orden lingüístico, cultural e incluso biológico. En 1800, se registra todavía una sola raza blanca. Pero hacia 1900, unos antropólogos enumeran hace diez “razas” y “sub razas” solamente en Europa. El sentimiento de la alteridad profunda respecto del “otro” condujo de manera irresistible a las confrontaciones sangrientas del siglo pasado. La actual pedagogía antirracista y antinacionalista, tan insistente en Occidente (el mismo Occidente que dio el tono al racismo y al nacionalismo), se confronta con fuerza al arquetipo. Dejados a su merced, el racismo, el nacionalismo, el tribalismo, la intolerancia salen fácil a la superficie. Cuanto más si son causados por ideologías.

Nada se cultiva más fácil y más barato que la exacerbación de la propia identidad y la desvalorización o la demonización del otro. La maquinaria mental productora de alteridad debe estar bajo la más atenta vigilancia. Si la historia nos enseña en última instancia algo, con seguridad esta es una de sus grandes lecciones.

A la alteridad exterior le corresponde un sistema similar en el interior. Y bajo este aspecto, el mundo griego constituye un interesante punto de partida. Platón agradecía a los dioses por la oportunidad de haber nacido ateniense, varón y hombre libre. Un hombre plenamente normal, un hombre completo, debía reunir estas calidades. La ciudad tenía sus bárbaros, sus salvajes, sus hombres “incompletos”. Las mujeres, los artesanos, los esclavos representaban representaban una zona de alteridad interior igual de potente marcada con relación al *centro*, con las exóticas figuras de la alteridad dispuestas geográficamente, con la sola diferencia de que la distancia se mide en términos sociales, y no espaciales. Los actores, entre tanto han cambiado, pero el mecanismo quedó. Cada ciudad tiene su propio núcleo social e ideológico, sus sistemas de valores dominante y, con relación a estos, sus propias categorías de minoritarios y marginales, que encarnan valores diferentes e incluso contrarios. En la Edad Media, el hereje y el leproso, se muestran, por su impureza espiritual y corporal como figuras perturbadoras del orden natural. En la época moderna, proliferan dos instituciones simbólicas (sutilmente analizadas por Michel Foucault), esto es el manicomio y la prisión, llamadas a aislar, de manera justificada o no, a aquellos considerados al margen de las normas sociales rigurosamente definidas. El siglo XIX produce de manera total la marginalización, como efecto de la fase salvaje de la revolución industrial; la clase “obrera” y “peligrosa” (para retomar la



expresión de Louis Chevalier) se sitúa en el polo opuesto de la élite burguesa. Según la ideología nazista, el otro por excelencia, era el ser “biológico” diferente (el judío en primer lugar). El comunismo, a su vez, fue un fabricante infatigable de alteridad, a pesar de su proyecto utópico de cohesión y armonía social; el enemigo de clase con sus múltiples presentaciones, acompañó al experimento comunista desde el inicio hasta el final. La relativa desdramatización del fenómeno en las sociedades “abiertas” no llega hasta el aplastamiento mismo del arquetipo. ¿Cómo imaginarnos una sociedad en la que los mecanismos de la alteridad no funcionen más? Ni geoméricamente, ni sociológicamente, el centro puede estar en todas partes. La inmigración, por ejemplo, alimenta en Occidente un foco de alteridad virulento, y ella no es la única, el desempleo, la pobreza, o, en otro sentido (de alguna manera similar a la lepra individual), la epidemia de Sida, forman con intensidad variable círculos de alteridad con relación a la conducta normal del ser humano en una sociedad próspera y democrática.

No me he propuesto plantear una teoría o un esbozo histórico de la alteridad. Lo que me preocupa es el discurso histórico. Y no es difícil constatar, acercando la historia a la dialéctica de la alteridad, que el problema clave es, finalmente, *quién habla sobre quién*: dónde se sitúa sobre el eje centro-periferia aquel que mantiene el objeto del discurso, y dónde se halla aquel que forma el objeto de este discurso. La información tiende a concentrarse en el centro; allá donde se formula el mensaje más completo y más penetrante y a menudo, el único del que disponemos. La historia, por lo menos la *historia escrita*, y las fuentes, también *escritas*, que están en la base se presentan en buena medida como un discurso fabricado en el centro. La información acerca de la condición femenina es, en general, de procedencia masculina. La información sobre las clases desfavorecidas de la sociedad, provienen de las filas de la élite. La información sobre el África negra es árabe o europea. Una y otra vez, el centro del hombre realizado así como lo veía Platón, observa a los otros. No significa que los otros, que tienen sus propio discurso, serían más objetivos. Serían igualmente subjetivos, pero de *otra manera*, y con seguridad, en muchos aspectos, depositarios de un conocimiento más adecuado sobre sí mismos. Un viajero en un país extranjero escribe sus impresiones sobre el papel. ¿El texto que resulta es más representativo para quién exactamente: para el país en discusión o para el viajero? Ni las más escrupulosas anotaciones pueden escapar a la condición de la imaginación: cada observador elige, de un montón, lo que le interesa y vierte el material en las estructuras de su propio sistema de valores. Cada quién ve lo que quiere y cómo quiere verlo.



La historia del espacio rumano puede ofrecer, en esta perspectiva, una estimulante lección metodológica. Hasta el siglo XIV, esto es hasta el comienzo de la época moderna, con la excepción notable, pero limitada en el tiempo, de Dobrogea y de la Dacia rumana o, hacia finales del periodo, y de Transilvania incluida en el reino húngaro, este territorio no produjo *informaciones escritas*. Todo lo que se sabe (con excepción de las fuentes arqueológicas, con sus virtudes, pero también con sus insuficiencias), se sabe *de fuera*. Es un largo discurso del centro, o de los diversos centros, sobre una región periférica. La condición periférica, parece en este caso una invariabilidad (hasta el presente por lo menos, porque no creo en la fatalidad), con toda la obstinación de los nacionalistas rumanos de forzar, de manera retrospectiva, el desplazamiento hacia el centro. Aquí fue un *margen*, con relación a la antigua Grecia, con relación a Roma, con Bizancio, con el imperio Otoman o con los imperios competidores habsbúrgico y ruso, y continúa siendo hoy un margen (exterior hasta el 2007, ahora ya interior) de la Unión Europea.

Así, tenemos que tratar con una suma de fuentes que hablan de un estado de normalidad (naturalmente, no “normalidad” en el sentido objetivo, sino en el sentido único que se le abroga) sobre una región excéntrica. ¿Son ellas verdaderas fuentes? Son, porque queremos que sean, toda vez que no tenemos otra cosa a disposición. Si los getas no hablan sobre sí mismos, escuchamos a los griegos, que no dudan en hablar. No es ningún pecado escucharlos e intentar desentrañar las palabras, en particular cuando las alternativas faltan. Debemos, sin embargo, saber de qué trata el asunto. Estas no son con seguridad las únicas fuentes, en el sentido pleno de la palabra, para el imaginario griego, pero lo son solamente en un sentido secundario, derivado y equivoco para las “realidades” danubianas y nord danubianas que indagamos, con el riesgo de no hallarlas precisamente como fueron. Deformador es también un reportaje hecho en vivo, ¡pero estos no son, con seguridad, reportajes en el lugar de los acontecimientos! Muchos de entre los historiadores y los geógrafos griegos que escribían sobre Dacia, ni siquiera atravesaron el Danubio, pero ¡lo pasaron! Ellos comunican una información desde el mismo comienzo, sensiblemente filtrada y deformada de manera apreciable, incluso ficticia y reconstruyen el espacio getodacio, así como *convenía* ser, según el espacio de juego de alteridades que le era reservada.

“Los más valientes y justos entre los tracios”: estas palabras de Heródoto respecto al linaje de los getas, son destacadas de manera abrumadora en los trabajos y los manuales rumanos de historia. El primer texto que refiere al pasado de los rumanos, su acta de nacimiento como se diría, los representa con una perspectiva muy favorable. De hecho, Heródoto, como los historiadores posteriores, no elogian, así

como no condenan. Ellos mantienen un interminable discurso sobre la alteridad. Para ellos, la normalidad es griega, y los otros se comportan de manera insólita, para bien o para mal, y a veces, más allá del bien y del mal, hasta el exceso. La justa medida no se encuentra sino en el centro. La valentía de los getas se conjuga (lo que Heródoto afirma de manera explícita, si bien algunos autores rumanos prefieren cortar la frase) con su imprudencia. Es la reacción de unos impulsivos, que no controlan por la razón sus movimientos, de aquí la tentativa loca de oponerse sin sentido al inmenso ejército del gran rey persa. Así están las cosas con la valentía. En cuanto el calificativo de los “más justos”, no importa cuanto lo hayan sido los getas, aún más justos aparecen también en los autores antiguos los indios, y esto por el simple motivo de que son todavía más exóticos, ubicados en las márgenes del mundo conocido entonces. O, aún más espectacular, la tribu de los argipes, ubicados en los confines de las tierras escitas, hombres que se alimentan solo con frutas y leche, viven bajo los árboles, no portan armas y, considerados santos, llamados a juzgar los pleitos de los vecinos. Frente a semejante grado de inocencia y santidad la “rectitud” de los getas ¡palidece!

Pero los tracios y getas en la misma medida, presentan además, según los especialistas griegos en la materia, también otros rasgos dignos de interés. Son grandes amantes de las mujeres, se diría realmente licenciosos, y en la misma medida, grandes amantes del vino. Y aquí, como en materia de valentía o de rectitud, les falta el sentido del equilibrio. Y a la inversa, estos bebedores y mujeriegos, pueden devenir de manera inesperada ascetas, pasando con facilidad al exceso contrario, incapaces de establecer la línea media. La historia de Burevista y la viña relatada en la *Geografía* de Estrabón, es edificante. Burevista decidió disciplinar a los getas. ¿Y cómo puedes disciplinar un pueblo inclinado hacia la bebida de otra manera que impidiéndole que beba más? La decisión no podría ser otra sino la destrucción de los viñedos (¡un precedente histórico de la *prohibición!*). La pregunta es: ¿nos encontramos frente a una información, o a una fabulación? Me inclino a creer que no era Burevista quién tenía interés en destruir efectivamente los viñedos, sino que los griegos sentían la necesidad de destruirlos de modo simbólico, para lograr entender como de la anarquía geta pudo surgir, gracias al desplazamiento hacia un comportamiento aseptico, una gran fuerza política y militar.

Otra narración alrededor de la cual se ha construido una mitología total griega, luego rumana, tiene como héroe a Zalmoxis, esclavo de Pitágoras (si hubiera que creerle a Heródoto), convertido en divinidad de los getas. El hecho es que todo lo que se sabe sobre la religión de Zalmoxis, proviene de los textos griegos –ellos mismos dependientes del “padre de la historia”–, y de ninguna manera del medio



autóctono de los getas-dacios. Tenemos que tratar con una proyección de una doctrina pitagórica, procedimiento practicado además no solamente con los dacios, sino también con otras zonas de frontera. Esto no significa que no haya existido un Zalmoxis en el panteón de los getas, pero la gran semejanza entre su religión y las enseñanzas pitagóricas, insta a una elemental prudencia, demostrándose una vez más que, hablando sobre los otros, los griegos no dejaban de hablar sobre ellos mismos.<sup>11</sup>

Los textos de que disponemos comprenden probablemente también información validas, pero filtrada, deformada, mezclada con materia extraña y transfigurada ideológicamente. El asunto es cómo puede ser aislada, en ausencia de otras fuentes, que la confirme o la desmiente. Como sea, retomar ad litteram las consideraciones de los autores antiguos, no puede más ser aceptado; es pura y simplemente una manifestación de infantilismo historiográfico. Los historiadores no van a cesar de buscar las semillas de verdad: este es su oficio. Pero cualquier reconstrucción, por sutil que sea, no puede ser, en este campo, sino hipótesis. No tenemos como traducir hasta el fondo el discurso griego en historia auténtica de los getas.

Las fantasías de los griegos sobre los getas, ilustra un caso límite, tanto más sorprendente cuanto aquel en causa calla, sin poder corregir con nada lo que se dice sobre él. Sin embargo, y precisamente la pureza de este tipo de discurso, autonomizado frente a su objeto, me parecen confirmar, en un sentido más general, la dependencia variable, pero inevitable, del enfoque histórico frente a los clichés de la alteridad.

## Conspiradores

El repertorio del “otro” es, de esta manera, inagotable. No obstante algunos papeles se le acomodan especialmente. Entre estos, figura la función del *conspirador*. Semejante postura se justifica por una de las irresistibles tentaciones del imaginario histórico-cultural, aquella de explicar la marcha de los acontecimientos, y la marcha del mundo en general, en el marco de una compleja maniobra oculta, dirigida por grupos restringidos, y sumamente influyentes. El entendimiento corriente de la

11 El imaginario “getico” de los autores antiguos fue analizado bajo todas las perspectivas por Zoe Petre, en una serie de contribuciones, entre las cuales citamos: “Les Gètes chez Hérodote”, en *Analele Analele Universității București, istorie*, 1984, pp. 17–23; “Les Thraces et leur fonction dans l’imaginaire grec”, ibidem, 1991, pp. 53–58; “Le Mythe de Zalmoxis”, ibidem, 1993–1994, pp. 23–36; “À propos des sources de Jordanes”, en *Études d’historiographie (sous la direction de Lucian Boia)*, București, 1985, pp. 39–51; en un abordaje de conjunto, *Practica nemuririi. O lectură critică a izvoarelor grecești referitoare la geți*, Polirom, Iași, 2004.



historia privilegia la interpretación conspirativa El verdadero esfuerzo no está en imaginarse conspiraciones –esto se hace por si mismo–, sino, por el contrario, está en resistir a su seducción simplificadora. El éxito de las teorías conspirativas deriva del hecho de que en sus tejidos se entrelazan algunos de los enunciados de base del imaginario: la presencia insidiosa del “otro” entre nosotros; la reducción de la historia a la acción de una categoría limitada de personajes; la existencia, más allá de lo que se ve, de unos resortes secretos; la confrontación entre el Bien y el Mal y la esperanza en el triunfo final del Bien...

En la Edad Media, los herejes, los leprosos o los judíos se encuentran con frecuencia en la postura conspirativa. Los leprosos contaminan las fuentes, incluso en 1321, en el sur de Francia, se registra un “intento” de estos por tomarse el poder. Fueron, obviamente masacrados. Llegó luego el turno de las brujas, una de las extrañas obsesiones de Occidente en los siglos XVI y XVII. Todas estas son agentes del Diablo. La época moderna no hace sino laicizar el mecanismo, lejos de atenuarlo, lo perfecciona, dándole un agudo sentido político. De hecho, cuanto más las confrontaciones y los disturbios sociales y políticos son frecuentes, más la conspiración es presentada como mecanismo explicativo. Raoul Girardet establece tres grandes conspiradores en los últimos tres siglos: los *jesuitas*, los *francmasones* y los *judíos*. Reuniendo todo lo que se ha dicho sobre ellos, se podría concebir una historia moderna y contemporánea explicada en su totalidad, hasta los detalles, a través de este triple proyecto conspirativo, apreciando en cada caso, ni más ni menos, que la dominación mundial. Queda el consuelo que, como el Bien debe vencer al final al Mal, el éxito de los conspiradores no puede ser duradero...

El mecanismo conspirativo parece aún más verosímil, en cuanto más sus “efectos” son con frecuencia reales. Se parte de los efectos y se imagina un principio causal único y oculto. La Revolución francesa sucedió en verdad. Sin embargo, ella debe tener una causa escondida: esta es el proyecto francmasón. Sin los masones no hubiera habido revolución. ¿Quién podría negar la formidable expansión rusa de los últimos tres siglos? Ella no logra solamente *ser*, sino que debe tener una causa precisa y, en especial, secreta. Esta es el *Testamento de Pedro el Grande*, en el que se encuentra escrito desde el comienzo todo lo que pasaría. La parte divertida del relato es que el mismo Marx creyó en la validez de este documento apócrifo, él, que sitúa la historia sobre bases explicativas que se encuentran en la antípoda de semejantes interpretaciones; ¡como se ve nadie está totalmente vacunado contra la psicosis conspirativa!



Hacia finales del siglo XIX, los occidentales, temiendo una reacción a la medida de su propio imperialismo, confeccionaron todas las piezas del “peligro amarillo”, vasta conspiración chino-japonesa destinada a expulsar a los europeos de Asia, y, en una fase posterior, la invasión, sometimiento y colonización de Europa. Cuando en 1904-1905 Japón aplastó a la flota rusa en la guerra del Extremo Oriente, muchos se imaginaron que las profecías comenzaban a hacerse verdad; pero, la final, por los europeos no vinieron los chinos, sino los rusos y los americanos. Siguió para Occidente, una psicosis mantenida por el “peligro rojo”, y para el sistema comunista, la psicosis más preocupante era el asedio imperialista y los complots exteriores de todo tipo y dirigidos por el imperialismo. La fascinación de las interpretaciones “subterráneas” alcanzó una cota remarcable. Lo que explica la excepcional carrera del espionaje, incluso el hecho de la valorización en el imaginario del espía como héroe hacedor de la historia. Una amplia producción literaria, cinematográfica, pero también historiográfica, tiende a acreditar el esquema rocambolesco de unas grandes decisiones y cruciales evoluciones debidas a estos caballeros de la información secreta. Cuando se traza la línea se va a constatar probablemente que ¡el beneficio no fue significativo frente al precio pagado!

Conspiradores y conspiraciones siempre han existido y seguirán existiendo, sin duda alguna. Ni la mafia, ni la K.G.B. son ficciones. La pregunta es en qué medida la historia acepta hacerles el juego. Un grupo oculto puede elaborar toda clase de proyectos, después de todo, nadie tiene como forzar a la historia a hacer otra cosa diferente a lo que está inclinada hacer, mediante el juego combinado de una infinidad de factores. ¡No haces una revolución cuando deseas hacerla, la haces solo porque eres masón, y no conquistas el mundo solo porque así lo dijo Pedro el Grande!

La caída del comunismo en Europa Oriental en 1989, atrajo rápidamente a la interpretación conspirativa. De esta manera pondría las cosas en la trama, al reunirse en Malta, Bush y Gorbachov. El hecho de que la economía comunista se encontraba en caída libre, el hecho de que la población se saturará de las interminables privaciones y promesas, el hecho de que de la ideología comunista solo quedara un puñado de palabras vacías, el hecho de que en la Unión Soviética la reforma de Gorbachov, llamada a revitalizar el sistema, desencadenará, todas estas evoluciones dramáticas de orden estructural, palidecen, de acuerdo al esquema conspirativo, frente a una comprensión política aún más dramática y además secreta. En el caso rumano, a la conspiración mundial, se le agrega la conspiración autóctona. La acción de complot del grupo que tomó el poder en diciembre de 1989, tuvo el talento de eclipsar en el mismo imaginario el profundo fenómeno de la revolución. Lo que hicieron al final los conspiradores, se va a encontrar más o menos, y con seguridad en versiones



encontradas, pero, indiferente de los escenarios o de sus logros, el hecho masivo, fundamental que queda, es el de una revolución, el de un derrocamiento del sistema que solo una avalancha histórica podía provocarlo.

Y todo esto, a causa del hecho de que la historia es excesivamente complicada. Inevitable, las interpretaciones tienen hacia la simplificación. La “conspiración” no hace sino ofrecer los servicios a aquellos tentados por las explicaciones cómodas, definitivas, unívocas.<sup>12</sup>

## En búsqueda del primer momento

La atracción del pasado hacia el presente es una gran tentación del imaginario histórico. Sucede con la historia un irresistible proceso de actualización; son hechos o segmentos temporales que cobran, en nuestros días, una función explicativa y un grado de ejemplaridad difícil de justificar en una perspectiva estrictamente pragmática. La humanidad marcha hacia un futuro con la mirada vuelta hacia el pasado. Paradójico (teniendo en cuenta el distanciamiento del tiempo), pero perfectamente explicable (teniendo en cuenta el mitológico prestigio de los inicios), nada es más actual que los orígenes. No existe historia sin los mitos fundadores. El momento del comienzo, de la primera creación justifica la existencia y marca el destino, el lugar en el universo de cada comunidad: de la tribu a la nación. Es el certificado de nacimiento, cuya ausencia implicaría la falta misma de identidad. Por ello, el discurso sobre los comienzos es permanentemente evocado, ideologizado y politizado.

El momento fundador no se recomienda solo, empezamos allá donde queremos empezar: una vez con la creación del mundo (así como se abre cualquier “crónica universal”, género historiográfico mayor de la Edad Media) o con la última revolución (22 de septiembre de 1792 deviene en Francia revolucionaria el primer día del año I de la nueva era). El fenómeno corriente consiste en la multiplicación de los momentos fundadores o refundadores y en su renovación. Para resistir el flujo erosivo del tiempo, la fundación debe ser consolidada, renovada y recordada de manera periódica. Son tantos los hitos de una historia que no puede ser sino significativa y ejemplar. ¿Dónde se sitúa, por ejemplo, la fundación de Francia? Por

---

12 Tres textos esenciales para la teoría y la “práctica” de la conspiración: Jean Delumeau, *La Peur en Occident*, Fayard, Paris, 1978 (edición rumana: *Frica în Occident*, traducción rumana de M. Moraru, Meridiane, București, 1986); Raoul Girardet, *Mythes et mythologies politiques*, Seuil, Paris, 1986 (edición rumana: *Mituri și mitologii politice*, traducción rumana de Gabriela Adameșteanu, Editura Institutului European, Iași, 1997); Dieter Groh, “La tentation des théories de conspiration”, en *Storia della Storiografia*, 14, 1988, pp. 96-118.



supuesto, se puede ubicar en cualquier lugar. Vamos, sin embargo, a elegir conforme a la tradición historiográfica, que sea la Galia de Vercingetorix, o el estado franco de Clodoveo I. El país, es de esta manera, prefigurado, él existe antes de llevar el nombre de hoy, pero conoce al mismo tiempo, un ininterrumpido proceso de “recreación”, extendiéndose hacia la materialización del modelo ideal, a través de la larga cadena de reyes que “hicieron Francia”, con la gran Revolución que forjó la nación francesa, por la resistencia en la Segunda Guerra Mundial que le afirmó la vitalidad y la pureza, y así sucesivamente. Un encadenamiento repetitivo de hechos decisivos, llamados a fortalecer, a completar, a reactualizar la fundación original. Algunos de estos logran un sentido litúrgico, inscrito en el calendario laico (viva imagen de las celebraciones del calendario eclesiástico), y así recordados, recreados de manera simbólica, en el ritmo de los ciclos anuales. ¡Así se carga la historia con sentido! ¡Así se carga el presente con historia!

La fundación, en su sentido arquetípico, está impregnada de sacralidad. El acto fundador tiene la tarea de atraer hacia las realizaciones humanas algo de vigor, permanencia e incorruptibilidad de las fuerzas cósmicas. Las versiones modernas no han perdido nada de la intensidad simbólica de la tipología tradicional, solo proceden a la metamorfosis de lo sagrado en ideología y política. La tipología tradicional presupone una poderosa personalidad; el héroe fundador, él mismo generalmente un semidiós, asegura la relación y marca la transición entre el mundo de los dioses y el mundo de los hombres, entre las formas primeras de la creación y las estructuras políticas de la ciudad. Son privilegiadas en este estadio las intervenciones de “afuera”, llamadas a impulsar en la historia los espacios anteriores, vírgenes, procedimiento de alguna manera análogo al acto sexual, ilustración de la vocación integradora del imaginario. Cada vez, es un “nacimiento” que solo puede suceder en un acto fecundador; este transfiere a las nuevas creaciones la excelencia de unas nuevas estructuras más cercanas de los dioses y de los orígenes. Ni los descendientes autóctonos faltan en el imaginario tradicional; de constatar es que hasta las ciudades orgullosas de su historia antigua y gloriosa, inclinada hacia un discurso de orientación autóctona, están no obstante tentadas a recurrir al principio de la intervención valorizadora. El caso de Atenas, fundada, según la tradición, por el egipcio Cécrope I, y en una fase posterior, más cercana a los tiempos históricos, “refundada” por Teseo, héroe con doble origen, autóctono y extranjero.

Una solución particular es la intervención de los animales-guía, estos conducen al héroe hacia el país que va a ser fundado. Un ciervo dirigió a los hunos, luego a los húngaros, hacia el corazón de Europa. Dragoș fundó Moldavia, partiendo a la caza y



siguiendo al uro<sup>13</sup>. He aquí un personaje real y una fundación en esencia auténtica, moldeada sin embargo en un esquema mítico. De manera simétrica, también el País Rumano, se fundó por una intervención exterior: el asentamiento de Negru Vodă. Pero, a diferencia del fundador munteano, no está probado documentalmente tampoco el acontecimiento respectivo, motivo por el cual hacia finales del siglo XIX, la historiografía crítica excluyó este episodio de la historia “real” del país. Más tarde, Gheorge Brătianu, formuló la hipótesis del “cubrimiento” por Negru Vodă de un hecho real: la participación de los habitantes de Făgăraș en la fundación de los Países Rumanos (*Tradiția istorică despre întemeierea statelor românești*, 1945). Su principio teórico, era que no existe leyenda sin una cierta verdad que la apoya; según él, y según las autoridades que cita, así estarían las cosas también con la guerra troyana o con la fundación de Roma. Se trata de una metodología “positivista”, a la cual, por defender el derecho al imaginario, me permito no adherir. Para existir un imaginario Negru Vodă no tiene necesidad de un Negru Vodă auténtico, o de alguien que interprete ese papel. Tiene necesidad, sencillamente, de un esquema profundamente impreso en la mitología, de las intervenciones fundadoras. He constatado que el imaginario se puede construir al igual que la realidad, todo sobre el imaginario. La doble fundación rumana tiene el merito de ilustrar ambas variantes: tanto la realidad transfigurada, en el caso de Dragoș, como ficción pura (¡por lo menos hasta la prueba contraria, menos plausible, de la autenticación de un “Negru Vodă”!).

Incluso en la variante moderna, secularizada, los mitos fundadores no se han liberado fácil de la seducción por las intervenciones providenciales. El procedimiento continua firme, allí donde es posible (¿pero qué no es posible en el imaginario?) una tranferencia de prestigio desde las creaciones más viejas y validadas por la historia hacia nuevas creaciones, que alcanzan de esta manera desde el comienzo legitimación. Según las versiones iniciales, Rusia es una creación germánica, al ser fundada por los varangios (normandos). Los rumanos, solo hasta después, no quisieron escuchar de dacias; ellos deberían ser romanos, continuadores del más brillante imperio y de la más brillante civilización de cuantas ha conocido la humanidad.

Pero gradualmente, la tipología moderna se ha precisado en todos sus elementos. Los mitos fundadores modernos se inclinan hacia la democracia y el autoritarismo. El héroe fabuloso cede su lugar al pueblo, y la nobleza de sangre aparece menos significativa que el anclaje en el suelo ancestral. La Revolución Francesa ha podido ser considerada en una simplificación casi caricaturesca, como una confrontación

---

13 La función fundadora de los animales-guía es puesta en evidencia por Mircea Eliade en el ensayo “Voievodul Dragoș și vânătoare rituală”, publicado en el volumen *De la Zalmoxis la Genghis-Han*, Humanitas, București, 1995, pp. 139-170.



decisiva entre la aristocracia de sangre germánica y el pueblo galo. Los franceses subyugaron a los nativos hace más o menos un milenio atrás, llegó por fin el momento de la revancha. Los rusos, entendieron, a su vez, que deben deshacerse de los varangios; en los últimos dos siglos, estos han perdido terreno a favor de los nativos eslavos. La teoría varangia se disipó; en el espíritu del nacionalismo moderno, sería intolerable que Rusia fuera inventada por germanos. Ni el apego de los rumanos a los romanos quedó intacto. La historia de los rumanos, que comienza con la tradicional conquista romana de Dacia, se profundizó sin cesar, para comprender a los dacias, y también después a las culturas prehistóricas anteriores a ellos. En la línea de semejante evolución prolongada, el momento romano si bien permanece significativo, no puede ser considerado como el acto fundador por excelencia. Los dacias, hombres de la tierra, son en cambio fuertemente valorizados. Los rumanos parecen hoy más pronto dacias o dacias romanizados (lo que puede parecer muy lógico, pero según esta lógica, ni los romanos son totalmente romanos y tampoco dacias, luego no existe una “biología” dacia, romana o rumana, cualquier síntesis cultural, no hace otras cosa que unificar un conglomerado de diversos orígenes).

Nos nos hallamos necesariamente frente a un plus de verdad; sin embargo, tenemos que ver con seguridad, con una reelaboración ideológica. La ideología democrática privilegia la masa nativa frente a la élite conquistadora, pero la ideología nacional, enraiza en un espacio predestinado frente al eventual aporte extranjero.

Y de esta manera, los pueblos y las civilizaciones desde hace tiempo absorbidas por oleadas sucesivas de la historia, son renovadas simbólicamente para legitimar las configuraciones políticas y culturales presentes, que no tienen nada que hacer con ellas. En una Suiza, fundada según la historia efectiva, también como tradición (la leyenda de Guillermo Tell), en 1300, el descubrimiento de las viviendas lacustres muestran la revelación de una antigüedad insospechada; hacia finales del siglo XIX, el arqueólogo Ferdinand Keller, procedió a la identificación de los suizos de hoy con sus antepasados “lacustres”: ¡los mismos habitantes y la misma configuración territorial de la edad de piedra hasta hoy! La Turquía moderna de Kemal Atatürk, descubrió a los hititas, moviendo a través de estos, sus inicios con algunos miles de años más temprano con la instalación de los turcos en Asia menor. Durante la Guerra del Golfo, Saddam Hussein, consideró útil poner en la balanza el argumento excepcional de la antigüedad del estado iraquí, descendiente directo de la civilización sumeria de hace cinco mil años. Un país antiguo desde que el mundo existe, al cual nada lo ha tocado a lo largo de los milenios, no tenía que temer de la joven, artificial, y, en consecuencia, efímera civilización americana.



La profundidad de la historia es una garantía de continuidad. Algunas relaciones con el pasado son con seguridad más chocantes que otras; pero todas ilustran un mecanismo universal. Nos podemos preguntar, con desconcierto o con indulgente sonrisa de superioridad, ¿qué tienen en común hoy los turcos con los hititas, o los iraquíes con los sumerios? La respuesta es simple: ¡tienen tan poco de hecho, y tanto en el plano simbólico, como los rumanos con los dacias!

## Historia, magistra vitae

La historia nos ofrece con generosidad todo lo que le pedimos: legitimaciones, justificaciones, modelos. Ella es por excelencia, como bien se sabe, o creemos que sabemos, maestra de la vida: *Historia, magistra vitae*. Convicción que se conjuga con otra: “la historia se repite”.

“El futuro y el pasado  
Son hojas con dos caras,  
Ve el final desde el comienzo  
Quién sabe enseñarle.  
Todo lo que ha sido o habrá de ser  
Ahora lo tenemos todo [...]”

Todo se ha experimentado tantas veces, que no deberíamos tener ninguna dificultad en reconocer los buenos caminos y evitar los peligrosos. Una vez aceptado el principio, abrimos el libro de la historia y comenzamos a aprender de ella.

Las enseñanzas no faltan. El problema, quizás, es que son muchas. ¿Qué escoger de ellas?

Por regla general, los generales están atrás en la guerra. Les fascina la historia. Preparan cada uno el nuevo baño de sangre asumiendo muy en serio las enseñanzas del precedente. Entraron con entusiasmo en la Primera Guerra Mundial, calculando que iba a ser un conflicto corto, que se resolvía por una batalla decisiva, así como habían sido las confrontaciones armadas del siglo XIX. Pero, se despertaron con una guerra de posiciones, incrementada, año tras año a lo largo de las trincheras y las fortificaciones. Aprendiendo lo que había que aprender de esta nueva situación, los franceses construyeron la línea Maginot y esperaron tranquilos la Segunda Guerra Mundial. Era una línea sobre la cuál no se podía pasar. Los alemanes no la pasaron, ¡la evadieron! La segunda guerra no se pareció a la primera: se caracterizó por los movimientos, por acciones amplias en espacios inmensos y giros



dramáticos de situación. Los americanos aprendieron la lección y la aplicaron en la guerra de Corea. El general McArthur desencadenó una ofensiva de fuerza en busca del aplastamiento total del adversario; quiso apelar, pero no se le permitió, al armamento nuclear. Confrontados, sin embargo con la intervención china, los Estados Unidos no tuvieron cómo llevar a cabo la operación hasta el final. Era difícil someter a la inmensa China al tratamiento aplicado a Alemania y a Japón, además, tampoco la situación internacional permitía una guerra total. Pareciéndose solo en parte con la guerra anterior, la guerra de Corea no pudo ser ganada del todo; fue por mitad ganada y por mitad perdida. De nuevo la lección fue aprendida y aplicada en la guerra de Vietnam, que los americanos se conformaron con ganarla por mitad, según el modelo coreano. Pero, una vez más, la tipología de las confrontaciones no corresponde a las expectativas. Se arrojaron mucho más bombas sobre Vietnam que sobre Alemania y Japón en la Segunda Guerra Mundial, la diferencia está en que la selva no es muy sensible a los bombardeos. Al no comprender la diferencia, Estados Unidos perdió la primera guerra de su historia. Si los generales hubiesen sabido algo de historia, quizás pensarían las cosas con una mente más abierta. Pero, la sorpresa absoluta fue el masivo ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001, precisamente porque los estrategas estadounidenses se conformaron con seguir en un mundo transformado con los escenarios de la guerra fría, viendo el peligro principal en los misiles intercontinentales en capacidad de golpear el territorio.

Cualquier segmento del pasado es susceptible de convertirse en modelo y puede ser evocado como apoyo de algún enfoque actual. No es el pasado quién nos dice qué hacer con él; sabemos nosotros que hacer con él. Los humanistas del Renacimiento tuvieron la revelación de descubrir la Roma antigua. De hecho, redescubrieron y actualizaron su propia Roma. Porque, antes, también la Edad Media miró, sin una fascinación menor, hacia *su* Roma, percibida justo como el centro de irradiación de la doble ideología –imperial y cristiana– También los papas, y los emperadores sacaron de ahí la legitimidad. Pero, siglos más tarde, también los revolucionarios franceses habrían de encontrar la legitimidad también en Roma, en su caso en una Roma de las virtudes republicanas, pintada en los lienzos de David e invocada en los discursos de Saint-Just; como revolucionarios, miraban hacia el futuro, no obstante no cesaban de buscar modelos y símbolos en una historia antigua de dos mil años. Roma fascinó también a Mussolini, su pasado imperial parecía predecir a Italia un futuro imperial a la medida. Una sola Roma, pero ¡cuantas miradas sobre ella!

Igual de explotada como modelo multifuncional, fue también la Edad Media. Los románticos extrajeron de ella todos los significados imaginables. Las reacciones del tipo como las de Chateaubriand (*Le Génie du christianisme*, 1802), síntesis



medieval de civilización, le ofreció un complejo de argumentos contra la ideología revolucionaria, individualista y laica, también a favor de una sociedad orgánica, solidaria, penetrada de espíritu religioso y creyente en el principio monárquico. Otros románticos, por el contrario, elogiaron –como Jules Michelet–, también con ejemplos medievales, al pueblo y las ideas democráticas. Al final, la Edad Media sirvió, en la misma medida, a la monarquía y a la revolución, a la iglesia y a la laicidad. Y también por la Edad Media, los románticos exaltaron la idea nacional, la época del medio fue testigo del nacimiento de los pueblos europeos y de su gloriosa juventud. La ideología nacionalista encontró de esta manera un preciso apoyo en una fase histórica carente, de hecho, de cualquier sombra de espíritu nacional. ¿Qué puede ser más revelador para la actualización e instrumentalización del pasado que atraer a la Edad Media a un juego ideológico que nadie podría sospechar?

Cada proyecto actual es susceptible de poseer un “doble mítico”, situado entre un pasado más o menos alejado, más o menos mitificado, que le sirve como justificación.

*La historia no se repite.* Podemos ser seducidos y derrotados por semejantes acontecimientos, pero, en sus datos esenciales, el presente no es nunca idéntico al pasado. Constantes existen, sin duda alguna, como las estructuras mentales a las que precisamente estudiamos. Ellas se prenden en tejidos a menudo diferentes. Las situaciones son otras, sin cesar, e incluso si pienso siempre igual, debemos imaginar respuestas diferentes, porque las preguntas que tenemos que responder son diferentes. El método más seguro de equivocarse consta en la aplicación automática de las “enseñanzas” de la historia. ¿Qué nos puede enseñar la historia, ahora, al comienzo del nuevo milenio, en materia de democracia, eficiencia económica o integración europea, para no hablar de los desafíos globales? Nada, fuera de unas ideas y valores muy generales, insuficientes para adoptar una decisión adecuada. El presente no puede ser pensado, de modo razonable, sino en términos del presente.

Y entonces, ¿a cuál historia evocar? Nosotros no nos encontramos con la historia real, sino con nuestro propio discurso sobre la historia. Nosotros elegimos, nosotros decidimos que está bien y que está mal, elaboramos modelos. *No es la historia la que nos enseña, sino nosotros le decimos a la historia que debe enseñarnos.* Sabemos de antemano la lección. La moral nos pertenece, y la historia no es sino un argumento suplementario de validación de nuestras propias opciones.

No es el caso ignorar el potencial educativo de la historia. Pero, una vez más, la decisión, buena o mala, de asumir unas “enseñanzas” son de nuestra plena responsabilidad.



## Estrategias de evasión

Paradójicamente, la historia nos enseña también como escapar de la historia. En esta situación, ella no ya no nos tienta con modelos dignos de seguir, sino que nos muestra, por el contrario, la parte mala de las cosas, que se podría haber evitado, y que debe, en cualquier caso ser superada: una fase de turbulencia situada entre la pureza y la armonía de los orígenes y la realización radiante de los días de mañana. Nos encontramos frente a unas orientaciones divergentes del imaginario: sumergirse en la historia corresponde, de manera antitética, la obsesión por la liberación de su tiranía.

La expulsión del mal es la ilustración más dramática del inicio de la historia. La historia comienza bajo el signo del pecado y lleva consigo sus funestas consecuencias. La mujer es condenada a nacer con dolor y a ser sierva del hombre, y el hombre a ganar el pan con el sudor de la frente. El hombre no fue creado para la historia; historia significa castigo, deterioro, salida del estado natural de la criatura humana.

El mito de la edad de oro expresa la creencia en semejante estado pre-histórico, la protección total de la amenaza del tiempo corruptor, y este en multitud de variantes, entre las más familiares a la cultura europea, están la versión mitológica greco-romana (llevada a la literatura por Hesíodo en *Los trabajos y los días* y por Ovidio en *La metamorfosis*) y la imagen bíblica del Paraíso terrenal. Un mundo perdido, abandonado lejos de nosotros, que, no obstante, demuestra que la historia no es una fatalidad. El Racionalismo moderno retomó, como en tantos otros casos, el mensaje mitológico, reelaborándolo en el “Buen salvaje”, tan querido por la filosofía del siglo XVIII, se muestra como un ejemplo vivo de las virtudes humanas primarias desnaturalizadas por la acción perversa de la civilización. Cuando Bougainville, navegante mundano y filósofo, desembarca en Tahití, tiene la revelación del descubrimiento de un Paraíso sin Dios, y llega de manera más fácil a esta conclusión, entre más la tenía impresa en la mente; así debería presentarse la vida primitiva, preservada en todos sus elementos, con hombres hermosos y sanos, viviendo en un ambiente magnífico, falto de preocupaciones, obteniendo de todo sin mucho trabajo, desconociendo la envidia, los celos y la venganza y (argumento valorizado en una época de libertinaje), lejos de cualquier religión, pero inclinado hacia el Amor, su único dios... Jean-Jacques Rousseau, en su famoso *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, le dio a este mito la más elaborada expresión filosófica; según su argumentación, la entrada en la historia desnaturalizó al hombre tanto biológico como moral. El punto de partida sería la “invención” de la propiedad privada, perturbadora de la igualdad y la armonía inicial. Marx y



Engels, habrían de desarrollar la idea, poniendo en la base de la evolución humana, la fase del “comunismo primitivo”, previa y augurio del comunismo tecnológico del mañana, entre las dos épocas a salvo de la historia, la historia con sus desigualdades, injusticias y conflictos, parecía ser solo un paréntesis transitorio.

De esta manera, la edad de oro de los orígenes, justifica el proyecto de una edad de oro en el futuro. Aún más, en la vuelta al pasado se podrían hallar algunas soluciones, pese a la aparente irreversibilidad del tiempo. La *historia cíclica* ofrece una posibilidad: vamos a pasar en algún momento por una fase similar o, quien sabe, incluso idéntica con aquellas recorridas hasta ahora. Algunos escenarios catastróficos recientes apuestan a su vez, por el regreso al primitivismo. La guerra nuclear podría poner fin –como castigo bien merecido– a la civilización tecnológica deshumanizante. El desorden ecológico puede tener un efecto similar: el colapso total del sistema de civilización. Los sobrevivientes van a volver en la primera oportunidad en juego, a un mundo más simple, más próximo a la naturaleza, falta de tecnología y de sus efectos nocivos. Queda por ver qué va a suceder: una mejor síntesis de civilización, o volver al ciclo que conduce hacia un nuevo cataclismo, y así sucesivamente.

El reintegro del pasado permanece como una hipótesis. Simplemente seguro es que marchamos hacia el futuro. Y lo que impresiona en este caminar es el deseo irrepresible de superar a la historia. Nos afanamos para recorrer el segmento histórico que nos fue destinado, atraídos por la promesa de lo que se encuentra “más allá”. La concepción judeo-cristiana de la historia apuesta precisamente por el *final*. Una historia corta (de algunos miles de años), situada entre la creación del mundo y el episodio paradisiaco de los comienzos y el final del mundo con el día del Juicio Final. Partimos del Paraíso terrestre y nos encaminamos, atravesando el Valle de lagrimas, hacia el Paraíso Celestial, hacia el nuevo Cielo y la nueva Tierra que van a perdurar para siempre. A esta versión trascendente de salida de la historia, se le agrega una solución complementaria y, de alguna manera concurrente, de factura “terrestre”. Ella es defendida por ideólogos milenaristas (cuyo principal texto de referencia, oscuro e interpretable en todos los sentidos, es el *Apocalipsis* atribuido a San Juan), estructurado sobre la concepción de un doble final, el final definitivo del Juicio Final siendo precedido de un “final de la historia”. Entre los dos momentos decisivos se encuentra el reino mesiánico, el reino de mil de años (de ahí la denominación de “milenarismo”), materialización terrenal de la santidad y de la armonía. Los milenaristas esperan la llegada del Mesías, al cual sin embargo, a veces, incluso acuerdan prepararla y apoyarla; su compromiso puede llegar a ser violento, por la necesidad de salir de la historia, golpeando sin piedad todo lo que significa



el orden actual. Por su esencia, el milenarismo es revolucionario, revolucionario en el sentido absoluto del término, una vez se preconiza un mundo nuevo, totalmente distinto al mundo existente. Su principio fundador es *tabula rasa*.<sup>14</sup>

A la formula religiosa originaria, se le ha agregado en la época moderna, un milenarismo secularizado, pasado por el bien conocido mecanismo racionalista de reelaboración científica y filosófica de los mitos fundamentales. En el caso del milenarismo, la transfiguración fue acompañada de una carga en cualquier caso social y revolucionario de esta ideología religiosa. Incluso sin Dios, el milenarismo sigue siendo milenarista, con otras palabras, la solución de la salida de una historia insatisfactoria hacia una salvación de armonía. He mostrado ya como el marxismo y la solución comunista en general, ofrece la más típica manifestación del milenarismo laicista; el Mesías es en este caso el Proletariado, “salvador colectivo”, al que corresponde la misión, inscrita en las leyes de la historia, cambiar el mundo desde sus cimientos. Las palabra de *La Internacional* (en versión francesa): *Du passé faisons table rase* expresa perfecto la ruptura total entre el mundo viejo, histórico, y el nuevo mundo, posthistórico, levantado sobre un terreno curado de las enfermedades del pasado.

Pero, se puede, salir de la historia sin cataclismo milenarista o comunista. Puede, que de todas maneras, el sentido de la historia es el de conducirnos más allá de ella, hacia una síntesis de civilización global e integradora, capaz de armonizar los intereses y las contradicciones. Una vez alcanzado este punto de equilibrio, la historia se va a detener en seco. No habrán más desarreglos y derrocamientos, sino solo una existencia “normal”, carente de acontecimientos sociales dramáticos, al igual que con ella misma. ¡Un mundo quizás monótono, pero seguro! A comienzos del siglo XIX, Hegel previó este estado insuperable en el orden instaurado en Europa, sobre todo en el espacio germánico, luego de la Revolución francesa y de las guerras napoleónicas, ¡síntesis del liberalismo, de la democracia y del autoritarismo! (Marx, que en muchos aspectos, no hizo sino reelaborar a Hegel, lograría pasar el final hegeliano de la historia por el mecanismo mucho más radical de la revolución milenarista proletaria). La teoría hegeliana de una historia que llega a su cierre lógico, fue actualizado recientemente en un libro muy discutido, publicado en 1992 por el americano de origen japonés Francis Fukuyama: *El fin del mundo y*

14 Sobre la salida de la historia en general y acerca del milenarismo en particular, ver: Norman Cohn, *The Pursuit of the Millenium*, Secker and Warburg, Londra, 1957 (y, en francés, bajo el título *Les Fanatiques de l'Apocalypse*, Payot, Paris, 1962 y 1983); Lucian Boia, *La Fin du Monde. Une histoire sans fin*, La Découverte, Paris, 1989 y 1999 (edición rumana: *Sfârșitul lumii. O istorie fără sfârșit*. Humanitas, București, 1999 y 2007); Jean Delumeau, *Mille ans de bonheur*, Fayard, Paris, 1995.



*el último hombre*. El derrumbe del comunismo y de otros sistemas autoritarios y la rápida extensión en el mundo de las instituciones democráticas, le parecen al autor señales de un proceso de unificación de la humanidad alrededor del modelo político y tecnológico occidental. Una vez generalizado este modelo, la historia de la humanidad va a “congelarse”, en el sentido de la imposibilidad de superación de los principios liberal-democráticos, frente a los cuáles, aparentemente no existe alternativa.

La evasión de la historia nos lleva a otra preocupación mayor, qué es escrutar el futuro. A primera vista, la historia no tendría nada que buscar ahí, su campo sigue siendo el pasado. Pero si no apelamos a la historia, ¿entonces a quién acudimos? Otra cosa que la historia no existe. De esta manera, el pasado y el futuro se inscriben en el eje de la evolución, separados y reunidos por la sutil línea (podría decir incluso inexistente) del presente. Cualquier tentativa de exploración del futuro se inspira, por tanto, del pasado, ya sea por la prolongación de las líneas de evolución conocidas, ya sea por la modificación e incluso por sus oposiciones. De cualquier modo, todo se relaciona con el pasado, con lo que ya conocemos. Los grandes sistemas de interpretación, las filosofías de la historia no paran su marcha el día de hoy. Su ambición es descubrir la fórmula global del devenir humano. No obstante, esta fórmula es extraída del segmento de historia ya recorrido, tampoco podría ser extraído de otra cosa. En buena medida, a los hombres les interesa justamente el pasado, porque están preocupados por el futuro.

La pregunta fundamental es, desde luego, si la historia tiene o no sentido. Si no tiene sentido, cualquier esfuerzo de encontrar en ella hacia donde vamos se muestra irrisorio. Después de tanto abuso de la teleología, el escepticismo histórico parece ganar terreno. Son tan pocas las grandes construcciones filosóficas capaces de decirnos de donde venimos, hacia donde vamos y gracias a cuál mecanismo. Un pensador como Karl Popper, no se ruboriza cuando afirma, contradiciendo a Marx, la ausencia de cualquier sentido en la marcha de la historia. En lo que me concierne, me contento con contemplar la gratuidad del debate. De hecho, nosotros no sabemos si la historia tiene o no sentido, si está o no *orientada*, y cualquier elección en este dilema depende de la pura creencia, y no de alguna verdad demostrable.

La tentación, sin embargo, permanece –de acuerdo con las reglas del imaginario– la de conferir a todo el proceso coherencia y significado. Las soluciones son diversas, pero ellas se pueden reducir en última instancia a la imagen, simple o combinada, de dos figuras elementales: el *círculo* y la *línea recta*.



La disposición cíclica de las evoluciones cósmicas y humanas se manifiesta como proyección mental de unos fenómenos naturales elementales y esenciales. La sucesión de los días y las noches, de las fases de la luna, de las estaciones y de la vegetación, todo parece poner en evidencia la esencialidad cíclica del universo, y en especial en las sociedades primitivas o pretecnológicas, muy sensibles y receptivas, a todo lo que significa conexión entre hombre y cosmos. La concepción tradicional dominante es, así pues, aquella de una historia cíclica, o el mito del eterno retorno, para hacer referencia al trabajo de Mircea Eliade (*Le Mythe de l'éternel retour*, 1949). Hay, por supuesto, círculos de círculos: círculos perfectos, entrelazados e incluidos unos en otros, en un sistema de carácter cíclico absoluto como los antiguos hindúes, o, en otras culturas, círculos aproximativos, definiendo ante todo una sensibilidad cíclica antes que un sistema realizado. En los griegos, Heráclito, luego Platón y Aristóteles, y entre los historiadores, Polibio, afirmó de manera explícita la concepción cíclica. Heráclito sostenía la destrucción periódica del mundo por el fuego, y el gran año platónico encerraba en él un ciclo del universo que terminaba por medio de un cataclismo, la sugestión narrada por Polibio, en el sentido del derrumbe periódico de las instituciones y de la civilización y la reanudación, por los sobrevivientes, de una nueva historia. También la línea recta está presente en el pensamiento histórico griego, por lo menos aquella relacionada con un segmento limitado. Precisemos que de esta manera los historiadores griegos están, en general, más preocupados por la contemporaneidad y el “tiempo corto” (de las guerras y de las evoluciones políticas) que por el destino de la humanidad. Por otra parte, la idea de una marcha ascendente asume el lugar, en un momento dado, de la concepción tradicional de la decadencia consecutiva de la “edad de oro”. Los contemporáneos de Pericles serán conscientes del progreso llevado a cabo a lo largo de unos cuantos siglos. El futuro quedaba no obstante confuso, muy poco (o nada) marcado por los escenarios del progreso. Se puede identificar en la Antigüedad una dosis significativa de escepticismo histórico (correspondiente, de hecho, a la efectiva fragilidad de las civilizaciones antiguas, a la real sucesión de fundaciones y colapsos), pero este tipo de incredulidad, iría a intensificarse en los siglos posteriores a la fase clásica de la civilización griega. La sensibilidad cíclica es innegable y ella conduce hacia el pesimismo histórico. Todo se levanta hacia una posterior caída en ruinas. Falta en la filosofía histórica de la Antigüedad una finalidad más alta, que atraiga a la historia y a la humanidad hacia el futuro. Puede que precisamente en esta incredulidad y desorientación, a falta de un proyecto más preciso, más inmediato, antes que en los bloqueos materiales, se debería buscar la llave de la desintegración de la civilización clásica. La Antigüedad colapsó debido a que no creyó en la historia.



Tomó su lugar una nueva síntesis de civilización, para la cuál la historia no tenía un fin preciso. Opuesta a la perspectiva cíclica tradicional, la concepción judía de la historia, escrita en la biblia, retomada luego y extendida a escala planetaria por el cristianismo, resume la marcha de la humanidad en una línea *simple*, reuniendo el momento de la Creación con el final del mundo y el Juicio final. Una historia con un solo comienzo y un solo final, jugada de una vez para siempre. Una historia corta y densa, que en consecuencia, valoriza fuertemente el tiempo, en contraste con la difusa temporalidad de la Antigüedad. Una historia cargada de sentido, tendiente hacia la plenitud del espíritu humano que implica, de esta manera, un plus de responsabilidad. Frente a la desorientación histórica de la Antigüedad, semejante historia no podía sino vencer.

Los elementos cíclicos se encuentran, sin embargo también en esta historia esencialmente lineal. El *diluvio*, es un final del mundo seguido de nuevo comienzo. Jesús aparece como un nuevo Adán, iniciador de una historia renovada. Mientras que el calendario litúrgico no hace sino resumir anualmente, en ciclos repetidos, los momentos más significativos de una única historia. Pero el sentido global, una vez más, es lineal y ascendente, orientado hacia un estado de perfección trascendente.

La idea del progreso, tan característica de la época moderna, no es a la larga, sino una versión secularizada de este esquema cristiano. Una historia que avanza etapa tras etapa y que se prolonga cada vez más lejos en el futuro. Prolongándose, de esta manera, simétricamente, también en el pasado. De la creación bíblica, fechada cuatro o cinco mil años antes de Cristo, el tiempo histórico que dejamos atrás se ha profundizado diez mil, cientos de miles y quizás millones de años. Y delante nuestro, el futuro ha conocido un continuo proceso de amplificación, para permitir aquí, sobre la Tierra, la materialización de todas las potencialidades humanas. En la visión más optimista del progreso, cristalizada en el siglo XIX, la historia es una línea recta y ascendente tendiendo al infinito, El “final de la historia”, sugeridos por unos filósofos, cierra el proceso solo en el sentido de la eliminación de las contradicciones y desequilibrios. Ofreciendo así una garantía suplementaria de perpetuidad.

El círculo y la línea recta se presenta no obstante en toda clase de variantes y se combina de diferentes formas, pero el optimismo y el pesimismo histórico marchan juntos. Todo es cuestión de dosificación y de representatividad; de otro modo, en cualquier época encontramos todo lo que queremos. Cierto es que después del siglo XIX más bien optimista, siguió un siglo XX tentado, no solo, pero significativamente, por soluciones pesimistas. La línea recta, incluso ascendente, se puede interrumpir de manera brusca, y entonces, todo el progreso realizado hasta ahora significará que todo fue en vano; el hombre se ha vuelto capaz de autodestruirse, y semejante



escenario de fin del mundo (por una guerra nuclear, por ejemplo), ya no representa más, en versión secularizada, un sentido similar con el fin religioso del mundo; este era de apertura a la esperanza, que conducía hacia la perfección suprema, mientras que el fin desacralizado, es un final y eso es todo.

Un fenómeno intelectual característico del siglo XX es también el regreso con fuerza de las teorías cíclicas. *La decadencia de Occidente*, el trabajo publicado por Oswald Spengler en 1918, se proponía demostrar que las civilizaciones son mortales, al igual que los organismos biológicos; el filósofo alemán llamaba la atención que la civilización occidental se apropia al límite natural de su existencia. Publicado (pese a que fue pensada con muchos años atrás) en el contexto sombrío del final de la Primera Guerra Mundial, en una Europa herida y desorientada, el libro tuvo el don de impresionar, abriendo al debate contemporáneo alrededor de la decadencia. Arnold Toynbee, en su famoso *Estudio de la historia*, retomó y desarrolló los argumentos de Spengler en uno de los más ambiciosos trabajos de filosofía de la historia escrito alguna vez. Es probable que ninguna otra tentativa similar ha tenido lugar, en el siglo XX, el impacto de las teorías cíclicas de Spengler y Toynbee, son constataciones por su naturaleza, de la disminución del optimismo histórico e incluso el deslizamiento en dirección contraria. Nos hallamos, de nuevo, en el campo inverificable de las creencias. Partiendo de los mismos datos de la realidad, podemos argumentar, la decadencia e incluso el inminente colapso de la civilización occidental, o, por el contrario, su triunfo definitivo (como en cualquier otras solución situada entre estos extremos).

Se va a decir que quizás a los historiadores “serios” no les atormenta semejante pregunta. Ellos estudian los *hechos*, la historia así como fue, no se permiten lanzarse en hipótesis no verificables, que se encuentran más allá de los límites de sus profesiones. Es cierto que los historiadores profesionales no han querido nunca demasiado a la filosofía de la historia. Fustel de Coulanges caracterizó esta discrepancia en su estilo pretensioso: “Existe –considera él– una filosofía y existe una historia, pero no existe una filosofía de la historia”. Quería, probablemente decir que la historia es verdad, mientras que la filosofía de la historia es invención. El problema no es en última instancia si la historia cree o no en la filosofía de la historia, sino, si es posible, incluso no creyendo en ella, situarse por fuera de las grandes tendencias filosóficas. A la final, incluso el segmento limitado al cual te consagras, debe insertarse en alguna parte, en un esquema corriente, y este esquema, sea que lo reconozcas o no, tiene un sentido preciso. Interesante históricamente sería ¡aquel que no cree nada sobre la historia!



## Atenuación o conflicto

El tiempo que pasa está expuesto a tentaciones opuestas. Inherentes al olvido y a la simplificación, que conducen ya sea a la armonización de las contradicciones, o, por el contrario, a su dramatización. La “atenuación” parece ser una característica de la memoria común. La historia es, en este caso, atraída hacia el horizonte de la “edad de oro”. Los límites se desvanecen, los conflictos se olvidan, los dolores se extinguen. Es la nostalgia del mundo que hemos perdido, semejante, *mutandis mutandis*, a la despreocupada edad de la niñez. Desde que corre la historia, no ha habido generación que no haya expresado su intranquilidad causante de las perturbaciones *actuales*, del deterioro de las costumbres y de la confusión social. Frente al agitado tiempo presente, tan difícil de soportar, el pasado parece un refugio ideal. ¿Dónde están los buenos tiempos de la otra vez? *Mais où sont les neiges d'antan?*

Por el contrario, la historia “deseada”, construida, llamada a demostrarse y a justificarse, con otras palabras, la historia pura y simple, manifiesta una inclinación no menos acentuada hacia el otro extremo, al de una reconstrucción potentemente dramatizada. La historia, así como fue inventada en un momento dado, nos aparece como un mecanismo conflictivo. Quizás puede también que la historia real es así, pero es con seguridad, en buena medida, la historia que nos imaginamos.

La anulación de las contradicciones, nos propulsaría, así como precisamente hemos constatado, fuera de la historia, hacia la edad de oro de los orígenes, o a un místico reino mesiánico, o al comunismo luminoso de mañana, o a la sociedad posthistórica evocada por Fukuyama. La inclinación hacia el conflicto avanza de una manera específicamente humana para juzgar las cosas. Estamos tentados a organizar el mundo en el sentido de una estricta polarización. Definimos con mayor facilidad blanco o negro que la infinita gama de matices que separan, pero que también unen a estos colores fundamentales. El Bien y el Mal nos son conceptos familiares, pero ¿acaso entre ellos no se encuentra nada? Pensamos en términos de oposición y confrontación; así entendemos dar sentido y coherencia a unos fenómenos contrarios de otra manera infinitamente diversos y complicados. Estamos atraídos por acontecimientos, por todo aquello que significa ruptura, por todo lo que está por fuera de las banalidades cotidianas.

Desde este punto de vista, la lógica de la historia, no se diferencia sustancialmente del sentido de la información vehiculada a través de los medios de comunicación masiva. De otra manera, “historia” quiere significar, en el sentido originario de la palabra, *investigación*. Esto lo propuso Heródoto: una búsqueda, un reportaje a la



escala de la totalidad del mundo conocido. Igual como Colón quién no supo que descubrió América, tampoco el “padre de la historia” no supo que hacia historia. El reunió, al igual que un reportero, yendo al sitio de los acontecimientos o preguntando a otros, una suma de información (a la que tampoco consideró obligado darles necesariamente crédito). El padre de la historia puede ser justamente considerado, también padre o antepasado lejano del periodismo moderno.

Tanto los periodistas, como los historiadores “cazan” hechos, a los cuales les confiere relieve y dramatismo. Son, me preguntó, ¿*hechos* tan importantes? Es una cuestión a debatir, pero ¿cómo sería el flujo de la información sin hechos, sin acontecimientos salidos del común? ¿Con qué interés seguiríamos un noticiero de televisión que nos dice “hoy no ha sucedido nada extraordinario”? Evidente, la noticia significa ruptura, expresa conflicto. Pero si diez individuos perecen en un accidente de tránsito, esto es una noticia; si diez millones de individuos viven un día como cualquier otro, esto no tienen como ser noticia. La condición de la noticia debe ser aceptada como tal. Si no nos gusta, podemos renunciar a la noticia, así como podemos renunciar a la historia, pero parece difícil de imaginar otra manera de relacionarse con la “historia real”. Tiene lugar un desplazamiento de acento, porque entonces cualquier cosa se diría, volviendo al ejemplo nuestro, la desaparición brutal de diez individuos presenta una importancia *real* mínima con relación a la banal normalidad de la vida de los diez millones. Las proporciones reales de los hechos son amplificadas en el imaginario, y a veces, de manera poderosa, entonces el acontecimiento gana connotaciones de símbolo. La vida auténtica, es con seguridad más tranquila de la que encontramos en las noticias, y la historia auténtica más calmada de la que aparece en los libros de historia. El procedimiento se refiere no solamente a los acontecimientos aislados, sino también a la marcha misma de la historia, a su sentido global; y en este nivel, se tiende hacia la estructura dramática y “dialéctica” de las explicaciones fundamentales, según el juego de los principios opuestos.

Para Heródoto, la historia empieza con el relato de un conflicto mayor: la guerra entre griegos y persas, simbolizando, en un plano más elevado, la confrontación entre libertad y despotismo. Tucídides, el segundo “padre” de la historia (y, que en mayor medida que Herodoto, estableció las reglas), escribe también sobre un conflicto, que pese a su reducida dimensión en la escena griega, lo considera de mayor significado en la historia del mundo: La Guerra del Peloponeso, confrontación poderosa y polarizada, entre dos actores que personifican principios opuestos: Atenas y Esparta. Ningún otro trabajo, ha ejercido, durante más de dos milenios, una influencia comparable en historiografía. El gran modelo de la evocación histórica sería así,



la reconstitución de una guerra. Tucídides podría abordar muchos otros temas, no menos interesantes (y para nosotros, hoy todavía más interesantes), por ejemplo, la cultura griega durante el tiempo de Pericles o la vida cotidiana, sin embargo, lo importante era ¡la Guerra! El tercer gran historiador de la Antigüedad, Polibio, meditó a su vez sobre las guerras y las victorias de los romanos...

En términos teóricos, sería posible también otra clase historia, más “estructural” y menos conflictiva. Si eso no sucedió, es probable que se debió a que estamos “programados” para pensar en términos conflictivos (el tipo de discurso de los medios de comunicación, confirma de manera plena la seducción que ejerce este modelo, y su persistencia).

El sentido cristiano y medieval de la historia se reflejó en el esquema agustiniano de confrontación de las dos ciudades, la divina y la terrenal. El Diablo y el Anticristo se convirtieron en símbolos del desorden cósmico, materializado en la tierra por los incrédulos y herejes, y en particular, por el mundo islámico, el “doble” opuesto al mundo cristiano (según, totalmente lógico para los musulmanes, el mundo opuesto era la Europa cristiana).

La filosofía de la Ilustración invirtió los valores, denunciando con desprecio la superstición y la intolerancia características de la Edad Media. El eje esencial de la evolución humana devino el antagonismo entre Razón y pensamiento prelógico (religioso o supersticioso).

Luego, la ideología nacional situó la historia sobre el terreno opuesto entre naciones y estados. La división del mundo en entidades cada una con su propio espíritu y propia misión histórica, que se hallan en permanente confrontación unas con otras, aumentó los sentidos, y así acentuó la condición conflictiva de la historia.

Los franceses resumieron la historia en una larga sucesión de guerras con los ingleses y los alemanes, y las cosas pasaron lo mismo entre eslavos y alemanes, entre los pueblos balcánicos y turcos, entre rumanos y turcos o rumanos y húngaros, y así sucesivamente. La confrontación entre razas se convirtió, a su vez, en principio de interpretación histórica (sistematizado por Gobineau en *Essai sur l'inégalité des races humaines*, 1853-1855, obra con una notable influencia sobre la evolución posterior de las teorías racistas). Algunos de los temas favoritos de la perspectiva racista: la raza blanca amenazada por las razas de colores (obsesión del “peligro amarillo” hacia finales del siglo XIX...), la raza blanca civilizadora de las otras razas, los arios, élite de la raza blanca, confrontación con otros grupos raciales... Se pudo



de esta manera justificar la esclavitud, luego más tarde el colonialismo, en la época nazista, el expansionismo alemán, acompañado de la “purificación” racial. La lucha de clases formulada por Marx (esclavos versus amos, siervos contra los feudales, proletarios contra los burgueses) deriva de esta misma lógica de la confrontación. Estos tres principios antagónicos: *naciones contra naciones*, *razas contra razas* y *clases contra clases* marcaron de manera significativa el discurso histórico de los últimos dos siglos. Y no solo al discurso histórico, porque como he constatado, el discurso histórico sobre el pasado es, en el fondo, un discurso del presente, un discurso sobre el presente y para el presente. El abuso de la lógica de la confrontación ha generado, un largo sequito de tragedias contemporáneas: guerras, revoluciones sangrientas, genocidios...

Otras oposiciones se han establecido en el discurso histórico como en el político a lo largo del siglo XX. Basta con mencionar la confrontación democracia-totalitarismo, capitalismo-comunismo, Occidente-Tercer mundo o Norte-Sur, al igual que el (cada vez más invocado en el último tiempo) “conflicto entre civilizaciones”.

La lucha de los contrarios es el principio que fertiliza las grandes filosofías de la historia, fundamentadas en general sobre la relación entre el Bien y el Mal, espíritu y materia, libertad y despotismo, etc. Desde este punto de vista, incluso las más sofisticadas construcciones teóricas no hacen sino desarrollar el arquetipo. *De civitate Dei*, la obra de San Agustín, que puso su sello sobre la totalidad de la filosofía de la historia medieval, se muestra como traducción teológica del conflicto arquetípico entre principios opuestos. Igual, la dialéctica de los contrarios de Hegel y, detrás de ella, obviamente, la lucha de clases entendida como motor de la historia en el caso de Marx. No importa cuantos siglos se distancien, y no importa la diferencia (si bien no del todo diferente) de la apuesta histórica del uno y del otro, San Agustín y Marx piensan en el mismo sistema: una historia minada de contradicciones, cuya resolución va a significar la salida de la historia.

Lejos de mi la idea según la cual la historia real carecería de las tensiones propias de las confrontaciones. Sin confrontaciones, oposición y lucha no existiría la vida. Solo la muerte es “igual”. Sin embargo lo que destacó es la tentación de aislamiento, amplificación y simplificación de los datos conflictivos de la historia. Historia significa conflicto, pero no solo conflicto, significa también acercamiento, interferencia, significa mucha vida “común y corriente”. Los individuos se pelean y a veces se matan entre sí, pero en general no se pelean y tampoco se matan: viven, eso es todo. La historia que nos representamos es más espectacular y más dramática que la vida real.



Los rumanos han tenido muchas luchas con los turcos; una historia heroica, que la conoce cualquier alumno de escuela. Pero aún así, a los rumanos se les encuentra integrados, durante muchos siglos en el espacio otomano, un tiempo sensiblemente más extenso, más denso y más cargado de consecuencias que el tiempo específico de los conflictos. La historia de las relaciones rumano-otomanas es un poco menos dramática que lo que parece, luego de una reconstrucción histórica que prioriza las confrontaciones militares y oculta los múltiples contactos pacíficos. Los conflictos rumano-húngaros son, igualmente, bien conocidos e intensamente mediatizados, también ellos ponen en la sombra una realidad histórica más significativa, la de la participación de una parte del espacio rumano, por un tiempo de casi un milenio en la historia de Europa Central, junto a los húngaros y alemanes, mucho más que en su contra. La civilización rumana de hoy es en buena medida resultado de estas interferencias –sud orientales europeas de una parte, central europeas de otra– y en mucha menor medida, o para nada, resultado de unos conflictos sangrientos.

La historia estructural –con el acento puesto sobre la economía, la demografía, la problemática social, la vida cotidiana, las mentalidades– se propone precisamente la salida de la zona conflictiva, muy conflictiva de la historia. Queda por verse con qué éxito se puede oponer al fondo arquetípico del pensamiento. A menudo, el tratamiento estructural, no hace más que desplazar el conflicto, subirlo del acontecimiento a la estructura, aún más arriba, hacia el entendimiento global de la historia. Marx es el gran pionero de la historia estructural, por el énfasis que hizo sobre los factores socio-económicos y por la ubicación de los acontecimientos y de las personalidades como sus subordinados; pero también Marx, exacerbó, usando justamente las estructuras, el sentido conflictivo de la historia. En la *La Religion de Rabelais* (1942), Lucien Febvre ofrece un destacado análisis estructural de las mentalidades del siglo XVI, a las que asocia contrario a la opinión aceptada, a la mentalidad primitiva; de nuevo, la oposición está fuertemente delimitada, en esta ocasión, entre espiritualidad tradicional y espiritualidad moderna, tan distantes, sin ningún puente común entre ellas. Igual de legítimo sería buscar no solo lo que las separa, sino también lo que acerca a trabajadores y capitalistas, y no solo lo que los diferencia, así como lo que aproxima la mentalidad de los hombres por encima de las fronteras y de las civilizaciones. No obstante, parece que es difícil evitar la regla según la cual las características diferenciadoras son más visibles que el fondo común.

También, está por verse en qué medida un abordaje estructural, desdramatizado y carente de veleidades teológicas, logrará ocupar el amplio espacio de la historia, o por lo menos su zona elevada. El espíritu común continua pretendiendo el dramatismo



y el significado inequívoco del que parece tenemos tanta necesidad. Indiferente de las búsquedas de los especialistas, el discurso “normal” sobre la historia tiene todas las perspectivas de continuar estando potentemente tensionado.

La rejilla del imaginario, que se interpone entre la historia verdadera y sus múltiples representaciones, determina de esta manera, la inevitable adaptación. Si no pretendemos de la historia inteligibilidad y finalidad completa, si consideramos que el mundo nos es necesariamente coherente, si no pensamos en términos de “nosotros” y los “otros”, si no nos hemos sentido tan implicados en el pasado y tampoco en el futuro, sino solo en el presente, si no hemos estado tentados, de una parte, en absolutizar las contradicciones, entonces con seguridad hemos pensado en la historia de otra manera como la pensamos. Pero pensando de otra manera, somos distintos, y distinta sería no solo la representación de la historia, sino también la historia efectiva.

## El complejo historiográfico

Pero, de hecho, ¿sobre cuál historia hablamos? Los clichés mentales que he intentado identificar son componentes generales de un amplio cuadro: ellos se combinan y se dosifican de manera diferente de un caso a otro. La historia es una profesión y, al mismo tiempo, mucho más y otra cosa que la profesión. Los recuerdos de una comunidad, sus orientaciones en el tiempo son otra manera de historia, y no son menos historia que *La Guerra del Peloponeso* de Tucídides o *El Mediterráneo* de Braudel. Todo el mundo hace historia, aislar la profesión de historiador del medio en el que se desarrolla, significa discutir sobre la rememoración del pasado mucho más así como se quiere que cómo de hecho fue.

El estrato más profundo, y también el menos ordenado, pertenece a la *memoria colectiva*, sobre la cual se construye la conciencia de sí de cualquier comunidad, su identidad. La biografía de un individuo, es su historia, más significativa para él, y con toda razón, más que la misma “gran historia”. Al perderla, como pasa en casos de amnesia, se pierde la individualidad y el lugar entre los semejantes. Cualquier familia tiene una historia, con sus orientaciones propias en el pasado. Sin esta historia, ya no existiría más. Los diversos grupos y comunidades construyen y rememoran su historia. Cuantos individuos y cuantos segmentos social, tantas historias: con otras palabras, incontables. Los hechos destacados, y su sentido no tienen a menudo nada en común. Para los integrantes de una comunidad rural, por ejemplo, los acontecimientos como una inundación, un incendio devastador o una



mala cosecha, quién sabe que conflicto terrible sobre la tierra, son con seguridad ¡mucho más significativas que la caída del Imperio Romano! Tenemos que ver, de una parte, con recuerdos “efectivos”, que relacionan entre sí a los integrantes de una comunidad restringida, con unos círculos primarios, “orgánicos”, de sociabilidad, y de otra parte, con recuerdos “aprendidos”, muy presentes en la medida en que este círculo se amplía. Mientras más la construcción sea más artificial tanto más la memoria es en mayor medida elaborada, orientada, “aprendida”. ¿Qué une a los integrantes de una nación? Ellos no tienen recuerdos comunes efectivos (o aquellos que decimos han recibido de manera diferente). En la medida en que la nación es “inventada”, su memoria es “inventada”. Son recuerdos que, de hecho, no los tenemos, pero aprendemos que los tenemos. Esta es después de todo también la historia, la “gran historia”: una memoria alimentada y mantenida de manera artificial.

La totalidad de la sociedad funciona como un enorme y complejo mecanismo de memorización. No existe en las sociedades desarrolladas una sola memoria colectiva. No existe, tampoco pueden existir memorias perfectas autónomas. Existe una densa red de rememoración y actualización histórica que se mezclan. Cada uno de nosotros se halla en el punto de encuentro de muchas historias. Una memoria pura de los grupos primarios no tiene como sobrevivir. Inevitablemente, los recuerdos de cualquier grupo están influidos, completados, deformados, opacados, unas veces pura y simplemente borrados, por la escuela, los medios de comunicación, las ideologías. ¿Quién podría decir de donde sabe todo lo que sabe sobre el pasado o de donde sacó determinada convicción? En particular la comunidad nacional de tipo moderno, ha mostrado ser poderosamente unificadora e igualadora, erosionando sin pausa las distintas parcelas de la memoria colectiva, a las que sin embargo, no ha podido y nunca va poder aniquilar.

Una vez que cada círculo de sociabilidad tiene y, específicamente, construye su historia particular, nada más natural de esta manera que el organismo político, de la ciudad antigua al estado nacional, tipo de comunidad abarcadora de todos los otros en la época moderna, llame a la misma lógica de marcación de la identidad y la legitimidad a través de la historia. En el nivel superior, se constituye de esta manera una historia más importante que las otras y de la cual se afirma, que es más importante (por no decir la única importante), ya que da sentido, a través del pasado, a los valores y aspiraciones comunes. La creación de solidaridad compleja, de estructuras y proyectos políticos presupone la creación de historia: una historia cuidadosamente supervisada y con una masiva carga de ideología.



Entre los fragmentos de memoria de las solidaridades primarias y la memoria construida de una comunidad completa, la sociedad emite historia sin pausa, a lo largo de todas las longitudes de onda y en todas las tonalidades, y a través de todos sus componentes. El resultado es la cristalización de unos “lugares de memoria”<sup>15</sup>, ellos mismos variables, con una poderosa carga simbólica específica, como son la Iglesia y el Ejército, que tienen su propio tipo de discurso, y no solo tienen su propia historia distinta, sino también, una manera particular de captación y adopción de la historia en su totalidad. La escuela y, más concretamente, los manuales escolares tienden hacia la reconstrucción más apropiada de los valores compartidos. Son los únicos libros que en principio por lo menos una vez en la vida, hojea la cuasi totalidad de los integrantes de una sociedad moderna. E, incluso, cuando aquello aprendido se olvida, queda lo esencial: el espíritu cómo fue concebido el mensaje histórico. Por ello, no existen textos más significativos para la definición de la conciencia histórica en el mundo de hoy. A este respecto, ¡el más modesto libro escolar es más elocuente que cualquier obra maestra historiográfica! Pero también las verdades “generalmente admitidas” incluidas en los manuales, están bajo el signo de las ideologías corrientes. Un cierto consenso –como fue, un siglo y medio, respecto a la problemática nacional en la sociedad rumana– le puede dar un cierto aire familiar. La confrontación violenta de unas ideologías opuestas es de tal naturaleza que divide a la escuela, el caso de las “dos Francias”, en especial bajo la tercera República, ofrece el ejemplo elocuente de una historia representada a los alumnos en variantes contradictorias, mediante la doble serie de manuales pertenecientes a las escuelas laicas y católicas.<sup>16</sup>

La literatura, el teatro y las artes visuales, más recientemente la cinematografía y la televisión son, a su vez, potentes emisores de historia, de factura por lo demás muy diversa por calidad y mensaje. La literatura necesita una mención aparte, porque nada se halla más cerca del texto histórico que el texto literario. Como la literatura de ficción, la historia es una narración: quizás verdadera, pero una narración. Los imperativos del texto ubican la historia desde el mismo comienzo en otra zona distinta a las de las ciencias “duras”, que pueden prescindir de narrativas y son, susceptibles,

15 Concepto lanzado por Pierre Nora, bajo cuya dirección apareció una amplia colección de estudios sobre la memoria colectiva francesa: *Les Lieux de mémoire*, 3 vol., Gallimard, Paris, 1997 (primera edición entre 1984 y 1992).

16 Para analizar los manuales escolares y, en general, las deformaciones ideológicas que sufre la historia, es ejemplar el trabajo de Christian Amalvi, *Les Héros de l'histoire de France. Recherche iconographique sur le panthéon scolaire de la troisième République*, Photoeil, Paris, 1979. Este mismo autor ha tratado, en un plano general, las diversas “adaptaciones” de orden ideológico y político de la historia de Francia: *De l'art et la manière d'accommoder les héros de l'histoire de France. Essais de mythologie nationale*, Albin Michel, Paris, 1988.



total o parcialmente, de formalización matemática. La relación privilegiada entre historia y literatura, ha seguido una dialéctica de acercamiento y distanciamiento. La epopeya antigua es historia, anterior al registro analítico de los hechos, y luego coexiste con ella. Los antiguos consideraban a Homero historiador. El modelo historiográfico romántico lo constituyeron las novelas históricas de Walter Scott. Incluso Ranke, el iniciador de la historia “científica” y “objetiva”, reconocía su deuda frente al celebre prosista escocés: elocuente ilustración del amalgama de ciencia y literatura que se llama historia. En la misma época, Michelet y Carlyle daban rienda suelta a la imaginación, y Macaulay expresa el pensamiento de muchos cofrades, confesando la intención de “cambiar por algunos días, por su historia, a la última novela de moda en las mesa de los jóvenes damas”. Luego, de alguna manera brusca, en la segunda parte del siglo pasado, en una época de la ciencia triunfadora y en el contexto mental de un cientificismo de factura cuasi religiosa, los historiadores comenzaron a avergonzarse del exceso de literatura que habían hecho hasta entonces. Y decidieron convertirse en verdaderos hombres de ciencia, a imagen y semejanza de estos, reconstruyendo el pasado en su plena verdad y, eventualmente, sometiéndolo a un sistema de leyes. Hoy, el movimiento de balance de las interpretaciones parece alejar de nuevo a la historia de la zona de la ciencia pura, y la exégesis destacadas del fenómeno historiográfico no se intimidan, cuando es el caso, de ubicar junto o en una vecindad a la historia “verdadera” con la parte inevitable de narración y de ficción, narración ficticia propia de la novela histórica (también ella misma en la búsqueda de una verdad, quizás no menos esencial que la de la historia real).<sup>17</sup>

Pero mientras los especialistas acuerdan, el público decidió. La cultura histórica elemental, se alimenta en buena medida por la historia hecha por los “otros” (escritores, artistas, cineastas...) que por la historia de los profesionales.

A comienzos de los años 80, la “Nueva historia” francesa se hallaba en el cénit. Se impuso, finalmente, un nuevo paradigma historiográfico (entre tanto, el entusiasmo se calmó). La ciudadela universitaria ya había sido conquistada, los medios de comunicación se abrían hacia las contribuciones de los “nuevos historiadores”, y uno de sus libros rivalizaba con los grandes éxitos literarios del momento (*Montaillou*, por ejemplo. El trabajo de Emmanuel Le Roy Ladurie, publicado en 1975, fue un superventas, vendiéndose hasta 1978 alrededor de 130.000 ejemplares). En este

---

17 Un momento significativo en la reinterpretación de la historia en función de su factura narrativa, con las apropiaciones inherentes del texto literario, lo constituyó la aparición del libro del historiador norteamericano Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore-London, 1973. Ver también en este mismo sentido, el artículo citado de Peter Burke, “History of Events and the Revival of Narrative”.



contexto en extremo favorable para los historiadores profesionales, un sondeo publicado por la revista *L'Express* (en el número 19 del 25 de agosto de 1983), nos pone frente a un resultado interesante respecto a la pregunta “Existe uno o muchos más historiadores, muertos o vivos, que les gusta o que les hizo querer la historia? En el primer lugar de las respuestas aparece Alain Decaux con 251 opciones, seguido de André Castelot con 73, ambos divulgadores de la historia, de una manera enfáticamente narrativa, literaturizada e inclinada hacia el espectáculo (biografías noveladas, expedientes secretos y así sucesivamente), exactamente en la antípoda de la concepción y la metodología de los “nuevos historiadores”. Sigue con 40 votos, Victor Hugo, luego el general de Gaulle con 38, Michelet con 36 e incluso Balzac con 10, o Alexandre Dumas con 9. No falta tampoco la “Nueva historia”: 4 opciones para Le Roy Ladurie y 3 para Georges Duby. ¡Una lección de modestia, que se recibe en el momento del triunfo!

Quizás el público tampoco se equivoque demasiado. La novela histórica llega hasta el final, allá donde la historia, en su sentido estricto, necesita detenerse a mitad de camino. El historiador tiene demasiados escrúpulos, no exageradamente muchos, porque entonces no escribiría más, sin embargo, suficientes para encontrarse en una posición de inferioridad frente al novelista.

Porque, en el fondo, ¿qué se propone la historia? La reconstitución de la vida del pasado y añadirle su sentido. Ambos fines se cumplen con la ficción literaria. La novela histórica fue inventada en la primera parte del siglo XIX, se halla su origen en la sed de autenticidad histórica de la época romántica (periodo de ruptura, en el que el pasado ofrecía a las reacciones de los nostálgicos, un refugio, y a los progresistas, en igual medida, un argumento para sus propios proyectos). Es la misma inclinación que generó el programa de Ranke de reconstitución de la historia “así como fue ella de verdad”, como fórmula histórico-literaria, intensamente evocada, por algunos como Carlyle o Michelet. Pero una vez planteado el problema del “resurgimiento” del pasado, la vida auténtica representada en la literatura de inspiración histórica, tenía toda la oportunidad de ser más convincente que la simple reconstitución practicada por profesionales, que aunque detallada y fiel, sigue siendo inanimada.

De esta manera, la novela compensa la imposibilidad de la historia de evocar la totalidad. Se le podría “reprochar” la dosis considerable –y aceptada– de ficción, pero también este aspecto sigue siendo discutible. No es para nada seguro que la atmósfera histórica recreada por los escritores o la psicología de los personajes, sea necesariamente menos “verdadera” que la atmósfera o la psicología (en tanto existe o si existe) de las obras de erudición, y ¡al final solo esta esencia cuenta!



¿Acaso *Los Miserables* o *Guerra y paz*, están más lejos de los problemas de fondo de la sociedad francesa o rusa de las primeras décadas del siglo XIX que quién sabe cuáles monografías especializadas? Pero, incluso los personajes y las situaciones ficticias, pueden devenir más “verdaderas” que muchos personajes y situaciones reales; en nuestra mente y vida, ganan relevancia no tanto lo que fue, sino también lo que llevamos ahora, con nosotros. Los héroes legendarios de novela son más conocidos y más significativos hoy, que un largo listado de ministros y generales de los tiempos pasados, verdaderos en sus tiempos, pero que ahora ya no lo son por el simple motivo de que, para nosotros, ellos ya no más existen. Los historiadores, ellos mismos hacedores de ficciones, no tienen motivo despreciar la ficción, porque lo que buscamos en el pasado, en un pasado más o menos imaginario, no es tanto la verdad en sí, cómo nuestra propia verdad, creadora de referencias y de modelos.

El criterio de verdad, no el de una verdad formal, sino *esencial*, no aboga, así cómo se podría creer, necesariamente a favor del historiador. Las verdades que pone este en evidencia, son a menudo selectivas y superficiales. Estrictamente hablando, ¿cuántos historiadores han dicho algo esencial, no sobre un hecho definido o sobre un problema determinado, sino cuando intentan responder a las preguntas mayores de la humanidad? ¿Cuántos historiadores han dicho algo en verdad esencial sobre la historia?

Estas limitaciones, por cierto inherentes, explican la tentación por unas incursiones más libres y más audaces, por unas reconstituciones que parecen tener al mismo tiempo *mucho más vida* y *mucho más sentido*. Pero, si hoy la novela no brilla como en el siglo XIX, la cinematografía cumple meritoriamente la función, y aún más la televisión, con sus múltiples posibilidades, para responder de esta manera, por lo menos en la misma medida, a las necesidades de autenticidad de la evocaciones. Gracias a la ficción novelada o cinematográfica, el viaje al pasado resulta posible.

¿Dónde se ubica el historiador en este embrollo de “historias”? Su lugar nos aparece en igual medida excepcional y modesto. El es una pieza del sistema. Su misión –demandada o no, poco importa, de todas maneras la cumple– es la de dar un sentido, a través de la historia, a las cohesiones actuales. Contribuyendo así de modo sustancial a la legitimación del organismo socio-político y a sus proyecciones, la historia evoluciona a un nivel superior de la comunidad, allá donde se encuentran las élites, la cultura sabia, las ideologías dominantes y los factores de poder. Poniendo orden en el pasado, el historiador contribuye al Orden en el presente.



Poderoso, en cierto sentido, por la capacidad de control sobre el pasado e, indirectamente, por el pasado sobre el presente, el historiador al mismo tiempo carece de poder, por el hecho de que responde en el fondo a unas demandas sociales. Sobre él, la presión es enorme, la presión de un organismo en su totalidad productor y consumidor de historia. Por otra parte, él es más libre que el físico o el biólogo, en la medida en que el juego social deja un margen de libertad que las leyes de la naturaleza no permite o restringe en mayor medida. Por esto, también la historia es más diversa, incluso en las sociedades más cerradas, que la física o la biología. Aunque por otra parte, el físico o el biólogo se benefician, en sus enfoques, de un grado más grande de autonomía con relación a lo que sucede alrededor (relativa autonomía, no independencia, porque ciencia separada de la sociedad y de la ideología no existe). A la historia le falta la cohesión interna de estas ciencias. La historia es ampliamente abierta hacia *otra cosa* que su propio objeto. Ella no solamente está influida por la sociedad (constatación válida para cualquier enfoque científico), sino que es pura y simplemente sostenida por ella.

La libertad de movimiento del historiador se encuentra en relación directamente proporcional con el grado de apertura social y de libertad intelectual. Es considerable, en principio en sociedades democráticas, pero, de todos modos, también en este caso, limitada, orientada y marcada por tabúes. Educado en un determinado espíritu, el historiador tampoco piensa en sobrepasar los límites aceptados. No obstante, si lo hace, arriesga ser marginalizado o, aún algo más simple y eficiente, no ser tomado en cuenta. Cualquiera puede tener a la larga un discurso sobre la historia. El problema está también en ser escuchado. Los libros tienen su destino. Pero este destino, depende mucho más del medio social y cultural que del autor. Un manuscrito puede quedar en un cajón, puede ser impreso con un tiraje confidencial o puede devenir (y, generalmente, es ayudado a serlo) un libro de gran éxito comercial. Una idea puede morir antes de tomar forma o puede asaltar el mundo entero a través de los medios de comunicación. Se dice mucho en el mundo de hoy, pero no cualquier mensaje tiene el mismo poder de circulación y penetración. ¡La libertad de expresión —infinitamente preferible, evidente, a las censuras y a la caza de brujas intelectuales!— no impide observar con suficiente claridad el creciente proceso de unificación cultural. ¿Ningún régimen absolutista no dispone, ni de lejos, de los canales de influencia sobre la opinión pública que tienen los regímenes democráticos —o tecnocráticos?— de hoy. Estamos atrapados en una red cada vez más densa y más acaparadora de información estandarizada. Lo que significa que somos menos libres de lo que nos imaginamos, y la tranquilidad algo fácil que nos da la conciencia de la libertad, arriesga contribuir a su erosión. Estas sumarias consideraciones sobre el componente de ilusión de las libertades modernas, expresa lo que hay que decir incluso respecto a la historia y a la condición del historiador.



La historia es de tal naturaleza, que ni la democracia, ni el totalitarismo la pueden afectar totalmente. Una ideología única e impuesta, solo se traduce teóricamente en una fórmula única y cerrada de historia. Por el simple motivo de que no existe una historia bien definida que corresponda objetivamente a un determinado proyecto actual. De hecho, nada de la historia corresponde a los proyectos actuales. De manera tal, que la misma ideología puede apelar con igual “derecho”, a diversas estrategias históricas. El comunismo soviético, se podía igual de bien construir o podía igual fracasar con Pedro el Grande. Los jacobinos evocaban, en el tiempo de la Revolución francesa, a Esparta y a Roma republicana, pero podría muy bien no haberlas invocado y haber descubierto otros modelos, porque, de todos modos, eran ficticios. La artificialidad, puente entre presente y pasado, deja un espacio de “libertad”, obvio muy limitado, no obstante efectivo, incluso en el contexto de las más opresivas ideologías. Y a la inversa, la libertad intelectual aparentemente sin límites o con límites extremadamente flexibles, característica del pluralismo democrático, se enfrenta con el muro del mismo fondo común de valores, con aquel sistema mínimo de orientaciones ideológicas, sin las cuáles una construcción social o política no sería viable.

El historiador es mucho más libre en sociedades abiertas que en las cerradas, el axioma se entiende por sí mismo. Pero es menos libre de lo que nos imaginamos en las primeras, y una idea más libre de lo que podemos creer en las otras.

## La inevitable ideología

La historia sin la ideología no es posible. El mensaje del historiador puede ser explícito o implícito, el mismo historiador puede ser consciente, menos consciente o para nada consciente (en este último caso, nos mentiría con seguridad) de las implicaciones ideológicas de su enfoque. Todo esto no cambia nada al ser actitudes de orden formal y subjetivo. De modo objetivo y esencial, la historia está cargada de ideología. Y por la ideología, entiendo en el sentido pleno del concepto: no cualquier amalgama de opiniones sobre el mundo, la vida y la sociedad, sino un sistema bien definido de ideas inserto en un marco social y político no menos definido.

Paradójico, pero al final fácil de entender, cuanto más la historia asciende, cuanto más quiere estar más cerca de la esencia y más alejada de las agitaciones pasajeras del día de hoy, más la dosis de ideología crece y deviene más transparente. Las grandes filosofías de la historia son muy dependientes de la actualidad. Cualquier discurso sobre los fines últimos es un discurso disfrazado sobre la actualidad. Vamos a saber o no a la final, hacia donde marcha el mundo y cómo se va a cumplir su destino;



sin embargo, vamos a encontrar con seguridad, cuando se recorre semejante construcción global, cómo se presentan las convicciones políticas del historiador o del filósofo, asunto menos interesante en sí mismo, que el destino del mundo, pero muy interesante para lo que significa, más allá de las apariencias, el discurso histórico.

Nos detendremos sobre un texto clásico: *Lecciones sobre la historia de la filosofía* de Hegel (con fecha de 1822-1831). “La historia universal –afirma el gran filósofo– no es otra cosa que el desarrollo del concepto de libertad”. He aquí un principio de innegable significado, susceptible de dar sentido en su totalidad al devenir humano. Pero tampoco es menos un principio que, desde el mismo comienzo, nos conduce a la época de Hegel. No solo Hegel, sino también muchos de sus contemporáneos, ven en la historia un camino que debe *conducir* hacia la libertad. Su obsesión se llama *Revolución francesa*, con todo lo que siguió, en su continuación, en la oposición a ella, o en las diversas tentativas de síntesis entre sociedad orgánica prerevolucionaria y las ideas modernas de progreso, libertad y democracia. Una filosofía de la historia, cuya única clave sea la libertad, no se podía concebir ni en 1700 y tampoco se puede concebir hoy. La absolutización de la libertad, su “divinización”, lleva el sello del momento 1800.

Sin embargo, la discusión no se detiene aquí. La libertad es una palabra mágica, pero, ¿de hecho qué quiere decir? Por supuesto, no es el desarrollo teórico de esta pregunta lo que me preocupa ahora. Llegamos a constatar que libertad (así como la historia, como tantas palabras) significa mucho, cubre varios significados con la misma palabra. Nos interesa solo qué significa libertad para Hegel. Problema interesante, desde muchos puntos de vista, en primer lugar para ubicar al filósofo en la época, luego para definir el sentido real de la filosofía de la historia y, finalmente, para establecer, una vez más, la plurivalencia y la ambivalencia de unas palabras y conceptos que parecen simples, porque las usamos más de lo que las pensamos. Para Hegel, la libertad es algo que se parece muy bien con lo opuesto a la libertad. Ella implica muchas más obligaciones que derechos. Es una libertad organizada, institucionalizada y vigilada, contrario a la libertad negativa, anárquica, atomizadora, provocada por la ola revolucionaria. La “libertad” de Hegel pudo ser considerada (por Karl Popper, por ejemplo) un puente hacia el totalitarismo. Sería injusto juzgar a Hegel, solo desde nuestra propia perspectiva ignorando su propia opinión. Hegel creía en verdad en la libertad, creía a su manera también en la democracia (en la igualdad de oportunidades), creía no obstante (quizás mucho) también en la Razón, creía igualmente en un necesario equilibrio social, y todo esto lo conducía hacia una síntesis socio-política en la que la libertad era “autocontenida”



por la conciencia de sus propios límites. Era la libertad asumida por individuos responsables, por instituciones responsables, por un estado responsable. Traspuesta en el plano político, esta construcción filosófica encuentra su modelo no en Francia, donde el exceso de libertad condujo en últimas al fracaso mismo del principio, ni en Inglaterra, sino en el ámbito alemán, y en Prusia en particular. La conservadora y autoritaria Prusia, se convertiría en modelo, puede que no el más perfecto, pero casi, de un mundo unificado en el espíritu de una libertad responsable. Aparentemente, el mundo de mañana iría a ser una ¡Prusia perfeccionada!. No comento la opción política de Hegel, que tenía sus argumentos y sus justificaciones. Tampoco considero que los principios jacobinos de la Revolución francesa o cualquiera de sus sucesivos modelos ofrecidos por una Francia desequilibrada políticamente e inestable, fueran necesariamente mucho mejores. Constato solamente que los fines últimos de la historia corresponden en Hegel con sus convicciones (o por lo menos con las afirmaciones) políticas. Y no lo crítico por semejante y curiosa mezcla: así es natural que fuera, no tiene como ser de otra manera.

Casi en el mismo tiempo, los franceses Guizot y Thierry, “más históricos” que Hegel, pero inclinados, a su vez, hacia unas ideas generales y hacia esquemas cuasi filosóficos, apostaban también ellos, a su manera, por la marcha triunfal de la idea de libertad. El proceso comenzó desde la Edad Media por el “tercer estado” de la burguesía, que encontraba la plenitud, la conclusión, en Francia con la “monarquía de julio”. Una historia liberal, en el sentido más estricto político del término (Guizot fue de esta manera uno de los personajes políticos centrales del período 1830-1848, en la misma medida histórica del liberalismo, y su practicante). ¡La totalidad de la historia sucede para concebir el liberalismo moderno!

En lo que respecta a Auguste Comte, otro creador influyente de un sistema filosófico, el futuro hacia el que miraba, debería conciliar *orden* (característica de las sociedades orgánicas de la Edad Media) y el *progreso* (característica de la época moderna). Comte apuesta por la ciencia y la industria, apoya la propiedad privada, y se propone humanizar a los capitalistas, aprecia con entendimiento condescendiente al proletariado y a la mujer, desea en una palabra, una sociedad profundamente solidaria, lo que significa, en última instancia, autoritariamente dirigida. No es de extrañar que el filósofo aprobará el golpe de estado del 2 de diciembre de Luis Napoleón, futuro Napoleón II. Es, de hecho, una versión más conservadora del saint-simonismo, al cual se acercó en su juventud, proyección de un siglo XIX idealizado, perfeccionista y reconciliado consigo: capitalista y social, progresista y autoritario, científico y religioso. Así se va a presentar la fase del orden perfecto de la humanidad: muy semejante, en el fondo, ¡con el proyecto global del segundo Imperio francés!



Hegel y Comte son hombres del presente. Marx, aparentemente, por el contrario. No solamente que no le gusta el presente, se propone aniquilarlo. Sin embargo, también su teoría proviene del presente, porque otro punto de partida, sin importar cual teoría, no puede existir. Dependencia escondida, en buena medida, de las ambiciones científicas de un sistema más complejo, más elaborado, más seductor que cualquier otro. La teoría histórica de Marx, no deja a nadie sin respuesta: las evoluciones del conjunto, estructuras, hechos y personalidades, todo se combina en una maquinaria perfecta y funcional, ofreciendo, en la misma medida, una interpretación exhaustiva de la historia y una metodología de salida de la historia, hacia un futuro de esencia superior. Es, con seguridad, junto al edificio teológico de San Agustín, quizás más sumario, pero no menos perfecto y eficiente, una de las dos teorías insuperables de la historia y del devenir humano. Las tentativas de combatir a Marx con filosofías competidoras de la historia, no han tenido éxito: frente al impresionante mecanismo marxista, los diversos esquemas elaborados han demostrado ser poco convincentes. El distanciamiento del marxismo se hace de manera simple, elegante y razonable no por el recurso a una mejor filosofía de la historia, sino por el entendimiento del hecho de que las filosofías de la historia, buenas o malas, son construcciones imaginarias y nada más. ¡Sería irónico ¡confundir los fines últimos de la historia (admitiendo que estos existieran) con los “fines últimos” de los historiadores y de los filósofos!

Pero la teoría de Marx, tan sabia y elaborada, es una teoría del siglo XIX, porque otra cosa no podía ser. Y una teoría del siglo XIX con un punto de partida espacial y social, lo más definido posible, no podría ser mejor. Marx procesa las consecuencias de la primera fase de la revolución industrial; con ellas alimenta su sistema. Su marco de meditación es Occidente, y en modo particular Inglaterra, país donde se desencadenó la revolución industrial y donde esta llegó más lejos que en cualquier parte. Lo que destaca el fundador de la teoría comunista, es la poderosa polarización social: un puñado de ricos propietarios, cada vez más ricos, y un gran ejercito, cada vez más grande, de proletarios explotados y miserables, cada vez más explotados y miserables. Cuadro verdadero, en muchos de sus datos, pero no menos simplificado por Marx en el espíritu de una tipología ideal. No ha existido nunca un organismo social que se limite a la confrontación de dos clases. Cualquier tejido social es mucho más diverso y fino. Pero, si existiera alguna vez algo que se le pareciera, que se acercara más o menos a semejante sistema bipolar, fue en cierto modo la sociedad inglesa hacia el año 1850. La sociedad real drásticamente simplificada, se convirtió en Marx en un modelo ideal, pero este modelo fue proyectado tanto hacia el pasado como hacia el futuro, y puesto a trabajar en sentido histórico, pero en especial político, de la teoría marxista. La lucha de clases (así como ella se presenta, y aún más todavía,



así como debería presentarse, entre capitalistas y proletarios) se convirtió en motor de la historia, empezando por el conflicto entre esclavos y amos en la Antigüedad. En este último caso, la historia sufrió no solamente una simplificación, sino una total deformación, incluso una falsificación: en la Antigüedad existen esclavos, pero no una sociedad esclavista, esto es, una sociedad donde lo esencial del trabajo productivo sea realizado por esclavos, así como era realizado en la Inglaterra del siglo XIX por los proletarios; son, por el contrario, sociedades que yuxtaponen categorías sociales fuertemente diversas. Respeto a las luchas de los esclavos en contra de sus amos, exceptuando el famoso levantamiento de Espartaco y algunos otros movimientos de menor amplitud, las luchas brillan, ¡ante todo por su ausencia!

Reelaborada en sus orígenes según el modelo británico del siglo XIX, le sigue a la historia someterse a las consecuencias del mismo modelo también en el futuro. Sin embargo, con un resultado radicalmente diferente, frente a la sucesión de las etapas precedentes, y no porque así lo quisiera la historia (sabemos hoy, después de un siglo y medio, que la Historia no pidió algo así), sino porque así lo pretendían las convicciones políticas de Marx. La polarización social debía acentuarse. Los ricos llegaron a ser más ricos, y los pobres más pobres (una de las leyes sociales descubiertas por Marx consideraba el “empobrecimiento total del proletariado”, y las leyes son leyes, no pueden ser evitadas). Después de todo, la totalidad de la sociedad vendría a ser un gigantesco taller. La intensa concentración de tecnología y la socialización masiva del proceso de producción prefiguraba el comunismo. Sin explotadores, el “taller social” ya era “comunista”. Un solo movimiento era necesario hacer, simple e inevitable: la expulsión de los capitalistas del sistema. La Revolución proletaria conducía directo a la sociedad comunista, a una época posthistórica liberada de explotación y de antagonismos.

El hecho de que semejante filosofía de la historia (a la cual, con seguridad hemos esquematizado, sin faltar a su espíritu) gozó de un prestigio superior a cualquier otra teoría similar y pudo ser considerada tanto tiempo, por tanta gente, como esencialmente científica, incluso aún más, fue transpuesta –evidente, con todas las deformaciones de rigor– en un sistema efectivo de organización política, social y económica, ofrece un extraordinario ejemplo de proyección absoluta de unos intereses y estrategias bien determinadas. Entonces cuando la Historia te da razón, ¿quién te puede contradecir? Bien empleada, la filosofía de la historia puede ser arma perfecta de la manipulación.

La teoría general de la historia no plantea, por tanto, grandes problemas de desciframiento ideológico. Estos son suficientemente transparentes (lo que significa



que no se caiga fácil en su lugar). Algo más complicado llega a ser el desciframiento, en el caso de los historiadores de profesión, que por la naturaleza de su formación y de sus enfoques, están inclinados hacia las reconstrucciones puntuales, y a veces ignoran programáticamente el proceso de conjunto. Su problema no es de dónde viene o hacia dónde se dirige la historia, sino el aislamiento y aclaración de los diversos segmentos del pasado. La mayoría de las veces, los historiadores no expresan de modo claro las opciones ideológicas. Y muchos de ellos, no solo que no las expresan, sino que imaginan que no tienen semejantes opciones. O, si aceptan que las tienen, están convencidos que no influirían para nada sus relaciones con la historia.

Nos encontramos en la plena ilusión; no profesar ninguna ideología es una actitud que conduce automáticamente a las más tirana de las ideologías: la de las ideas recibidas, la de las ideas dominantes, aceptadas sin crítica y sin reservas. Los historiadores que no se dan cuenta de las implicaciones ideológicas de sus incursiones en el pasado, son a la larga, sin quererlo y saberlo, los más dependientes de la ideología: una ideología de la que no se dan cuenta, porque se bañan en ella, considerándola por completo natural, incapaces de esta manera de imaginarse soluciones alternativas.

Para ilustrar la insidiosa presencia de la ideología, me voy a referir a dos modelos, hasta ahora no superados, de “historia científica”, o mejor dicho de “ambición científica”, en la investigación de la historia.

El primer modelo nos lo muestra la historia de finales del siglo XIX, llamada usualmente, de manera no muy adecuada, “positivista” (lo que puede crear una confusión con el positivismo de Comte, con el que no tiene relación alguna). Es una historia interesada exclusivamente en el establecimiento “positivo” de los hechos, mediante la investigación metódica de los documentos, de ahí el apelativo de “escuela crítica”. Sus promotores son historiadores profesionales, categoría cada vez más representativa, luego de la multiplicación de las cátedras universitarias occidentales de historia.

Estos universitarios piensan de verdad que hacen ciencia, y creen en especial que lo que ellos hacen, no tiene ninguna relación con la política actual. Llegan hasta la exclusión de la historia contemporánea de la historia, argumento supremo de la no implicación política. Al parecer, ¡esta garantiza de manera más segura la objetividad que la ignorancia deliberada del presente y del pasado cercano! Y de esta manera, seguros sobre su ciencia y del distanciamiento de la actualidad, los historiadores



llegan a hacer política sin saberlo. Sin saberlo, es una manera de decirlo; ellos saben en el fondo qué hacen, pero creían que otra historia “científica” de todas formas no puede existir y, al existir una sola, es inevitablemente objetiva, cualquier conexión con los valores del presente es pura coincidencia. Como profesores universitarios, eran funcionarios del Estado; sabían que son, y en otra condición no se imaginaban. Claro está, nadie les daba ordenes, ellos mismos eran miembros de la élite, piezas importantes del sistema. Vivían en una atmosfera burguesa y elitista, y no es de extrañar que procedieron a la reconstrucción histórica a la medida. Su formula privilegia la política, los acontecimientos y las personalidades. Era, no solamente, pero en buena medida, una historia del estado y de sus instituciones, una historia que conducía a las estructuras del siglo XIX. Una historia vista desde la cima, en general en espíritu liberal, pero no democrática, respetuosa de las autoridades. Una historia, que simultáneamente partía de las configuraciones nacionales y políticas territoriales del siglo, las proyectaba, a su vez, en el pasado. Una historia nacionalista, que alcanzaba a reunir los argumentos desde los albores de la historia. Un arqueólogo francés no se ruborizaba al hablar, sin temor al anacronismo, sobre ¡“los franceses de la edad de piedra”! En resumidas cuentas, es la fase burguesa y nacionalista de la historia, difícil de decir cuan científica, sin embargo con seguridad, pese a su programa, nada objetiva y profundamente ideologizada.

El duelo historiográfico franco-alemán sorprende, a veces de manera asombrosa, los avatares de la “objetividad”. Theodor Mommsen y Fustel de Coulanges, nombres-simbólicos de las dos historiografías, se confrontan cada uno con argumentos históricos en nombre de sus naciones. La ciencia “objetiva” era a veces alemana, a veces francesa. El promotor inflexible de un método riguroso, Fustel de Coulanges pasa, sin alterar el estado de conciencia, de una formula a la otra. Antes de la guerra franco-prusiana de 1870, reconocía a los franceses, a los alemanas conquistadores de Galia, un papel significativo en la síntesis medieval francesa. Después del conflicto, cambia radicalmente su opinión, y demuestra, con la misma convicción, la insignificancia del elemento alemán.

Tampoco la inclinación, tan característica, de los historiadores alemanes hacia la problemática de la Antigüedad, por alejada que parezca del presente, no es precisamente gratuita. Droysen, empezaba su carrera escribiendo sobre Alejandro el Grande y el mundo helenístico: Macedonia y Grecia parecen sugerir un modelo para Prusia y Alemania; no sorprende, el historiador dio después el salto sobre siglos, a su gran trabajo dedicado a la política de Prusia. El mismo Mommsen, aprecia en la historia romana un “proceso de unificación”, prefigurando la unidad nacional de Alemania. El nacionalismo y el imperialismo: estas son las coordenadas –no únicas, sin embargo esenciales– del diálogo alemán con la Antigüedad.



El segundo modelo se muestra opuesto al que hice referencia. Lo presenta la Escuela de los “Annales”, convertida, como extensión del modelo en “Nueva historia”, así como la denominaron los historiadores franceses, en un ímpetu cientificista y de actitud monopólica de la historiografía francófona. Es una corriente que expresa, a su manera, con vacíos y prejuicios, pero con numerosas ideas fértiles, la gran reestructuración historiográfica del último siglo, a su vez producto de un mundo tan diferente del mundo del siglo XIX. Nos ofrece probablemente, al lado de la corriente marxista (pero con una finura profesional superior), el más completo y elaborado sistema teórico y metodológico de la historiografía de los últimos tres cuartos de siglo. La “Nueva ciencia” de la historia empezó por derribar completamente la ciencia histórica desde 1900. Evacuó de la historia, o limitó drásticamente los temas y valores anteriores: la política, la guerra, los acontecimientos, las personalidades, e incluso el Estado, sus instituciones y el marco nacional. La historia bajo de las élites hacia la masa. Sus campos privilegiados fueron la economía, la demografía, las relaciones sociales, las mentalidades y la vida cotidiana... Al igual que los historiadores de 1900, sus adversarios, los promotores de la “nueva historia”, intentaron, y en buena medida, lograron convencer que tenían razón. Es ridículo, sostienen ellos, poner todo sobre las personalidades o afirmar el impacto decisivo de los acontecimientos, cuando fuerzas mucho más profundas y más influyentes, obligan a los acontecimientos a tomar un determinado curso y a las personalidades someterse a él. Las *estructuras* son las que dirigen y el *tiempo largo* de la historia, no la espuma efímera de los hechos, y tampoco la voluntad de los hombres. Uno de los trabajos representativos de la “nueva historia” se titula *Luis XIV y veinte millones de franceses* (Pierre Goubert, *Louis XIV et vingt millions de Français*, 1966). La historia científica de 1900, enfatizaría sobre el rey y la élite conductora; la nueva historia científica desplaza el acento sobre los veinte millones de franceses.

Si se organizara un referéndum entre los historiadores, probablemente ganaría la “Nueva historia” (aunque ella enfrentaría también muchas reservas). Parece más científico ubicarse en el corazón un sistema de interpretación estructural, que en uno de hechos y personalidades. Pero parece más científico *hoy*, porque así nos hemos acostumbrado a pensar. No parecía en 1900 y no sabemos como aparezca mañana. Ahora, como hemos visto, ¡las personalidades vuelven! Al igual que los acontecimientos, o la narración. Así que es arriesgado decir que una historia es más científica que otra. Solamente constatamos que es de otra *manera*. Sin embargo, no es arriesgado para nada –incluso si los historiadores no les gusta semejante “ocultamiento”– apreciar la orientación política de los historiadores de los “Annales”. ¿Deberíamos decir algo más hacia dónde mira –no hacía el pasado, sino en el presente– un historiador adversario del elitismo político y del nacionalismo



y promotor de las masas en la historia? Lo demostró Hervé Coutau-Bégarie, en un libro iconoclasta sobre el “fenómeno de la Nueva historia”: iconoclasta porque, al igual que el fenómeno historiográfico opuesto de 1900, tampoco la “Nueva historia” quiere aceptar que hace otra cosa diferente a la ciencia objetiva, y si lo que hace, se encuentra con una determinada ideología, es pura coincidencia –¡aún más!– prueba de la verdad plena tanto de la historia practicada, como de la ideología correspondiente. Según su análisis, la Escuela de los “Annales” se presenta como una expresión de la izquierda francesa, una izquierda en general no marxista, y tampoco antimarxista (manifestando incluso una cierta disponibilidad frente al marxismo), una izquierda que expresa en esencia la tradición, la mentalidad y la ideología del socialismo francés.<sup>18</sup>

La amplificación de la corriente de los “Annales”, llegó a comprender a la más amplia parte de la producción historiográfica francesa (“Nueva historia”), la diversificación y la fragmentación de las problemáticas, que se tradujo en una diferenciación ideológica, estimulada también, por el reflujo paulatino de la izquierda intelectual, dominante en los años 50.<sup>19</sup> Se han deslizado hacia la derecha hasta los historiadores que adhirieron inicialmente al comunismo (Le Roy Ladurie, François Furet...). La “Nueva historia” permite una variedad de posiciones ideológicas, si bien su núcleo duro, sigue estando vinculado a la izquierda. De modo un tanto paradójico, esta izquierda historiográfica, se concentró mucho más sobre las sociedades preindustriales que sobre el mundo tecnológico, privilegiando así a la “larga duración”, incluso hasta la formulación del concepto de “historia inmóvil” (*L'histoire immobile*, lección inaugural de Le Roy Ladurie en el Collège de France, 1973). El revolucionarismo se combina a veces en Francia con un fuerte tradicionalismo social. Las interpretaciones conservadoras, encuentran también su lugar en esta historia, si bien no necesariamente “inmóvil”, en cualquier caso no muy dinámica, lejos de la marcha acelerada de los tiempos recientes.

Un último ejemplo: la *microhistoria*, formula proveniente de Italia en el año 1970, ilustrada con predilección por el trabajo de Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos: el cosmos de un molinero del siglo XVI* (1994). En Francia, Le Roy Ladurie se inscribe, con *Montaillou*, en el mismo tipo de problemática. He aquí una historia concebida a

18 Hervé Coutau-Bégarie, *Le Phénomène „Nouvelle Histoire“. Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, Economica, Paris, 1983; segunda edición con el subtítulo de *Grandeur et décadence de l'école des Annales*, 1989.

19 La “fragmentación” de la “nueva historia” es analizada por François Dosse: *L'histoire en miettes. Des Annales à la “nouvelle histoire”*, La Découverte, Paris, 1987. Con respecto a la misma corriente historiográfica, la síntesis más reciente le pertenece a André Burguière: *L'École des Annales. Une histoire intellectuelle*, Odile Jacob, Paris, 2006 (es, sin embargo, menos crítica, siendo una mirada del interior de la escuela).



la escala más reducida, siguiendo la trayectoria de una individuo o de una pequeña comunidad<sup>20</sup>. Su ambición es la de recuperar la vida “verdadera”, en oposición a la “gran historia”, que mira mucho desde arriba. Destacamos el nuevo terreno conquistado por la biografía: reservado alguna vez a los “grandes hombres”, ella desciende ahora también al nivel social más modesto: el panadero Menocchio, el héroe de Ginzburg, y los campesinos de Montaillou, evocados por Le Roy Ladurie. La democratización da un paso adelante: después de traer a las masas a un primer plano, pasamos ahora a su individualización. En el nuevo contexto, la desviación de la norma, aparece más significativa que la norma misma: lo que un teórico de la microhistoria (Eduardo Grendi) no duda en llamar la “excepción normal”: aquellas actitudes o creencias que, si bien marginalizadas, o precisamente porque son marginalizadas, definen las corrientes subterráneas dignas de ser tomadas en consideración; por ejemplo, la “incredulidad” de Menocchio parece contradecir la opinión de Lucien Febvre en *La Religión de Rabelais*, según la cual, ni la más vaga sombra de ateísmo puede ser identificada en el siglo XVI.

¿Es esta historia más cercana del mecanismo íntimo de las sociedades, así como afirman sus promotores? Podemos dudar. Podría ser, por el contrario, que observamos más bien grandes evoluciones que existencias menores. Los “microhistoriadores” son en general dependientes del texto cuya proveniencia es exterior al medio estudiado (los hombres simples no producen mucha información). Las encuestas mencionadas por Ginzburg y Le Roy Ladurie, se basan ambas en los expedientes de herejía, que no sobresalen por su objetividad. Hasta la “gran biografía” genera muchos signos de interrogación, si bien, están mucho mejor cubiertas por fuentes, incluso personales: ¿cuánto podemos recuperar de la vida real de los hombres y de sus motivaciones íntimas? La pregunta es todavía más delicada cuando tenemos que ver con las “pequeñas existencias”. La microhistoria no tiene como ser más verdadera que otras historias. Como estas, es no obstante un revelador social e ideológico. Expresa las evoluciones sensibles en el mundo de hoy: la erosión de las grandes ideologías y de los modelos unificadores, la fragmentación insistente de las opciones individuales y de grupo. Nosotros mismos vivimos cada vez más en la “microhistoria”, así que no es de extrañar que la busquemos en el pasado.

De hecho, nada fuera de lo común. Los más “científicos” abordajes son, pese a las apariencias, también los más ideologizados. La verdad que proclama no tiene cómo ser un verdad absoluta. Es la verdad de una época, de una creencia: la expresión “científica” de una ideología.

20 Con respecto a la microhistoria, el artículo Carlo Ginzburg y Carlo Poni, “La micro-histoire”, en *Le Débat*, 17, 1981, pp. 133–136, y el volumen *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, bajo la dirección de Jacques Revel, Gallimard–Le Seuil, Paris, 1996.



## “La historia se hace con documentos”

Pese a su fuerte dependencia del entorno, la historia conserva su personalidad, esto se debe al hecho de que, precisamente como cualquier oficio, ella se orienta por determinadas normas, que se esfuerza por respetar. Estas normas se reducen, en el fondo, a dos operaciones esenciales: desde Tucídides hasta hoy, el historiador extrae los hechos de las *fuentes*, y luego los relaciona en una cadena de *determinaciones causales*. Sin importar cuán partidario sea del canto de sirena de las ideologías o de sus propias convicciones, el investigador honesto del pasado no inventa hechos. Él apenas los “arregla” (los delimita, los combina, los amplía, los reduce...); su materia la busca no obstante con tenacidad en los testimonios efectivos dejados a lo largo de la sucesión de generaciones. Pero en las interpretaciones propuestas, se esfuerza por estar lo más cerca posible de lo que los mismos hechos parecen sugerirle. Pero el problema está en que estas normas metodológicas, sin las cuales la historia no sería (o sería totalmente otras cosa), están, a su vez, abiertas a una gama completa de influencias extra históricas.

Entonces cuando definimos historia justamente como algo determinado, todo gira en última instancia alrededor de las fuentes. La metodología de la historia significa, en primer lugar, un complejo de reglas las cuales dicen cómo debe proceder con las fuentes. Solo que las fuentes no se prestan para un tratamiento plenamente riguroso. O quizás, en última instancia, se prestarían, pero no se ofrecerían claramente para lo que se encuentra más allá de ellas. He dicho antes, que las fuentes “reflejan” la realidad, no obstante adaptándola y deformándola. En este óptica, un método riguroso (tratamiento comparativo de las fuentes, su relación con el contexto mental e ideológico), es susceptible de reducir de manera considerable los riesgos de una lectura ingenua. La dificultad principal, que ninguna metodología puede resolver, está no obstante en el hecho de que las fuentes por abundantes y variadas que sean, no cubren sino una pequeña parte de lo que los hombres han pensado, han proyectado y han hecho a lo largo de la historia. La reconstitución del pasado se parece a un juego de *rompecabezas*. No obstante, mientras que el jugador dispone de todos los elementos de una imagen virtual y solo debe combinarlos, el historiador carece de la mayoría de ellos. Debe recrear la imagen partiendo de los elementos aislados y dispares, pero estos se enrarecen paulatinamente, hasta la desaparición, cuanto más se baja de manera profunda en el pasado. Así procede Cuvier, reinventando a partir de un diente de dinosaurio, el dinosaurio total. La maquinaria histórica, es no obstante, infinitamente más complicada que un órgano de reptil. Ninguna metodología puede dar recetas para el cubrimiento de los vacíos de información. Ninguna metodología le dice al historiador cómo articular los hechos y cuál sentido



darles. La ideología y la creatividad individual ocupan un terreno libre, ofreciendo el vínculo necesario. Ciertamente es que las mismas informaciones y las metodologías similares pueden conducir con facilidad hacia escenarios históricos, no solo diferentes, sino incluso contradictorios.

Un ejemplo clásico en la historiografía respecto a los romanos lo constituye el famoso problema de la continuidad. En esta cuestión, exactamente con la misma información –literaria, lingüística y arqueológica–, se sustentan, con argumentos aparentemente igual de válidos y mediante tratamiento de las fuentes en el mismo espíritu de las metodologías modernas, dos tesis completamente opuestas: la continuidad de los romanos en el antiguo territorio de los Dacios o en su proveniencia del sur del Danubio, a la que se agrega también una gama de soluciones intermedias. Implicando partes variables del territorio norte- y sur danubiano. Todo “riguroso”, con las mismas fuentes...

Tampoco las divergencias “específicas” se resuelven más fácilmente. Una completa biblioteca está en vías de construirse sobre un texto medieval, que se ha vuelto con seguridad más famoso por las disputas a su alrededor de lo que él mismo fue en su tiempo. Tratando esta información, historiadores y filólogos contemporáneos afirman de igual modo el origen romano o griego de *Las enseñanzas de Neagoe Basarab dirigidas a su hijo Teodosie*, por lo que, en el caso de tomar en consideración el origen autóctono, acuerdan o no al Voivoda la paternidad del escrito. Difieren, además, también en la apreciación de los valores: entre compilación y creación genial.

Por la amplia red, demasiado amplia, de la información, se extiende libremente la ideología. Neagoe Basarab, fundador de la literatura rumana, escritor genial –es una interpretación nacionalista (indiferente de la dosis de verdad o de falsedad). La continuidad rumana sobre todo el territorio de Dacia, pertenece también a las interpretaciones nacionalistas rumanas (indiferentemente de que las cosas hayan sucedido así o no), así como a la versión opuesta, inmigracionista, que remite directamente al nacionalismo húngaro. A su manera, las fuentes hablan de manera sibilina; ayudan a la ideología a hablar en lenguaje común.

Pero incluso el tratamiento de las fuentes en sí mismas, aún más, la definición de la fuente, no justifica las ambiciones de una metodología “objetiva” e insensible a lo que sucede por fuera del objeto estudiado. Tres grandes etapas de la metodología histórica pueden ser tomadas en consideración, todas con su relación específica con el contexto socio-cultural e ideológico.



La primera de ellas, desde Heródoto hasta el comienzo de la época moderna, presenta, más allá de una falta de sistema susceptible de intrigar al historiador profesional, dos grandes principios rectores. Es, de una parte, una historia que apuesta de modo sustancial por el testimonio directo, y por otra parte, una historia dependiente de los textos narrativos (dicho de otra manera, ¡una historia dependiente más de la historia!). Para el periodo cercano al tiempo de aquel que registra los hechos (y debe precisarse que la historia nació y evolucionó inicialmente en particular como historia contemporánea, incluso, “inmediata”), se privilegia la información recogida de primera mano, lo que el historiador ha observado directamente o lo que le han comunicado otros, que a su vez, han participado en los acontecimientos. Así empieza la historia con Heródoto, por extender de las cosas y las cosas vistas y oídas (en mayor medida, con seguridad, oídas que vistas). Tucídides, luego Polibio, se muestran mucho más confiados en “ver” que en “oír”, en otros términos, en la implicación directa del autor en los acontecimientos relatados. Las distinciones más bien teóricas, porque, de todas formas, el historiador no tiene cómo ver todo y está necesitado de recurrir a la información de segunda mano, con la esperanza de que aquellos que “vieron” le van a ofrecer noticias validas (la confrontación de los testimonios aportan un plus de verosimilitud). Asimismo, los historiadores de la Edad Media, escribían sobre su tiempo, también de vistas y oídas. A este tipo de informaciones, se agrega en medida valida, otras fuentes, como las diversas categorías de documentos escritos, sin embargo permanece la característica inclinación hacia el testimonio directo, basado en la memoria propia o en la transmisión oral.

Respecto a los siglos oscuros, cuando entonces los primeros historiadores se deciden finalmente abordarlos, estos no tienen otra cosa qué hacer que retomar a la tradición legendaria, en conjunto o con algunas reservas y mejoras, que no provienen tanto de algún método, como del juicio, más o menos crítico de cada quién (Tucídides, el más crítico de todos, considera que ¡no hay nada de retener!). Una vez fijada en los escrito, esta vieja historia se retoma, por pura compilación, de muchas generaciones de historiadores (la guerra de Troya, la fundación de Roma y los primeros siglos de su historia, las narraciones bíblicas, ofrecen ejemplos concluyentes de la tradición convertidas en verdad).

En general, exceptuando la encuesta directa respecto a la propia época, los historiadores se apoyan masivamente sobre los escritos de los predecesores, de los cuales adquieren lo esencial de la información. Si bien no es exclusivo, porque además usan fuentes de archivo, las inscripciones o los vestigios arqueológicos, sus fuentes esenciales son de factura literaria-narrativa. Por regla general, no recurren



a la distinción (elemental para nosotros) entre fuentes primarias y los textos narrativos. Para ellos, la cuestión clave es la *autoridad* del emisor. El principio de autoridad, reconocido también por los antiguos, logra cotas máximas en el contexto tan ideologizado y jerarquizado de la Edad Media. Los libros sagrados, las obras de los padres y de los doctores de la Iglesia, los trabajos de las autoridades clásicas griegas y romanas, fundadores del género historiográfico, no tenían como resistir un examen crítico de fondo, porque sobre ellas y solo sobre ellas, se levanta la totalidad del edificio histórico.<sup>21</sup>

*Testimonio más compilación:* así se presenta la primera versión metodológica reducida a lo esencial. La tentación de los historiadores de alinearse, entregándole a otro el relevo, a una única historia (frente a la cuál las reservas y las correcciones no pueden ser sino de detalle), ilustra, sin duda, un estado de espíritu. Hay formaciones sociales e ideológicas inclinadas hacia la tradición, la jerarquía y la autoridad, y muy poco receptivas como somos nosotros a la innovación y el cambio, tomar en cuenta las soluciones alternativas (siendo el caso particular la democracia ateniense, que produjo por cierto también la única revolución metodológica por el desprendimiento de la historia, en el siglo V antes de Cristo, tanto del compendio del registro analítico, como también de la fabulación mitológica. El grado de innovación historiográfica es, evidente, en función de la movilidad del organismo social; difícil de concebir la “ruptura” historiográfica sin la “ruptura” histórica efectiva).

La historiografía moderna tendría que evolucionar sobre coordenadas metodológicas diferentes, que implica el rechazo de la oralidad y la retirada a un plano secundario de los textos literarios frente a los documentos propiamente dichos. La nueva orientación metodológica, se afirmó y perfeccionó paulatinamente, en el transcurso de muchos siglos. Ya desde el final de la Edad Media, los historiadores empiezan a distinguir entre diversas categorías de textos usados hasta entonces de manera indiferente; se precisa en particular, poco a poco, la condición diferente de las actas diplomáticas (documentos primarios, “fuentes” de la contemporaneidad) respecto a los textos narrativos. Igualmente, devienen más escrupulosos respecto al examen de la autenticidad de los documentos. El trabajo de Jean Mabillon, *De re diplomatica*, publicado en 1681, es un hito importante en esta vía. La profesionalización de la historia, su constitución como disciplina universitaria

21 Para la manera como los historiadores antiguos se reúnen unos con otros, retomando de hecho, la misma historia, remito a las consideraciones de Paul Veyne, del trabajo citado: *Les Grecs ont-ils cru à leurs mythes?* Una monografía consistente sobre el método de un gran historiador: Paul Pédech, *La Méthode historique de Polybe*, Les Belles Lettres, Paris, 1964. Con respecto a la metodología historiográfica medieval, es indispensable el trabajo de Bernard Guenée, *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, Aubier, Paris, 1980.



autónoma, proceso inaugurado en las universidades alemanas en el siglo XVIII e intensificado en el siguiente siglo, condujeron de manera natural a la codificación de unas reglas uniformes, aceptadas por todos los profesionales. Hacia 1900, este sistema de normas críticas logra su apogeo. Era, a su manera, perfecto y se pudo creer, en un momento dado, que la historia se detenía en este punto. Charles Langlois y Charles Seignobos afirmaban con imperturbable seguridad en su “biblia” metodológica, *Introduction aux études historiques* (1898) que, una vez, descubiertos todos los documentos y extraída la información, la misión del historiador tenía que terminarse, quedando solo por entender, que en la historia contemporánea se agreguen nuevas páginas, en la medida en que ella se desarrolla.

La regla de oro era apelar al documento y solamente al documento. La “historia se hace con documentos; donde no hay documentos, no hay historia”, con estas palabras memorables empezaba el manual de Langlois y Seignobos. Pero el documento significa documento escrito y, vamos a ver, ni siquiera cualquier tipo de documento escrito. En la búsqueda absoluta del rigor en la reconstrucción del pasado “así como él fue”, con una seguridad lo más cercana a las ciencias exactas, la historia procedió por eliminación, conservando lo que le parecía que ofrece un nivel alto de autenticidad. La gran sacrificada fue la tradición oral y la indagación oral en general. La historia se separa de Heródoto e incluso desde este punto de vista, de Tucídides. Verba volant: las palabras vuelan y, lo que es peor para la historia, se deforman de una persona a otra y pueden llegar a ser irreconocibles de una generación a otra. Scripta manent: aquellas escritas quedan, subsisten así como fueron originalmente, así como fue la historia de verdad. Sin duda que esta concentración sobre las fuentes escritas, significó un progreso metodológico, y la ignorancia deliberada de otras categorías de fuentes, fue el precio pagado por un excedente de rigor. De hecho, no es la fuente escrita en general la privilegiada, sino un determinado tipo de fuente escrita. Las fuentes primarias son, por regla general, preferidas a los textos narrativos. Son, no obstante, valorizadas determinadas fuentes primarias, ellas mismas con matiz narrativo, que se encuentran con seguridad más lejos de la realidad objetiva de lo que se imaginaban los promotores de la historia crítica. Los embajadores venecianos, tan queridos por Ranke, narran también, es cierto, que sobre las cosas halladas más cerca del emisor que de lo relatado en una crónica universal. De todos modos, también estos son textos sensibles, individualizados, marcados por la personalidad, por el rango y los intereses de aquel que relata. Por el contrario, las fuentes “impersonales” y portadoras de información de hechos no acontecidos, les interesa muy poco a los historiadores en cuestión (aun cuando no son del todo ignoradas). Todavía no había llegado el tiempo de los registros parroquiales (con base en los cuales se constituirá la demografía histórica), tampoco el de los registros



de reclutamiento (a partir de los cuales un equipo dirigido por Emmanuel Le Roy Ladurie, realizó una compleja radiografía de la sociedad francesa de la primera mitad del siglo XIX), tampoco el de los registros contables (fuente para la historia de los precios y de la economía), tampoco el de las consignaciones relacionadas con las raciones de alimentación de las diversas colectividades o instituciones... Tampoco el de las producciones literarias, también ellas escritas, pero cargadas con fantasía, gozaban del prestigio de los historiadores. Lo que interesaba era la historia positiva de los hechos, con fuentes susceptibles de reconstruirlos, y en menor medida, el modo como vivían los hombres y cómo se representan su mundo.

La explicación de las preferencias y de las exclusiones metodológicas (que no deben ser absolutizadas, pero que expresan no obstante una orientación dominante) está también en la ideología y, en un sentido más amplio, en las evoluciones políticas y culturales. La desvalorización metodológica de la oralidad corresponde a su depreciación efectiva en las sociedades modernas. La invención y expansión de la imprenta, los progresos de la alfabetización, la socialización a través de la escuela, el interés de la Iglesia en primer lugar, luego del Estado, por fijar por escrito un cierto tipo de cultura y de comportamiento, en buena medida opuesto al tradicional de la cultura popular, todo esto contribuyó a empujar a la comunicación oral, tan omnipresente alguna vez, a una zona subalterna, cuando no sospechosa, en el conjunto social: el mundo de los inadaptados a los imperativos de la sociedad moderna. Mediante lo escrito se expresa la élite, y la historia es una historia de las élites, en cualquier caso una historia concebida desde su perspectiva. Se entiende porque se dejan de un lado no solo la comunicación oral, sino también una gama completa de fuentes escritas que reflejan la vida de la mayoría, de las *masas*, para emplear un término, él mismo potentemente ideologizado. Sobre ellos, la élite arroja una mirada distante. Del mismo tratamiento, o incluso peor se “benefician” los espacios extra europeos, en una época de imperialismo occidental. Las comunidades carentes de fuentes escritas son consideradas “pueblos sin historia”, los de África negra, por ejemplo. Estos son dejados en manos de los etnólogos, ¡porque la historia no se interesa por los hombres, sino por los archivos!

Esta historia, enfáticamente elitista, es, cómo ya lo he mostrado, una historia de los estados y de las instituciones políticas, y no hace más que alinearse en esta perspectiva, en un proceso histórico concreto: la consolidación de las estructuras estatales en la época moderna y en el “encuadramiento” político creciente de la sociedad. Las fuentes escritas tomadas en consideración, emanan en su mayoría sustancial, de la esfera del Poder, del aparato político dirigente. Este es, además, el doble sentido, político e histórico, de los archivos, “lugares de memoria”, donde las



instituciones del Estado depositan su memoria escrita, anexándose de esta manera, no solo el presente, sino también el pasado. El “historiador de archivo” se encuentra atrapado en una red informacional organizada en su propio beneficio por las instituciones. El Poder en su propio beneficio.

Es por esto que la metodología histórica elaborada con tanta meticulosidad y con tanto rigor en la época moderna no tiene como ser considerada –cualquiera que sean los méritos científicos– neutra desde un punto de vista político. Es la expresión de una etapa histórica determinada y de un determinado tipo de sociedad. Echarla por la borda sería absurdo, pero no menos también su absolutización. Continúa funcionando perfecto entre sus propios límites. Sin embargo los historiadores hoy ven cada vez de manera insistente más allá de estos límites.

Llegamos de esta manera a una tercera fase metodológica, cuya organización está en curso. Entonces tiene lugar un doble proceso. De una parte, la “masificación” creciente de los fenómenos sociales, la democratización y homogenización de la sociedad. Esta tendencia se transpone en términos historiográficos, en el abordaje estructural de los grandes fenómenos: economía, demografía, relaciones sociales, mentalidades... Pero por otra parte, acciona, en un sentido contrario, un movimiento de resistencia frente al proceso de uniformización. El derecho a la diferencia y al pluralismo cultural se afirman de manera insistente, impugnando la validez de un sistema único de valores, cualquiera que sea él. La diversidad que alcanza el fenómeno religioso, la multiplicación desconcertante de las iglesias, de las sectas y de las variantes de creencia, puede sugerir un tipo de “parcelación” cultural que se perfila. Igual también con la moral sexual, que ahora tampoco es una. Pues bien, la religión y el sexo fueron hasta hace no poco, por lo menos teóricamente, dos ámbitos sometidos a unas reglamentaciones estrictas. Tampoco las normas desaparecen, sin embargo, desaparece el sistema único de normas. Por paradójico que sea –pero, en el fondo, la primera tendencia estimula a la segunda, en el espíritu de un necesario reequilibrio–, el mundo parece estar comprometido en un proceso contradictoria de homogenización y de fragmentación (queda por verse a la larga cómo se van a dividir y conciliar los valores en niveles distintos de sociabilidad). La multiplicación de los “micro grupos”, de los medios culturales y sociales autónomos, tienen como resultado también la proliferación de sus correspondientes historias. Nos alejamos de la historia del siglo XIX, sólidamente situada en los marcos político-nacionales.

Hoy, en el mismo marco, evolucionan muchos segmentos de historia, y se encuentran entre ellas relaciones variables.



En general, el discurso histórico responde pronto a las provocaciones lanzadas por la historia real. Las crónicas de la disfuncionalidad del período de entreguerras, y en especial, de la gran crisis de 1929-1933, estimularon la historia económica y, específicamente (¡gracias a la inflación!), la investigación cuidadosa de la evolución de los precios. La demografía histórica tomó impulso en los años 1960-1970, como consecuencia indiscutible, de los grandes problemas demográficos a los que llegó el mundo finalmente a ser consciente (la disminución de la natalidad y envejecimiento de la población en el espacio europeo, la natalidad galopante en el Tercer Mundo, con efectos desastrosos sobre el desarrollo económico y el nivel de vida). Casi al mismo tiempo, la constatación de los efectos de la contaminación ha conducido a la apertura del expediente hombre-medio, con relación, primero al presente, pero con la inevitable proyección en el pasado: nació de esta manera la historia del medio ambiente o la “ecohistoria”. En cuanto a las “mentalidades”, su abordaje histórico, se alimentó del choque de las mentalidades presentes, en las condiciones en las que el modelo cultural y moral único, en el que había soñado la burguesía occidental, se desmembró, poniendo en evidencia el conflicto entre generaciones y la diversidad de las culturas, con otras palabras la relatividad de los valores. En cuanto al enfoque temático, aquí también las evoluciones sociales y políticas se proyectaron sin dilaciones. El feminismo militante (empezando desde los Estados Unidos) condujo hacia un campo distinto, el de la “historia de las mujeres” y en general, hacia una historia que, no hacía mucho se consideraba, explícita o implícitamente, masculina, y que tiende a convertirse en historia de “ambos sexos”. La emancipación de las minorías de toda clase: raciales, étnicas, religiosas, sexuales, no tardaron en el tratamiento histórico de los respectivos problemas. Y así sucesivamente.

La diversificación de la historia implica la multiplicidad metodológica. Una vez que ya no existe la historia, sino las historias, no solo tampoco existe la metodología, sino las metodologías. El historiador que reúne una serie de cifras y las introduce en un programa informático emprende las operaciones que serían inentendibles para sus colegas de hace un siglo. Igual, el historiador del clima que sigue la evolución de los glaciares o interpreta los anillos de crecimiento de los árboles (cada anillo sintetiza el perfil climático de un año, de tal manera que una sección en un árbol corresponde a una incursión en el clima terrestre durante muchos siglos e incluso milenios). Inútil buscar en el manual de Langlois y Seignobos: ¡el “corte de los árboles” no figura entre sus principios metodológicos!

Un caso significativo para la relación método-sociedad-ideología, sobre el cual vale la pena insistir, es el de la historia oral. Hemos visto que la historia comenzó como búsqueda oral. Luego, lo escrito despreció paulatinamente la comunicación



oral, incluso en la historia. Hoy, sin embargo, la indagación oral vuelve con fuerza, compitiendo en algunos campos con la información escrita e incluso sustituyéndola. Es una metodología paralela, autónoma, a su vez dividida en dos campos. La “tradición oral”, reúne las representaciones y recuerdos transmitidos de generación en generación, está en la base de la reconstitución de la historia de las comunidades llamadas alguna vez “sin historia”, porque no disponían de archivos escritos. África negra ofrece en el presente un terreno sumamente fértil para esta clase de abordaje, basado sobre normas metodológicas que, por supuesto, deben inventarse. Un desarrollo, por completo excepcional, ha ganado la otra variante de la “historia oral” propiamente dicha, consiste en el registro y tratamiento de los recuerdos de aquellos que han vivido una determinada situación histórica. Es, de esta manera, una historia contemporánea, que no puede superar por mucho la profundidad de la mitad de un siglo. Su punto de partida se encuentra en América de entreguerras. Hacia 1930, se recogieron los recuerdos de los antiguos esclavos negros, adolescentes o muy jóvenes en el tiempo de la Guerra de Sucesión, y que ahora se encuentran en el final de sus vidas. Sobre ellos se escribió mucha, historia o literatura, se hicieron también películas, pero todas expresaban, ya sea con comprensión o simpatía, los puntos de vista de los blancos. En el sentido tradicional de la historia –¡información escrita!–, los negros no tenían historia. O tenían la historia que los blancos se dignaban concederles. La historia oral les dio la posibilidad de expresarse, de contar, por fin, ellos mismos, su propia historia.

Las investigaciones de este tipo se multiplicaron, en Estados Unidos primero, luego en Europa Occidental. Se pueden aplicar a cualquier segmento de la historia contemporánea, incluso a las decisiones políticas al más alto nivel (porque no todo se registra por escrito, y en algunas ocasiones, no se registra lo que es ¡más importante!), o en algunos acontecimientos históricos cruciales (recordemos *El día más largo* de Cornelius Ryan, donde el tipo de reconstitución del desembarco en Normandía, solo sería posible por la consulta exclusiva de las fuentes escritas). Se ha elaborado también la historia de las empresas, de los medios masivos de comunicación, etc. Pero, la gran virtud de este tipo de indagación, se halla en su capacidad de descender a un nivel donde, en general, los hechos y los sentimientos, no encuentran su expresión “registrada”. La historia de las “mayorías”, de las categorías oprimidas, de los marginados (hasta un punto, incluso de las mujeres) tiene a menudo su fuente histórica exclusivamente en la investigación oral. Las reservas manifestadas frente a esta historia “competidora” apuntan en particular a la labilidad de la memoria, al hecho de que los recuerdos sedimentados en la memoria, son menos seguros que las palabras fijadas por escrito. Pero también la historia oral dispone hoy de su propia metodología, igual de firme o menos firme como cualquier otra. En cuanto a la



incertidumbre de la información, digamos solo que, desde cuando existe la historia, no se ha mentido menos por escrito que por medio de las palabras.

La verdad —de la que muchos historiadores no son conscientes, porque son educados en el espíritu del respeto por la fuente escrita— es que apelar al documento se impuso, en primer lugar, debido a la imposibilidad de interrogar a los individuos vivos. Un helenista renunciaría, con seguridad, a algunos documentos escritos si le ofrecieran la ocasión de hablar con un contemporáneo de Pericles (para no decir solo con el ¡mismo Pericles!). Semejante privilegio se le niega a la mayoría de los historiadores y, por ello la necesidad de los documentos, pálido reflejo de un mundo alguna vez vivo. Asombroso es que muchos especialistas de la historia contemporánea no tengan conocimiento de lo absurdo de la situación. Son los únicos capaces de disponer de los individuos vivos, y los sacrifica en favor del fetichizado documento de archivo (olvidando que los archivos saben, como sea, menos que los hombres). En la historiografía rumana, este rechazo levanta un obstáculo vergonzoso en la necesaria operación de reconstitución de la época comunista (en todos los niveles, pero en especial en el nivel de la vida cotidiana, con seguridad sensiblemente diferente y, de alguna manera, mucho más compleja que lo que resulta de los documentos oficiales). ¿Pero, a la larga, es más importante lo que la Securitate<sup>22</sup> puso por escrito con respecto a los individuos, o lo que los individuos tienen que decir, también sobre la Securitate, pero en particular sobre ellos mismos? En este campo, el retardo metodológico se combina con el prejuicio ideológico, y la sobre evaluación de las instituciones del Estado con relación a la sociedad real.

La amplitud ganada por la investigación oral ofrece un ejemplo elocuente de adaptación de la metodología a los nuevas problemáticas y sensibilidades. En el mismo sentido puede ser evocado y valorizado el fondo iconográfico, tomado en consideración en la vieja historiografía como mucho auxiliar del documento escrito. Ahora bien, hoy, un campo como el de las “mentalidades” o el del “imaginario” que se edifica, no en menor medida, sobre la imagen, antes que sobre lo escrito. ¿Inclusive una investigación sobre la propaganda política puede aún hacer abstracción del filme o del cartel electoral? Lo cierto es que los espacios de cultura y las categorías sociales inaccesibles a la historia tradicional, alcanzan de esta manera, su derecho a la historia. Y en esta ocasión, la metodología nace, en buena medida, de la ideología.

22 [La “Securitate” (oficialmente “Departamentul Securității Statului”, traducible como Departamento de Seguridad del Estado) fue la policía secreta que operó cuando Rumania fue un Estado comunista. El departamento fue fundado el 30 de agosto de 1948 con la ayuda del NKVD soviético y fue desmantelado y disuelto en diciembre de 1989, tras el colapso del régimen y la ejecución del entonces presidente Nicolae Ceaușescu y su esposa, Elena. n. del t.]

Surge, igualmente, en un sentido general también de lo qué significa hoy la vida cotidiana, de la cuál, en mayor o menor grado, conscientes, no tenemos como desprendernos ni cuando viajamos al pasado. Y los historiadores viven no obstante en el presente. Ahora bien, lo que caracteriza hoy a las relaciones interhumanas, es la relativa decadencia de la comunicación escrita y el progreso constante registrado por la comunicación oral y por la comunicación mediante imágenes. Nuestros bisabuelos, cuando tenían que transmitir algo, se ponían frente al papel y escribían; ahora, en una situación similar, ponemos la mano sobre el teléfono (al tiempo que los mensajes transmitidos por vía electrónica, no tienen ni de lejos la amplitud de la correspondencia tradicional). Estamos cada vez más persistentemente educados en el espíritu de la oralidad. La radio es una fuente de información más ampliamente aceptada que la prensa escrita. Y la televisión se dirige a un número todavía más grande, reuniendo con eficacia incrementada las virtudes de los dos temibles adversarios de lo escrito: la palabra hablada y la imagen. De esta manera, las imágenes nos rodean, las de la cinematografía y la televisión, las de la publicidad y las de las historietas (esta última, se ha convertido en Occidente, en una literatura paralela, en la que se puede expresar todo, desde la Biblia o la historia universal, las narraciones con extraterrestres o las fantasías eróticas). Lo escrito se halla bajo asedio. No podemos ignorar el hecho de que su triunfo es relativamente reciente. En las sociedades tradicionales, la comunicación significa, en primer lugar habla e imagen. ¿Acaso el mundo postmoderno, irá a volver, seguro con otros medios, a estos canales de comunicación, poniendo fin a la dominación de algunos siglos de la palabra escrita? Queda por verse, por el momento, me limito a constatar el impacto de las evoluciones mencionadas sobre el método histórico. Si hoy los historiadores se dirigen cada vez más de manera insistente a la información oral y entienden, por otra parte, el beneficio de las virtudes, subestimadas hasta ayer, del inagotable tesoro de imágenes acumuladas a lo largo de los siglos, un motivo poderoso de estos desplazamientos metodológicos, debe buscarse en el mismo medio social y ambiente cultural. Hace un siglo, el historiador vivía en un mundo de lo escrito, y este era el instrumento con el que sondeó también el pasado. Hoy, vive en un mundo en el que lo escrito, la oralidad y la imagen se dividen el terreno de alguna forma igual; el resultado no puede ser ¡sino una triple metodología histórica!

¿Progreso metodológico? Desde luego. Pero, por sobre todas las cosas, pronta adaptación a las exigencias sociales. Ni hablar tampoco del método objetivo, sino de los métodos todo el tiempo adaptados a las configuraciones e intenciones del presente.



Y nos hemos detenido solo sobre una primera etapa, la de la identificación y el tratamiento de las fuentes en sí mismas. Vuelvo sobre las consideraciones iniciales: ¿qué sucede en una fase posterior con estas fuentes y con la información incluida en ellas? La metodología dice cómo debe tratarse un documento, pero dice muy poco sobre cómo se pueden relacionar dos documentos y no más tiene, de hecho, nada que decir entonces cuando el historiador se confronta con miles de documentos. Del discurso sobre el método a la práctica historiográfica, hay una gran distancia (constatación válida para cualquier ciencia, pero ilustrada en la historia por su extraordinaria aptitud de ir en cualquier sentido en nombre del mismo método). “Son necesarios años de análisis para un día de síntesis.”, decía Fustel de Coulanges. Este fue el primero en infringir el precepto (aunque no quiso nunca reconocerlo). La seductora obra *La ciudad antigua: estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma*, la más renombrada de sus obras, es una síntesis que no se apoya en el análisis. Ninguna síntesis se fundamenta solo sobre el análisis; ¡se apoya en particular sobre la imaginación! Con esta afirmación, no deseo desvalorizar el enfoque historiográfico, sino, todo lo contrario, poner en evidencia la dimensión creadora.

## Entre el Mediterráneo y Felipe II: el enrevesado problema de la causalidad

Después del tratamiento científico de las fuentes, la identificación no menos científica de las causas, es el segundo gran argumento que apoya la vocación científica de la historia. ¿En verdad, sin causas qué quedaría de la historia? La relación causal, antes que la documentación sobre cada uno de los hechos, nos conduce hacia la finalidad de la historia: ofrecer un esquema inteligible de lo que ha pasado hasta hoy. Hace más de dos milenios atrás, Polibio afirmó sin rodeos este principio, ¿y se podría decir mucho más? “Si se eliminan de la historia –escribía él– las causas, los medios y los fines que han determinado los acontecimientos, así como el resultado, feliz o no, lo que queda de ella es un espectáculo declamatorio.” O, en la formulación del mismo autor: “Aquel que deje en silencio la causa, roba precisamente lo que es característico de la historia.”

De esta manera, ningún historiador no tiene como evitar el principio causal. Hay historiadores muy preocupados por las causas, otros menos, otros para nada. Pero incluso el más simplista encadenamiento de acontecimientos, presupone una “relación” e implícitamente una relación de causa efecto. Quiéranlo o no, los historiadores no tienen como renunciar a las causas.



Algunas veces, la ambición por descifrar el sentido profundo (y, entre más profundo, más escondido) de los acontecimientos y las evoluciones se eleva a cotas muy altas. Una verdadera historia científica entiende ir hasta el final en la tentativa de desciframiento de los mecanismos esenciales, ir incluso eventualmente más lejos, penetrar más profundo que cualquier otra ciencia. Para A.D. Xenopol, por ejemplo —el más destacado teórico rumano de la historia—, la nota de superioridad de la investigación histórica frente a los otros abordajes científicos, constaría precisamente en la capacidad del historiador de decir mucho más sobre las causas. En las “otras” ciencias, se llega rápido a la causa final o a lo que, por falta de nuestra penetración, parece ser la causa última. En la historia, por el contrario, cuanto más excaves, más encuentras, entiendes mucho más. Pero escuchemos al mismo Xenopol:

“Preguntémosnos por ejemplo cuál es la causa del rocío? Se irá a responder: el enfriamiento de los cuerpos expuestos al exterior en las noches despejadas. ¿Cuál es la causa de este enfriamiento? La radiaciones hacia los espacios celestes. ¿Y cuál es la causa de estas radiaciones? La respuesta última y sobre la cual no se puede pasar: la tendencia de las temperaturas a equilibrarse. Igualmente, encontramos pronto la causa final, el sentimiento de conservación, si buscamos la causa final de la ley de la oferta y la demanda. Veamos cómo están las cosas en la historia. Si nos preguntamos: ¿Cómo es que su majestad Carlos I, el de la brillante familia de los Hohenzoller, se encuentra hoy en el trono de Rumania? Si dejamos de lado los acontecimientos menudos y tomamos en cuenta solamente los grandes, vamos a tener como primera respuesta que los Divanes ad-hoc pedían la institución de una Dinastía hereditaria en el seno de una gran casa europea. ¿Por qué dijeron los Divanes ad hoc tal deseo? Para terminar con la inestabilidad de la ocupación del trono. ¿De dónde proviene esta inestabilidad? Del sistema vicioso de herencia del diván en tiempos más antiguos, el electivo-hereditario. ¿Cómo se introduce este sistema, factor de fracaso del país, en los estados rumanos? De Hungría, de donde se deshicieron estos estados. ¿Cómo hacer para que los estados rumanos se deshagan de Hungría? Porque los húngaros se apoderaron de las antiguas colonias romanas. ¿Qué son estos colonos? Son aquellos traídos por Trajano a Dacia. Aquí, se plantea de nuevo un encadenamiento de preguntas [¡para alivio nuestro, el historiador no las plantea más!-*n.n.*], relativas a la conquista romana, a la extensión de este imperio, a su historia hasta sus inicios, de donde pasamos a las migraciones de los Arios, a la monogénesis o a la poligénesis de la especie humana —el origen del hombre—, esto es al origen de la vida sobre la tierra. Cualquier hecho histórico sube, de causa en causa, hasta el infinito, y la causa final, al ser relegada al infinito del tiempo, puede ser dejada de un lado, y la explicación causal de los fenómenos históricos puede ser apreciada como plena y definitiva.”<sup>23</sup>

23 Alexandru D. Xenopol, *Expunere pe scurt a principiilor fundamentale ale istoriei*, București, 1899, p. 11.



La “plena y definitiva” explicación: he aquí la manifestación de una robusta creencia en las virtudes científicas del oficio. Destaquemos por el momento, de manera provisional las ilustraciones de estas virtudes, la interpretación de la instauración de Carlos I, en función del piso histórico donde nos situamos, ya sea por el ímpetu de los húngaros en Europa, ya sea por las guerras dacias de Trajano, sea, quién sabe por qué, por algún oscuro conflicto hace mucho tiempo olvidado entre dos tribus prehistóricas. Cómo sea, el encadenamiento causal es completo y perfecto, sus eslabones se mantienen firmes de principio a fin, solo queda que los historiadores los identifiquen.

Un sistema de leyes resolvería el problema, incluso mucho mejor que las “series” de Xenopol, formadas quizás por muchísimas cadenas enlazadas por el hilo de la historia. Las leyes son más simples y sus acciones son más directas. Esto es lo que explica, cómo hemos visto, el éxito “legislativo” marxista de la historia. Henry Thomas Buckle, contemporáneo de Marx, constata el retardo —según él, injustificado— de la historia con relación al rigor interpretativo. ¡La historia tenía necesidad de un Newton!

De alguien que decida, finalmente, de manera autoritaria y definitiva, por qué las cosas suceden de esta manera, y no de otra. Al intentar contribuir a la fundamentación de semejante historia “newtoniana”, Buckle formuló algunas sugerencias interesantes sobre el problema de la causalidad. Preguntas difíciles, respuestas inesperadas. ¿Por qué son pobres los irlandeses? Evidente, porque se alimentan de patatas. La argumentación: la patata es la planta con más alto rendimiento; puede, de esta manera, alimentar a muchos más hombres que cualquier otra; lo que explica la galopante demografía de los irlandeses, al ser muchos más, ellos son más pobres, a cada uno le corresponde una parte más pequeña de los recursos globales.

¡He aquí hasta donde pueden llegar los rendimientos de la causalidad! En verdad, sin la profundización de este mecanismo, quién pensaría en la responsabilidad de los invasores húngaros en la investidura de Carlos I, o en la responsabilidad, no menos menor, de las patatas en la pobreza de Irlanda!

Debe precisarse, sin embargo para actualizar las cosas, que las interpretaciones recientes han ganado más flexibilidad. El principio de las causas únicas ya no es más bienvenido, con su unívoca relación de una determinada causa con un determinado efecto. Los historiadores saben tomar en consideración una red más densa de determinaciones, de condicionamientos recíprocos, de inferencias. El juego ha devenido más complejo y más sutil, y también más complicado. Una jerarquía sin



embargo debe existir, y cualquier historiador, inevitablemente, la pone en evidencia, de lo contrario, la discusión se cerraría antes de comenzar. Podemos aceptar en principio la “sobre determinación”, incluso del más insignificante hecho histórico, en el sentido de la acción conjugada de un sinnúmero de factores, en la práctica historiográfica no obstante tenemos la necesidad de elegir entre estos y proponer una determinada jerarquización. Pascal decía que, si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, la historia hubiese tomado otro curso. ¿Cuál historiador asumiría hoy semejante afirmación?

Nos hemos acostumbrado a pensar estructuralmente. Para la “nueva historia”, la causalidad está en las estructuras. No Felipe II, sino el Mediterráneo (o, en cualquier caso, mucho menos Felipe II que el Mediterráneo, lo que significa un complejo de estructuras geográficas, demográficas, económicas, políticas, mentales...). Por supuesto, también estas estructuras “objetivas” están por ser jerarquizadas y relacionadas entre sí a través de relaciones causales. ¿Entonces qué hacemos con las manifestaciones de “voluntad”, con la acción voluntaria, a menudo imprevisibles, de las personalidades, de los grupos sociales, de los factores de poder?

Pierre Renouvin, historiador de las relaciones internacionales, ha intentado (respecto a su campo, pero en un sentido susceptible de generalización) una solución de compromiso entre las fuerzas impersonales de la historia y la acción menos previsible de los hombres: “Las condiciones geográficas, los movimientos demográficos, los intereses económicos y financieros, las características de la mentalidad colectiva, las grandes corrientes sentimentales –escribía él– muestran que fuerzas profundas formaron el marco de las relaciones entre los grupos humanos y, en buena medida, han determinado su carácter. El hombre de Estado, en sus decisiones y proyectos, no puede descuidarlas, él sufre su influencia y está obligado a constatar los límites que le imponen sus acciones. No obstante, cuando posee los talentos intelectuales, la firmeza de carácter, ya sea un temperamento que lo determina a superar estos límites, el hombre de estado, puede intentar modificar el juego de las respectivas fuerzas, utilizarlas con sus propios límites. Le es posible, mediante la política económica, mejorar la puesta en valor de los recursos naturales; intentar accionar sobre las condiciones demográficas; se esfuerza recurriendo a la prensa y a la escuela orientar las tendencias de la mentalidad colectiva; no duda, en ocasiones, tomar la iniciativa para provocar en la opinión pública un impulso de pasión. Estudiar las relaciones internacionales sin tener en cuenta las concepciones personales, los métodos, las reacciones sentimentales del hombre de estado, significa descuidar un factor a menudo esencial.”<sup>24</sup>

---

24 Pierre Renouvin y Jean-Baptiste Duroselle, *Introduction à l'histoire des relations internationales*, Armand



Una perspectiva aparentemente equilibrada, síntesis de las interpretaciones tradicionales estructuralistas recientes, basada sobre el factor político y la acción de las personalidades. No el Mediterráneo en contra de Felipe II, tampoco Felipe II solo con la ignorancia del Mediterráneo, sino el ¡Mediterráneo y Felipe II juntos!

Podemos, seguro, optar por una u otra variante. Lo que queremos sería, sin embargo, en todos los casos, un grado lo más alto de precisión. ¿Qué significa que algunas determinaciones son más importantes o que todas son de alguna manera iguales? ¿Podemos anticipar porcentajes? ¿99% del Mediterráneo y 1% de Felipe II, o 50%-50%? Y, en particular, ¿sobre qué se fundamenta semejante jerarquización? ¿Puede ser probada? O ¿es apenas una afirmación que se nos pide creamos sin preguntar?

Veamos no obstante como se llega a la definición de un principio causal. De esta manera, no queremos más tratar con la “nariz de Cleopatra” ¡Muy bien! En este caso, ampliamos la dosis. Si Napoleón, en lugar de perder, hubiera ganado en Waterloo, que hubiera pasado? Estaríamos inclinados a responder que no hubiera pasado nada en desacuerdo con la marcha “objetiva” de la historia: el emperador hubiera perdido la siguiente batalla y al final, la historia del siglo XIX no sería otra por la simple ganancia de la batalla de Waterloo. También nuestra inclinación de pensar inmediatamente de modo estructural antes que evenemencial nos incita a semejante respuesta.

No pasa nada, aumentemos nuevamente la dosis, podemos aumentarla no importa cuantas veces. ¿Qué hubiera pasado entonces si Napoleón no hubiera existido? Las cosas empiezan a complicarse. Vamos nuevamente afirmar, pero con menor convicción: la historia se hubiera desarrollado casi igual, quizás no en los detalles, pero en esencia otros hubieran conducido la misma campaña de conquista de la Revolución, otro hubiera jugado de una u otra manera, el papel de Napoleón... ¿Pero estamos seguros? O lo decimos porque ¿así nos parece más inteligente? ¿No habría sido más prudente y más honesto confesar que no tenemos ninguna idea de cómo hubiera visto la historia de Francia y de Europa entre 1796 y 1815 sin Napoleón? ¿Se arriesgaría un historiador a esbozar esta historia virtual, no basta decidir que los acontecimientos hubieran sucedido de manera algo parecida?

---

Colin, Paris, 1964, p. 2. Ver el comentario entusiasta de Hervé Coutau-Bégarie, en op.cit. , pp. 220-221, sobre semejante método que considera completo, claramente superior a las interpretaciones unilaterales de Fernand Braudel.



A los historiadores no les agrada este tipo de discusiones. Se pronuncian casi unánimemente, en contra de lo que llamamos “historia contra factual”. La historia tuvo lugar de una sola manera, el papel del historiador es el de desentrañar como sucedieron de verdad y no tiene sentido imaginar escenarios alternativos. ¡Pero entonces no tiene sentido discutir más sobre las causas! Indiferente si los historiadores son conscientes o no del sentido de propio de su enfoque, no es muy difícil observar que, entonces cuando abordan el problema de la causalidad, ellos navegan plenamente en las aguas de la historia contra factual (por lo menos de manera implícita). Si la Revolución Francesa es considerada causa (con o sin Napoleón) de las guerras napoleónicas, esto significa que nos imaginamos implícitamente una alternativa: una historia en la que no sucedió la Revolución francesa y, en consecuencia, tampoco existieron las campañas llevadas a cabo por Napoleón. Los irlandeses son pobres porque se alimentan de patatas. Significa que en una Irlanda donde no se cultivaran patatas los hombres serían ricos. Como la historia sin la Revolución francesa e Irlanda sin patatas no existe, nuestras conclusiones solo son respaldadas por la ficción de unas historias paralelas en las que, procediendo a la modificación de uno u otro factor, las cosas hubieran sucedido de otra manera.

El juego completo –aparentemente absurdo (pero, una vez más, tiramos las causas por la borda)– parte de la condición de la historia como una disciplina que, a diferencia de las ciencias experimentales, se le niega el experimento. De hecho, incluso en las ciencias “duras”, en un nivel teórico e interpretativo más alto, se apuesta más bien por la especulación antes que por las demostraciones. Cuando construimos una teoría (en la vida cotidiana, como en la ciencia o en la filosofía), todo parece ir de maravilla en su estructura. ¿Pero acaso no es una parte de ilusión? De cualquier manera, el historiador se encuentra en la situación menos ventajosa a este respecto? Él no puede retomar un determinado proceso, modificando sus diversos parámetros, así como procede el químico o biólogo. Sabríamos lo que significó Napoleón si hubiésemos sido capaces de rehacer –no solo en la imaginación, sino también en los hechos –la historia sin Napoleón. La distancia entre las dos historias nos daría la medida del personaje, su ponderación efectiva en el desarrollo de los acontecimientos.

Y si, sin embargo, si nos atrevemos a experimentar en la mente lo que de hecho no podemos realizar y planear, con alguna apariencia de verdad, una historia que no fue, pero que pudo ser, llegamos a lo que se llama *ucronía*, una historia virtual, que se encuentra por fuera del tiempo real (por analogía con la *utopía*, situada fuera del espacio real). Al igual que el historiador, el “ucronista” sopesa el significado de uno o varios agentes causales; a diferencia del historiador, no se contenta solo con



afirmar, sino que se propone verificar las consecuencias de sus hipótesis. Pese a las apariencias, no procede de manera menos científica que el historiador, quizás, por el contrario, incapaz de realizar un verdadero experimento, intenta por lo menos presuponer que arrojaría este tipo de experimento si él fuese realizable.

Voy a relatar de manera brevemente tres ucronías<sup>25</sup>. La primera se deriva de la historia verdadera en el año 1812. Napoleón ya no se retira de Rusia en las condiciones conocidas, sino que, abandona Moscú en llamas, parte hacia San Petersburgo, y la conquista. El desastre de la campaña de Rusia fue la causa de su caída. El éxito de esa misma campaña abre, por el contrario, otra historia, relatada por Louis-Napoléon Geoffroy-Chateau, en un libro publicado en 1836 con el título de *Napoléon ou la conquête du monde. 1812 à 1832* (nueva edición en 1841, con el título modificado: *Napoléon apocryphe. Histoire de la conquête du monde et de la monarchie universelle*). Hasta 1817, el gran corso había conquistado toda Europa, pero en los siguientes diez años el resto del mundo; el 4 de julio de 1827, se decreta la monarquía universal.

Otra historia que no tuvo lugar, pero que podría haber ocurrido se titula *Uchronie* y es, por su título, el acta de bautizo de género. En este libro publicado en 1876, el filósofo francés Charles Renouvier se deleitó (sin embargo, para deleite del lector, abrumado por cientos de páginas de una superba aridez) imaginando que hubiese sucedido si la política de los emperadores romanos frente al cristianismo, hacia finales del siglo II, hubiese sido otra distinta a la que fue. La evolución inesperada: expulsado de Occidente, el cristianismo se consolida en Oriente, pero Europa occidental permanece pagana a lo largo de toda la Edad Media. Una ligero desplazamiento de la estrategia religiosa pudo conducir de esta manera a una historia divergente.

Roger Caillois (en *Ponce Pilate*, 1961) ataca un nudo causal y aún más significativo. El cristianismo tiene su origen en el sacrificio sobre la cruz del Salvador, seguido del milagro de la Resurrección. ¿sin embargo, qué hubiera pasado si Poncio Pilato, que parece que dudo largamente hasta tomar una decisión, hubiera liberado a Jesús en lugar de ceder a las presiones de sus enemigos? ¿Hubiese triunfado la religión cristiana, o, por el contrario, como sugiere el ensayista francés, Jesús hubiese sido un simple profeta, y el mundo no habría tenido como ser castigado por su mensaje? El destino de la humanidad dependió en un momento dado de los sobresaltos de conciencia de un funcionario romano.

25 Con respecto a las historias virtuales, me he inspirado en el ensayo de Emmanuel Carrère, *Le Déroit de Behring. Introduction à l'uchronie*, P.O.L., Paris, 1986.

No es el caso dejarnos convencer, pero tampoco podemos demostrar la ausencia de consistencia de los escenarios alternativos, así como tampoco sus autores tienen como demostrar la validez. De nuevo nos chocamos con la falta del experimento auténtico. ¿Acaso una ucronía, incluso verdaderamente experimental no es posible?

Existen sin embargo tentativas de experimento “real”, un tipo de historia contrafactual practicada no de ucronistas estimulados exclusivamente por la fantasía, sino de historiadores profesionales, aún más rigurosos que los profesionales comunes, puesto que consienten trabajar con cifras y formulas. Es la corriente conocida en la historiografía americana bajo la denominación de “New Economic History”. Los datos esenciales de una estructura histórica, preferiblemente de orden económico, pueden ser cuantificados, ordenados en el sentido de una teoría coherente, introducida en el computador...y de esta manera llegamos al experimento. La modificación de los parámetros es de naturaleza tal que demuestra en esta ocasión con precisión matemática, la ponderación y la funcionalidad de cada uno en la estructura global sometida al análisis.

Robert W. Fogel inauguró el método a través de un estudio sensacional sobre el papel que jugaron los ferrocarriles en la economía de los Estados Unidos hacia finales del siglo XIX (*Railroads and American Economic Growth*, 1964). El construyó un modelo matemático de la economía americana, en el que faltaba un solo elemento, en particular aquel cuya ponderación faltaba ser calculada: los ferrocarriles. Aquí está, por fin, el experimento tan esperado; ¡un siglo el XIX americano sin ferrocarriles! Y la conclusión estuvo a la altura de la ingeniosidad del proyecto. Según las interpretaciones tradicionales que nadie pensó poner en duda, el impacto masivo de los ferrocarriles en la economía de la época respectiva parecía inobjetable. Sin embargo, el resultado del experimento de Fogel refuta la teoría, el cálculo demuestra que no más del 5% del crecimiento de la economía americana se debe a este factor considerado “decisivo”. Un golpe no esperado cambia la manera acostumbrada de identificación de las causas, por puro ejercicio mental. ¿Y si las determinaciones causales que invocamos con tanta facilidad no son necesariamente verdaderas, por lógicas que ellas parezcan?

Tampoco las impugnaciones no esperaron. Se llamó la atención sobre la necesaria comprensión de la sociedad como sistema, en el interior de la cual la modificación o anulación de un factor no puede dejar a los otros inalterados. Los Estados Unidos sin ferrocarriles, se verían en conjunto sensiblemente diferentes. Además, las informaciones que se prestan para cuantificación son, en general, limitadas e incompletas (por lo menos, hasta un periodo reciente) y de esta manera se cae



fácilmente en una elaboración abreviada y “orientada” de series estadísticas. Pero, sobre todo, debe decirse que, por fuerte que aparezca en una primera mirada, el experimento no es precisamente un experimento, sino, de hecho, un simulacro de experimento. No es la sociedad americana la que entra en el computador, ni siquiera un segmento de ella, sino un modelo formado por el historiador, una imagen, que, por rigurosa-matemática, continúa siendo una imagen, en otras palabras, subjetiva.

Una ilusión está en proceso de deshacerse. La fijación de las historias en series estadísticas y modelos matemáticos suscitó en un momento dado grandes esperanzas, parecía que se acerca, por fin, a la condición de una verdadera ciencia. “El historiador de mañana va ser un programador o no va a ser más”, decreta sin apelación no fueron menos nazistas que los nazistas alemanes). - En lo que respecta a Austrcista por definiciones han evolucionado. En Le Roy Ladurie en una advertencia fechada en 1968. La cuantificación significa no solo precisión, sino también una drástica simplificación y homogenización de unas estructuras y evoluciones infinitamente diversas y complejas. ¿Cuánto de historia verdadera puede quedar en una fórmula? Admitamos, en beneficio de la demostración, que, en la medida de su “matematización”, la historia se volvería más segura en sus enfoques y sus conclusiones. ¿Pero cuál historia? Vamos a saber a la final con máxima precisión, cómo están las cosas en un modelo histórico que está lejos de ser fiel réplica de la historia verdadera.

También hasta la “contabilidad nacional” corriente presenta mucha inseguridad. Sería ingenuo imaginarnos que las cifras del “producto interno bruto” (la suma de una interminable variedad de bienes y servicios) traducida en dólares (según una tasa de cambio fluctuante), significaría algo diferente a una amplia aproximación. De esta manera, para una adaptación más adecuada a las condiciones de cada economía, recurre desde hace un tiempo a un cálculo paralelo, que tiene en cuenta el poder de compra, muy diferente de un país a otro. Las dos series estadísticas no se parecen mucho una a la otra. Cuenta más nos alejamos del presente, la inseguridad crece y las deformaciones se amplían. Antes del siglo XIX, las fuentes que no estaban disponibles, eran fragmentarias y generalmente no concebidas en un espíritu estadístico. Si deseamos cifras, como dice Braudel, debemos inventarlas. Las retrospectivas econométricas son numerosas, pero también contradictorias.<sup>26</sup> Buscando una ilusoria precisión estadística, no hacemos sino desplazarnos de la imprecisión de las palabras a la imprecisión de las cifras.

26 En este campo, las investigaciones de Angus Maddison gozan de una cierta autoridad: el más reciente de sus trabajos es: *The World Economy. Historical Statistics*, también en edición francesa: *L'Économie mondiale: statistiques historiques*, OCDE, 2003.



Si bien sobre algunos problemas bien definidos se podría trabajar de manera adecuada con rigor matemático, la pregunta es qué pasa cuando pasamos a un problema más amplio, a las conexiones complejas, a las preguntas globales. Lo dijo también Robert Fogel, en un artículo sobre los “límites del método cuantitativo”. ¿Van a hacer los métodos cuantitativos a la historia en verdad científica? , se pregunta el promotor de la “nueva historia económica”. Para replicar, con una inesperada sinceridad cautivadora: “La respuesta a esta pregunta, según mi opinión, es un inequívoco «no»”<sup>27</sup>, incluso si se presta a una “matematización” en porciones limitadas, la historia continua siendo en su conjunto una disciplina humanística, en otras palabras, un campo en el que cada quién juzga así como es capaz de juzgar.

De todo este juego, las causas salen muy maltratadas. Por otra parte, la “New Economic History” llamó la atención sobre la superficialidad de las interpretaciones corrientes y su falta de fundamento científico. Por otra parte, también sus críticos han planteado objeciones pertinentes respecto a las nuevas soluciones propuestas. ¿Y entonces, cómo están las cosas? ¿A favor o en contra de los ferrocarriles? Efectivamente, el voto continúa siendo libre. La única conclusión es que hasta las más enraizadas interpretaciones, consideradas axiomas, pueden ser cuestionadas con argumentos fundados. No existen relaciones causales intangibles, no existen jerarquías que no puedan ser derribadas.

Los historiadores tienen todos los motivos para estar desconcertados. Ellos saben cada vez más sobre *qué* ha sucedido pero casi nada *por qué* sucedió (o, si saben mucho más, es porque están frente a muchos más escenarios divergentes).

Un buen conocedor de la historiografía contemporánea, Lawrence Stone, no duda en afirmar su escepticismo: “En su mayor parte, los problemas mayores de la historia son igual de insolubles que antes, incluso aún mucho más. Estamos igual de distantes que antes de ponernos de acuerdo sobre las causas de las revoluciones inglesa, francesa y americana, pese a los esfuerzos enormes que se han hecho para aclarar sus orígenes económicos y sociales. [...] No sabemos si la sociedad inglesa era más abierta y móvil que la sociedad francesa en los siglos XVII y XVIII, ni tampoco, si la pequeña nobleza y aristocracia estaban en ascenso o en decadencia en la Inglaterra de antes de la guerra civil.” En el mismo espíritu, se plantean preguntas, sin solución o con muchas soluciones, respecto al origen del “despegue” de las sociedades occidentales en los siglos XI -XIII: “¿el auge demográfico es el que dio lugar al progreso de la agricultura, o a la inversa? Debemos acaso apelar a

---

27 Robert William Fogel, “The Limits of Quantitative Methods en History”, en *The American Historical Review*, abril 1975, p. 341.



otras causas. “A fin de cuentas, se deriva la conclusión que ¡“el problema del auge demográfico de los siglos XI-XII sigue sin respuesta”!<sup>28</sup>

¡Esta es la historia! Si queremos, podemos pedirle mucho más, como sea ella no nos va dar. La debilidad no está en la incapacidad de formular interpretaciones, por el contrario, en su abundancia, en la falta de cualquier criterio objetivo de jerarquización, y sobre todo, en la imposibilidad de verificación de los supuestos. Si lo que caracteriza la ciencia es la validación o –en sentido popperiano– la refutación de las hipótesis mediante observaciones y experimentos, entonces la historia con dificultad puede aspirar a un status científico. Su ambición de llegar a ser una ciencia de la causalidad se demuestra ilusoria. A la final, nada es más aleatorio en la historia que lo que parecía ser su superioridad innegable, su marca científica: la identificación de las causas. Interminable discusión sobre las causas, con seguridad, ciencia de las causalidades, de ninguna manera.

## Juegos de guerra

Sometida a las oscilaciones ideológicas y abiertas las más diversas interpretaciones, la historia no tiene como evitar las trampas de la política diaria. De todos modos, tampoco hace esfuerzo por evitarlas. Como argumento de legitimación, no puede ser ignorada por el establecimiento político (y tampoco por los rivales de este). Se apela a su veredicto tanto en los problemas internos de una comunidad, como en las relaciones internacionales. La historia es un instrumento de poder y un instrumento de lucha por el Poder.

La manipulación a través de la historia define un procedimiento corriente y universal de influencia política, nada desgastado, pese a su prolongado uso, precisamente a causa de la impresión desconcertante que deja como si se hablará sobre otra cosa (sobre el pasado, no sobre el presente, sobre algo que fue en verdad, y no sobre intereses actuales).

Podemos elegir cualquier ejemplo, desde los albores de la historia hasta hoy. Se puede manipular también mediante la prehistoria. Los arios evocados por Hitler son un testimonio elocuente. ¡Nos hemos dado cuenta de esta manera que, en

---

28 Punto de vista tomado de la obra citada de Hervé Coutau-Bégarie, *Le Phénomène „Nouvelle Histoire“*, pp. 119–120. En lo que tiene que ver con el “auge” de la sociedad occidental, remito a mi libro *L'Occident. Une interprétation historique*, Les Belles Lettres, Paris, 2007. (Traducción rumana: *Occidentul. O interpretare istorică*, București Humanitas, 2007).



general, las construcciones políticas-nacionales modernas tienden a legitimarse en la prehistoria!

Me voy a detener, sin embargo, sobre un segmento de historia reciente, muy cargado de consecuencias y con impacto casi universal: el gran acontecimiento fundador del mundo moderno de hoy, la *Segunda Guerra Mundial*. Por lo menos tres tipos de legitimación se encuentran en este forcejeo simbólico y en su elocuente desenlace, una dosis significativa de justificación, consecuencia de las decisiones inapelables de la historia. Primero, la democracia de factura occidental, que salió del crucial acontecimiento poderosa y consolidada y mucho más segura sobre sus valores, en contraste con la caída en el imaginario político de los valores y las soluciones de extrema derecha. Luego, la ideología comunista, poderosa y valorizada por la resistencia y la victoria frente al fascismo. Y, finalmente, el caso específico, y no menos característico de los judíos en general y el Estado de Israel en particular, al que el genocidio nazista y, en una determinada medida, la culpa de los “otros” (cómplices o indiferentes) le confiere una autoridad moral y una posición aparte en el mundo de hoy.

Como cualquier acto considerado fundador —y mucho más uno tan cercano en el tiempo—, la Segunda Guerra Mundial se beneficia de una presencia permanente en la actualidad. Se podría decir que es incluso mucho más actual que los hechos que se suceden hoy en día. Ningún tema no se ha materializado en tantos libros, así como en una abundante producción cinematográfica. Los límites de la discusión son atentamente delimitados. Porque cualquier cosa que se diga sobre la Segunda Guerra Mundial (¡inclusive lo que voy a decir ahora!) toca sensibilidades y genera reacciones. Pero, incluso en los límites comúnmente aceptados en el medio democrático — y que implica, por supuesto, la condena del nazismo, del genocidio, de los crímenes de guerra y de los crímenes contra la humanidad—, interpretaciones, si bien no divergentes, en cualquier caso, sensiblemente matizadas, conducen hacia intereses específicos de orden político y nacional.<sup>29</sup>

Los factores políticos responsables de la Alemania posbélica han denunciado de manera constante y sin equívocos el nazismo y sus horrores; mucho más inclusive, cualquier desviación de esta perspectiva, frente a la interpretación oficial, es

---

29 Las consideraciones que siguen se basan en una determinada manera en el volumen *Les Échos de la mémoire. Tabous et enseignement de la Seconde Guerre mondiale* (actas de un coloquio internacional desarrollado en la Sorbona en los días 15-16 de junio de 1990) texto editado y presentado por Georges Kantin y Gilles Manceron, Le Monde Éditions, Paris, 1991. Sobre la memoria de la guerra, ver también *Mythen der Nationen*, 2 vol., Deutsches Historisches Museum, Berlín, 2004.



severamente sancionada. Parecería que no existe mucha libertad de maniobra. Sin embargo, ella existe. La pregunta principal se refiere al grado de culpa y a la “difusión de este”. ¿Cuán culpables son los alemanes mismos y cuán culpable es Alemania? La generación que vivió el nazismo prefirió ocultar los recuerdos desagradables, a lo que se agrega también el hecho que en los años 50 la lucha ideológica con el comunismo (incluyendo la confrontación con Alemania Oriental), parecía más urgente que el combate retrospectivo del nazismo; en cambio, en los años 60, la joven generación se levantó con acento acusador en contra de la generación de sus padres. Pero, entre tanto, Alemania se convirtió en verdad en un gran estado democrático y en un gran poder del mundo de hoy. ¿Se puede alimentar semejante posición política solamente desde un sentimiento de culpabilidad? No es de sorprender que los énfasis tienden a desplazarse, prudentemente, pero sin embargo significativamente. Hay historiadores que ponen en cuestión las preguntas que hasta ayer eran generalmente admitidas y cierta “vía particular” de la historia alemana, orientada casi fatalmente hacia la solución nazi. Estos evocan factores externos que habrían contribuido al ascenso del nazismo y, en primer lugar, el precedente bolchevique y la amenaza bolchevique. El nazismo habría sido, ante todo una “respuesta” antes que un resultado auténtico alemán.

Por otra parte, sin ignorar o minimizar los crímenes del nazismo, los mismos autores instan a una comparación con tragedias similares ocurridas en otras partes del mundo. ¿Acaso solamente los nazis procedieron así? Al mismo tiempo, los historiadores, y en particular en los manuales escolares, orientan su atención, más insistentemente que en otras historiografías, hacia el impacto de la guerra sobre la población civil. Se sabe que los sacrificios “civiles” en Alemania —por causa, en primer lugar, de los bombardeos— fueron más numerosos que en cualquier parte. Con excepción de la Unión Soviética. Desde este punto de vista, ¡Alemania puede parecer como víctima! De cualquier forma, se práctica una disociación entre las innegables responsabilidades políticas y los sufrimientos soportados por los alemanes del común. La publicación en el 2002, del trabajo de Jörg Friedrich, *Der Brand. Deutschland im Bombenkrieg 1940–1945* (El incendio. Alemania bajo las bombas. 1940–1945), cubrió una laguna histórica, que muchos alemanes sentían como injusta. Se agrega la reciente valoración de la “resistencia alemana”, mucho tiempo considerada modesta y marginal, a diferencia de la resistencia de los pueblos sometidos por los nazistas, y especialmente la tan mediatizada Resistencia francesa. Alemania era casi en bloque culpable, pero Francia casi en bloque resistencia. Entre tanto, las interpretaciones han evolucionado. En 1990, el marco del debate respecto al conflicto mundial, un participante alemán afirmó con toda naturalidad: “No sé si hubo muchos más resistentes alemanes que resistentes franceses, porque



esta denominación que depende de manera considerable de las definiciones y que, además, varía considerablemente según las circunstancias políticas y militares”; sigue la propuesta de tratamiento conjunta, comparativa, de la resistencia alemana y la francesa. Aquí, incluso sin violar los tabú, se vislumbra también una historia de la Segunda Guerra Mundial mucho menos “culpable” para Alemania y más adecuada con la posición actual de este país en el mundo.

Es interesante, en el sentido de la manipulación histórico-política, el modo cómo la República Democrática Alemana, de una parte, y Austria, de otra, consideraron dejar a la Alemania Federal arreglarse sola con el pasado nazista y con su respectiva responsabilidad. La llamada Alemania Democrática, no aceptó tener nada que hacer con el nazismo; estado comunista, con otras palabras antifascista por definición, consideró extraer su legitimidad exclusivamente de la lucha revolucionaria del proletariado alemán; ¡por el nazismo, debían pagar, moral y materialmente los capitalistas de Occidente! En lo que respecta a Austria, la posición oficial en que se situó mucho tiempo fue la de primera víctima del nazismo, de país ocupado (con la elusión del hecho que el fenómeno nazista austriaco se manifestó con virulencia anticipando y preparando el *Anschluss*, pero los nazistas de origen austriaco —¡entre los cuales Hitler! —no fueron menos nazistas que los nazistas alemanes).

En Francia, la primera versión fue predominantemente heroica. El régimen de Vichy parecía poco característico del espíritu francés, un cuerpo extraño en la historia de Francia, o, desde otra perspectiva, una solución pasajera de acomodamiento, útil para salvar lo que se podía salvar. La Francia verdadera se reconoce en la Resistencia francesa, única portadora de la legitimidad. De una u otra manera, la gran mayoría de los franceses habrían sido “resistentes”. La resistencia fue el mito fundador de la IV República y luego de la V, por lo menos mientras estuvo al mando el general de Gaulle. Era necesario con seguridad un gran mito unificador para reconciliar a los franceses en el espíritu de una historia común y para compensar —mediante una epopeya a la medida de una historia multiseccular— la larga y deprimente cadena de fracasos: la catástrofe de 1940, la ocupación alemana, la pérdida del rango mundial, la descolonización defectuosa, con las frustrantes guerras de Indochina y Argelia... La unidad y la gloria de Francia, sobre todas las cosas. La única gran discordancia tenía que ver con las diferencias entre la memoria gaullista y la memoria comunista de la resistencia.

Este mito se grabó profundamente en la mente de los individuos. Los franceses llegaron a creer que son, a su manera, más inclinados hacia la resistencia que los otros. He sido preguntado, no una sola vez, con respecto al desastre comunista de



Rumania: “¿Cómo fue posible?” Replique en cada ocasión: ¿en la Francia de Vichy cómo fue posible? ¿Y qué habría sucedido si en el régimen de Vichy la ocupación alemana no hubiera durado cuatro años, sino medio siglo?

Probablemente que son muchos más los franceses que proclamaron a Pétain que los que lucharon en el *maquis*. Y todavía muchos más los que intentaron pura y simplemente sobrevivir practicando un compromiso cotidiano con la historia que los superaba. El mito no podía resistir para siempre en todo su esplendor, unas miradas más cuidadosas y menos dispuestas a la complacencia ideológica. El régimen de Vichy fue puesto bajo el reflector para constatarse que no apareció solo como una expresión de un sometimiento — sea necesario, sea condenable— a las exigencias del enemigo, sino, en menor medida, como materialización de unas orientaciones ideológicas, mentalidades y actitudes como se pueda tan francesas. Muchas personas colaboraron, no necesariamente porque no tuvieran otro camino, sino porque compartían un credo político parecido con el del ocupante (antidemocrático, anticomunista, antisemita...). Existió una Francia “colaboracionista” así como existió una Francia de la “resistencia” prolongándose en los años de la guerra la vieja división y el antiguo conflicto entre las “dos Francias”. Fue, de hecho, en la Europa ocupada por los alemanes, la única “colaboración” con semejantes proporciones, implicando estructuras del Estado “legítimas” o “aparente legítimas”. Con su disposición para ofrecer soluciones ejemplares los franceses sobresalieron en ambos capítulos: ¡colaboracionismo y resistencia! (en general, debe decirse que las resistencias son “amplificadas”, incluso y en especial, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial).

El problema es donde se encuentra la justa medida. Y, cómo esta es difícil de apreciar, en la historia como en la política, el deslizamiento de los méritos a las responsabilidades no podía dejar de producirse. Publicado en 1973, el libro del historiador norteamericano Robert Paxton, *La France de Vichy*, marcó el inicio de este proceso, por el distanciamiento de las interpretaciones “heroizantes”. Con el paso de los años, las culpas concentraron en mayor medida la atención, con seguridad porque se hablaba menos de ellas. François Mitterrand rechazó aceptar la legitimidad del régimen de Vichy, en consecuencia, la culpa de Francia. Su sucesor, Jacques Chirac, emprendió este último paso. Las persecuciones antisemitas se encontraban entonces en el centro de los debates, y no solo las persecuciones en sí mismas, sino también la insuficiencia de las reacciones de la sociedad francesa en defensa de los judíos perseguidos. En 1997, la iglesia católica pidió de manera oficial excusas en este sentido (incluso si algunos obispos y muchos curas ayudaron efectivamente a los judíos). El proceso abierto en el otoño de ese mismo año en



contra de Maurice Papon, acusado de complicidad en la deportación de judíos de Burdeos, volvió a traer a su más imperiosa actualidad una vieja historia de cerca de cincuenta años. Se evocó en las afueras del proceso el papel que jugó en este Papon, dos décadas más tarde, como prefecto de policía de París en los tiempos de Gaulle y en la guerra de Argelia. El perseguidor de los judíos es considerado el responsable de la represión sangrienta de las manifestaciones de protesta argelina del 17 de octubre de 1961. Fueron, según algunas apreciaciones, cerca de 300 muertos: ¡que pocos conocen, hasta hoy, la reedición de la noche de la matanza de San Bartolomé! Se tiene aquí no solo una acusación de un funcionario de Vichy, sino también de un régimen, al que le sirvieron, también unas estructuras, actitudes y prácticas políticas con significados más amplios, susceptibles de afectar a Francia en general o a una determinada idea sobre Francia. ¿Están en discusión la élite política e intelectual, las instituciones del estado, las reacciones antisemitas y xenófobas...La necesaria introspección crítica, o la culpabilización global injustificada y generadora de peligrosas incertidumbres? Los recuerdos de la guerra y los juicios sobre el respectivo período continúan dividiendo a los franceses, de hecho, se ponen en evidencia viejas huellas de fractura, continuamente presentes en la sociedad francesa.

Los Estados Unidos tienen con seguridad muchos menos problemas de conciencias relacionados con esta guerra. Procedieron así como se debía proceder. Se ha desarrollado entre sus compatriotas, confiesa Robert Paxton, “un sentimiento de autosatisfacción y de gloria nacional”.<sup>30</sup> La tentación mesiánica, tan presente en la cultura americana, tiene algo que decir al respecto. Los Estados Unidos no se equivocan, y los valores promovidos por él son universales (más tarde, en la guerra de Vietnam tenía que mostrar los límites e incluso los peligros de semejante concepción; fue la guerra de un gran malentendido, teniendo en cuenta la no adhesión de los vietnamitas al modelo americano que les ofrecieron). No cabe duda que la decisión de entrar en guerra en el teatro europeo en apoyo de las democracias agobiadas por la ofensiva nazista, significó un acto histórico, al que se debe reconocer su grandeza. Más discutible fue la actitud muy complaciente frente a Stalin y los objetivos de Moscú. Y aún más cuestionable —y sin embargo insuficientemente asumido por la conciencia americana— fue el tratamiento reservado a las poblaciones civiles de los poderes enemigos. Las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki tuvieron, quizás, una justificación militar. Pero ¿las “justificaciones” militares exoneraron a otros de acusaciones de crímenes de guerra?

---

30 Robert Paxton, “Quelques zones d'ombre dans la bonne conscience des États-Unis”, en *Les Échos de la mémoire*, pp. 117–118.



De esta manera, los bombardeos “clásicos” resultaron no menos devastadores. Frente a los aproximadamente 80.000 muertos de Hiroshima y los 40.000 la Nagasaki, se registraron 83.000 víctimas luego del bombardeo de la capital japonesa el 9 y 10 de marzo de 1945, y cerca de 40.000 en Dresde, en los días 13 y 14 de febrero de 1945. Este último bombardeo, uno de los más mortíferos golpes de la Segunda Guerra Mundial, se inscribe en una larga cadena de ataques similares al de las fuerzas anglo-americanas dirigidos a desmoralizar a Alemania y a sus aliados. Fueron elegidos como objetivos, al lado de los objetivos militares y estratégicos, los centros urbanos, con otras palabras, de manera directa y deliberada la población civil (el bombardeo a Bucarest el 4 de abril de 1944 se inscribió en esta táctica). En total, el bombardeo de las ciudades se saldó con un número apreciado en alrededor de 500.000 muertos en Alemania y 900.000 en Japón.<sup>31</sup> Hoy, semejante comprensión de la guerra, es intolerable, y se ha visto con ocasión de los recientes conflictos del Golfo, Yugoslavia, Afganistán e Irán, de una parte, la preocupación por la marcación lo más segura de los objetivos estratégicos, y de otra parte, el sentimiento de indignación, respectivamente de culpa, o por lo menos de vergüenza, suscitado por las disfuncionalidades que han generado no obstante víctimas en el seno de la población civil. Como sea, moralmente ya no se concibe golpear al máximo y asesinar a individuos inocentes, incluyendo miles de niños, solamente para desmoralizar al adversario (por más que él sea culpable y por más justa que sea la causa defendida). Sobre estas responsabilidades, el debate en los Estados Unidos es limitado y reducido, en general, todo el tiempo, al problema de la legitimidad de las armas atómicas. Como se aprecia, un discurso divergente frente al énfasis puesto por los alemanes sobre las víctimas civiles y los sufrimientos soportados por la población. Mediante el discurso triunfal sobre la Segunda Guerra Mundial, se justifica la universalidad de los valores americanos y el papel mundial de América.

Japón tiene a su vez una visión particular sobre el período en discusión. Estado “agresor”, aparece al mismo tiempo también como “víctima”, como víctima extrema simbólica, por las dos ciudades mártires: Hiroshima y Nagasaki. Es al mismo tiempo la única potencia vencida que conservo elementos efectivos de continuidad entre el antiguo régimen, culpable de guerra, y el sistema democrático, construido bajo la supervisión americana, después de la derrota. La suerte del emperador Hirohito fue muy diferente a la de Hitler y Mussolini; él quedó inquebrantable en su dignidad imperial, pese a que perdió poder efectivo, pero la responsabilidad de un debate real alrededor de sus responsabilidades, creo desde el comienzo mismo un bloqueo.

31 Respecto al expediente de los bombardeos: Patrick Facon, *Le Bombardement stratégique*, Édition du Rocher, Monaco, 1995, así como Jörg Friedrich, *Der Brand: L'Incendie. L'Allemagne sous les bombes. 1940-1945*, Éditions de Fallois, Paris, 2004.



No carente de significado en el sentido en la misma continuidad, es el hecho que uno de los principales ministros del gabinete de guerra se convirtió en 1957 primer ministro. La justificación, carente de complejos, de la política japonesa hasta 1945 se hizo oír, proviniendo justo de parte de una personalidad política, incluso integrante del gobierno. Se justificó de esta manera la anexión de Corea en 1910, se negaron las masacres de China, consideradas puras ficciones... Y, sobre todas las cosas, la guerra desencadenada por Japón, fue con frecuencia presentada como una guerra de liberación en contra del imperialismo occidental, llevada en nombre y en interés de los pueblos de Asia. En el fondo, Rusia se extendió hasta el Pacífico, los ingleses y los franceses ocuparon el sud-este del continente asiático, las islas del gran océano fueron divididas entre ellos y los americanos, ¿de qué sería acusado precisamente Japón, que estaba de todas formas en su “propia casa”? este tipo de contraofensiva histórica de “exculpación” coexiste con la actitud algo más crítica frente al propio pasado, con algunos reconocimientos suyos parciales o, más reciente, incluso con la presentación de excusas oficiales por la brutalidad de las intervenciones en Corea y China. Ciertamente es que, en comparación con Alemania, situada en una posición similar, Japón cedió mucho menos y mucho más lento con respecto a la admisión de responsabilidades. Su discurso, para nada humilde, sobre el papel que tuvo en la guerra deja entrever, pese a la derrota y a las efectivas reorientaciones políticas, la conciencia de la posición importante que Japón ocupa en el Extremo oriente del mundo. Es la imagen sobre sí misma, de una nación convencida que tiene un llamado histórico más alto que el de auxiliar lejano de las democracias occidentales.

En lo que respecta a Rumania, el aspecto particular lo representa la participación en dos guerras sucesivas y contradictorias en el marco del mismo conflicto: primero al lado de Alemania en contra de la Unión Soviética, luego al lado de la Unión Soviética (y de otros de sus aliados) en contra de Alemania. La primera fase fue inicialmente condenada vehementemente por los responsables políticos y por los historiadores comunistas; y la segunda, fuertemente valorizada en el sentido de la liberación del país por parte del ejército soviético y por la hermandad de los ejércitos rumano y soviético. La deriva nacionalista del comunismo en los tiempos de Ceaușescu llevó a un sensible cambio de énfasis. Se puso paulatinamente un tipo de silenciador en el juicio al régimen de Antonescu y la guerra antisoviética, así como se atenuó también el papel liberador del Ejército Rojo, su función liberadora volvió totalmente al Partido Comunista Rumano. Después de 1989, la caída del comunismo y su ideología, permitió incluso la rehabilitación de Antonescu y de los primeros años de guerra; evidentemente, no existe un acuerdo unánime, pero la interpretación ampliamente compartida de los historiadores del periodo y de la opinión pública es la de una guerra justificada, por la liberación de Besarabia



y Bucovina, y por la eliminación del peligro proveniente del Este. Interesante que no menos justificado queda también una parte de la Segunda Guerra Mundial, el mérito del vuelco de la situación se desplaza de los comunistas hacia el rey Miguel y hacia los partidos históricos. Parece que para la mayoría de los rumanos, Rumania procedió bien tanto 1941 entrando a la guerra al lado de los Alemania como en 1944, volteando las armas contra Alemania. En consecuencia, se justifica tanto el régimen de Antonescu en las condiciones de la época, así como su derrocamiento. Inclusive las medidas antisemitas fueron justificadas con cierta comprensión (por motivos que no fueron tan lejos como en Alemania o en territorios controlados directamente por los alemanes). Teniendo en cuenta que el cambio de frente el 23 de agosto de 1944 habría contribuido al acortamiento de la guerra (un cálculo “preciso”, curioso modelo de “análisis” contra factual nos dice incluso la cifra: 200 días), los rumanos se consideran tratados injustamente por ser considerados al final del conflicto vencidos y no vencedores (pese a luchar juntos con Alemania durante 38 meses, y en su contra 8 meses y medio).

Se podría decir que, en últimas, los rumanos tienen la conciencia tranquila incluso más que los japoneses o los americanos. Nos encontramos frente a una ausencia preocupante de espíritu autocrítico, constatación que concierne no solo a la Segunda Guerra Mundial, sino a la problemática total de la historia y de la actualidad rumana. El esquema de pensamiento es simple: los rumanos siempre han tenido razón y como las cosas, evidentemente, no marchan siempre bien, significa que la culpa pertenece a los “otros” (rusos, alemanes, americanos, húngaros, judíos... y así sucesivamente, en función del contexto histórico o político). Esta mentalidad de víctima de la historia es una enfermedad grave del espíritu público, en camino sin embargo de atenuarse en los últimos tiempos. Los rumanos aprenden poco a poco que no siempre han tenido la razón, o que existe la razón de los otros. Antonescu —aunque patriota y anticomunista, tiene todavía muchos defensores— pierde terreno, en el contexto de las condiciones de afirmación de las normas democráticas y de la condena de las prácticas racistas.

El segundo gran beneficiario del conflicto mundial (¡por no decir el primero!), al lado de las democracias occidentales, fue el comunismo. Paradójica yuxtaposición, que define de manera mucho más correcta que como lo hace el discurso político o los manuales, el sentido y los efectos de la Segunda Guerra Mundial. Esta no fue exclusivamente una confrontación entre democracia y totalitarismo, sino, de hecho, una guerra de los democracias aliadas con un cierto totalitarismo en contra de otra forma de totalitarismo. Por esto, tampoco los principios fueron tan claros como deberían ser, tampoco la guerra fue ganada por mitad por los demócratas, y perdida



por mitad. Europa centro-oriental, liberada de la ocupación alemana, entró bajo la dominación del comunismo soviético, con el tácito acuerdo de las democracias occidentales. Una gran victoria del Occidente contrabalanceada con un fracaso proporcional.

Cierto es que la guerra legitimó por completo al comunismo (puesto hasta entonces en una especie de cuarentena). Comprometido, junto con las democracias, en contra de un totalitarismo cínico y criminal, el comunismo se aseguró, en desacuerdo con su perfil real, un aura de democratismo. Incluso mucho más, su contribución a la derrota de los fuerzas del Mal no fue cualquiera, sino una contribución decisiva a primera vista, incluso más importante, en todo caso más “masiva”, que la de las democracias occidentales. Al final de la guerra, la pérdida de hombres de los Estados Unidos ascendía a la cifra de 300.000, de la Gran Bretaña a 390.000, mientras que la de la Unión Soviética asciende a un total de pérdidas entre militares y civiles de 20 millones. En buena medida, la guerra fue una guerra soviética, ganada por el Ejército Rojo, guerra en la que los Aliados se comprometieron de manera reticente y prudente (retardando, por ejemplo, la apertura, insistentemente solicitada por Stalin, del segundo frente en el Oeste). Una epopeya trágica, heroica y triunfal, para nada oscurecida por la más mínima sombra, así fue presentada por décadas de tiempo la imagen soviética de la “Gran Guerra para la Defensa de la Patria”. Visión que, evidentemente legitima el imperio soviético y sus conquistas (países “liberados”), constituyendo así un plus, mediante el argumento de la invencibilidad de la Armada Soviética, y una advertencia dirigida a los adversarios “imperialistas”.

Una vez con el derrumbe del sistema comunista, salieron a la luz hechos, no desconocidos, pero no conocidos en su toda su amplitud y encubiertos hasta entonces por la historia oficial. La reacción anticomunista en el espacio ex-soviético implica una reescritura radical de la historia contemporánea incluyendo el periodo de la guerra, y la ubicación en una nueva perspectiva de los totalitarismos de “derecha” y de “izquierda” en lo que respecta al fenómeno represivo. Se avanzó en los medios anticomunistas rusos —la cifra de 60 millones de víctimas para el intervalo comprendido entre la revolución de 1917 hasta la muerte de Stalin en 1953, con la precisión de que ni los años de guerra, puestos oficialmente bajo el signo de la solidaridad nacional, fueron más “blandos” frente al “enemigo” interior. Un estimativo occidental reciente recoge “apenas” 20 millones. Un caso aparte lo representa la masacre del bosque Katyn. Miles de oficiales polacos, que se encontraban como prisioneros de los soviéticos, fueron ejecutados en este lugar, y la culpa le fue echada por los soviéticos a los nazistas. Apenas en 1990, las autoridades rusas dieron el primer paso para asumir la responsabilidad (de todos



modos, innegable) de esta carnicería. Se agrega la cuestión de la deportación de unas poblaciones enteras acusadas de colaborar con el enemigo, cientos de miles de tártaros de Crimea, chechenos, alemanes del Volga... Tampoco la responsabilidad soviética en el desencadenamiento de la guerra pudo ser más esquivada. Entre 1939 y 1941, Stalin no marchó en contra de Hitler, sino al lado de él, ocupando zonas que les correspondió luego de la repartición de Europa: mitad de Polonia, los países bálticos, Besarabia y el norte de Bucovina... Lo que tuvo lugar en 1944-1945 y en los años siguientes, en las condiciones de avance de la Armada Roja hacia el corazón de Europa, fue todavía más grave, desnaturalizando por completo los principios democráticos proclamados por los Aliados. Un episodio del cual casi no se habla, es la expulsión de 11 millones de alemanes de los territorios devueltos a Polonia y de Checoslovaquia. Fue la más amplia acción de purificación étnica que ha conocido la historia europea. Tema en general soslayado, teniendo en cuenta que las actuales fronteras son aceptadas por todas las partes; sin embargo la sacrificada es de nuevo la historia, dependiente –como siempre– de lo que los intereses actuales quieren que se tenga en cuenta o no de ella.

No solo el comunismo soviético se benefició, durante décadas, de los títulos de gloria ganados en la guerra, sino el comunismo en general, en particular mediante el papel excepcional que tuvieron los comunistas en los movimientos de resistencia, desde Francia hasta Yugoslavia. En el otoño del año 1939, el Partido Comunista Francés fue prohibido, como consecuencia del cierre del pacto germano-soviético y el sometimiento por parte de los comunistas franceses a las órdenes recibidas de Moscú. En un país que se encontraba en guerra con Alemania, los vasallos de Moscú sostenían, en el fondo, una actitud favorable a Alemania. De tal manera que, sobre el papel efectivo del partido comunista en la resistencia no se puede hablar sino solo desde inicios de 1941, una vez con el ataque alemán contra la Unión Soviética. Pero, desde este momento, los comunistas, con su capacidad de organización y de movilización, se convirtieron en el factor más dinámico y más importante de la resistencia interna (la resistencia externa fue iniciada en junio de 1940, desde Londres, por el general de Gaulle). La resistencia francesa fue, de esta manera, en buena medida una resistencia comunista, y los comunistas no dudaron hacer de esto un mérito histórico imborrable. ¡Ellos han hecho la mayoría de los sacrificios en la lucha por la liberación de Francia! Se han auto titulado, con orgullo, *le parti des fusillés*, “el partido de los fusilados”. Hoy, el Partido Comunista Francés, es el único partido comunista importante de Europa, que no ha renunciado a su nombre y que continua enarbolando el símbolo tradicional: la hoz y el martillo. Él no tiene nada que ver con los millones de muertos de Rusia, de China o de Camboya. ¡Los muertos son los suyos, los caídos por Francia! Incluso, si pueden ser invocados también en



otros momentos históricos fundacionales, que explican la vitalidad del comunismo francés (Comuna de París, el Frente Popular de 1936...), la más significativa dosis de legitimación que le confiere el papel indiscutible que tuvo en el enfrentamiento con el nazismo y el régimen de Vichy (imagen heroica en vías de perder su brillo, una vez con la reciente decadencia del partido, decadencia que no excluye una relativa vitalidad, esta última alimentada en buena medida por la historia, por la memoria colectiva de unas categorías de franceses).

Es interesante observar cómo el deterioro paulatino de la imagen del comunismo y de la Unión Soviética y, en última instancia, el derrumbamiento del sistema condujo al desplazamiento considerable del énfasis en la percepción de la opinión pública occidental sobre las contribuciones decisivas en la victoria contra del nazismo. A la pregunta “cuál nación contribuyó más a la derrota de Alemania en 1945”, 57% de franceses respondían en 1945: la “Unión Soviética”, apenas el 20% asignaban un primer lugar a los Estados Unidos. En 1994, la Unión Soviética cae a un 25%, mientras que los Estados Unidos crecen al 49%. La tendencia se mantiene e incluso se acentúa, con 58% entre las opciones a favor de los Estados Unidos y apenas 20% para la Unión Soviética en el 2004, un vuelco completo respecto al momento 1945 (encuesta publicada en *Le Figaro*, 5-6 de junio de 2004).

La valorización de la izquierda y desvalorización de la derecha se enumeran, igualmente, entre los efectos más característicos de la guerra. El totalitarismo desacreditado (con excepción, por tanto, del comunismo) fue rápidamente catalogado de “extrema derecha”, sintagma cuya fijación fue mucho más suavizada por el primado intelectual de la izquierda en la Europa posbélica. Con otras palabras, una ideología de derecha todavía más hacia la derecha, sería susceptible de generar fenómenos como el fascismo o el nazismo. Instalada la izquierda, el socialismo y, sobre todo, los comunismos no tienen nada que hacer con algo así. ¡Para ser fascista, un liberal tiene un camino mucho más corto de recorrer que, digamos, un socialista! Semejante interpretación es completamente falsa, incluso si se ha impuesto en las conciencias, y no vemos como podría ser “extirpada”. ¿Se considera Hitler de “extrema derecha”? Su partido se ha llamado no obstante “nacional-socialista”. Mussolini fue también en su juventud socialista, no liberal o conservador. Entre las personalidades de Vichy, se enumeran, igualmente, no pocos hombres políticos provenientes de las filas de izquierda (inclusive Pierre Laval, que en su carrera comenzó siendo socialista). La dimensión social y comunitaria de las así llamadas ideologías de extrema derecha las acerca mucho más de algunos valores de izquierda. Al igual que otras características –nacionalismo, la idea de un estado poderoso– las acerca de a los valores tradicionales de la derecha, luego, en esta perspectiva, la comparación con



el comunismo y en especial con el nacional-comunismo es perfectamente legítima. La dimensión milenarista de los fenómenos políticos respectivos: un mundo nuevo, un hombre nuevo, confiere, asimismo, un espíritu común a las tres grandes ideologías totalitarias: el nazismo, el fascismo y el comunismo. No deseo forzar las cosas y afirmar que la extrema derecha sería más bien una extrema izquierda! De ninguna manera. Pero quiero decir que la línea horizontal, sobre la cual, por lo general, se disponen las ideologías de la extrema izquierda a la extrema izquierda, no es una figura real, sino mitológica y, en todo caso, inadecuada para las grandes confrontaciones del siglo XX. Los ejes del totalitarismo-democracia o colectivismo-individualismo (con todas las combinaciones y los matices intermedios) son, con seguridad, más característicos de las divisiones políticas contemporáneas. Si se aprecian, y no pueden dejar de verse, muchas semejanzas entre comunismo y los otros totalitarismos, no es porque los “extremos se toquen” (sintagma tan común, como carente de sentido), sino porque todos ellos no se encuentran en extremos opuestos, sino en zonas cercanas. Una vez más, las palabras nos pueden mentir; y una palabra hace a veces mucho más que un discurso histórico completo.

La mirada desde la izquierda sobre los totalitarismos ha conducido por lo menos a dos grandes deformaciones. Primero, a la simplificación drástica y “generosa” de la aplicación del término “fascista”. De hecho, incluso si los “fascismos” tienen un aire de familia (pero unos aires de familia tienen todos los totalitarismos juntos), sus diferencias no son significativas. Por antipático que haya sido el régimen de Mussolini (el “fascismo” en su sentido originario) desde la actual perspectiva democrática, no es correcto confundirlo con el nazismo, por lo menos por el hecho que en el origen no fue antisemita (apenas más tarde, empezando desde 1938, se alinea en esta perspectiva con la Alemania nazista), pero, en general, teniendo en cuenta, todos los aspectos, su carácter más “descontractual”. Disociaciones similares deben hacerse también con respecto a las otras formaciones políticas y programas de la derecha nacionalista, en función del perfil de cada una de ellas. De otra parte, el comunismo queda por ser sopesado con medidas diferentes, poniéndose en evidencia la generosidad del proyecto, su sustancia humanista, incluso si los *hechos* ofrecen totalmente otro espectáculo. Los comunistas franceses o los ex comunistas italianos pueden llegar hoy a gobernar sin provocar graves agitaciones de conciencia en la opinión pública, en cambio asociar con el poder al “movimiento social italiano” (descendiente, en registro moderado, del fascismo antibélico, él mismo menos radical que el nazismo) despertó muchos malestares y protestas, así como en Francia el Frente Nacional, está prácticamente excluido del juego político, la derecha no acepta colaborar con él (actitud, por lo demás, completamente honorable), mientras que el partido comunista plenamente integrado en el juego político, fortalece las



filas izquierdistas, y de esta manera, una izquierda minoritaria llegó algunas veces al poder, empujando a la oposición a una derecha mayoritaria.

Preocupada por combatir al fascismo, la izquierda no se apuró en denunciar los horrores del comunismo, como sea, no lo hizo en la medida en que hubiera sido decente hacerlo, de acuerdo con sus propias convicciones democráticas. Un tratamiento muy severo del comunismo arriesga llevar el agua al molino de la derecha y de la extrema derecha. Ahora, se perfila una modificación táctica, generada por el fracaso del experimento comunista, así como por el temor de una recuperación y explotación de la derecha (evidente, en contra de los valores de izquierda) de unos transgresores que no pueden ser negados, y tampoco minimizados. De tal manera que la izquierda ofrece su propio balance — nada favorable en conjunto — del experimento comunista (responsable, según algunas investigaciones recientes del exterminio de casi 100 millones de individuos). La distinción comunismo-nazismo no ha perdido, sin embargo, totalmente funcionalidad. Los crímenes del comunismo, por graves que hayan sido, y cualquiera sea el número al que se eleven, son considerados, sin embargo, por los autores de izquierda, algo menos graves que los crímenes nazistas (con el argumento, según el cual, sobre ellos no tiene sentido detenerse, porque la historia real no conduce el juego, sino la ideología).<sup>32</sup>

Finalmente, la Segunda Guerra Mundial escribió una página trágica en la historia de los judíos. Nada más lógico, en este sentido, que el “no olvido”. Lo que me preocupa sin embargo ahora es la función política del discurso histórico. Desde este punto de vista, la poderosa actualización del holocausto y de los respectivos culpables (de lejos el aspecto más mediatizado actualmente del periodo), ofrece, en la competencia política, una ventaja a los judíos de todo el mundo, como también al Estado de Israel. La radicalización del discurso sobre los años de la guerra y en especial la insistencia sobre las culpabilidades, no puede ser separado de un proceso en curso de radicalización ideológica y religiosa, mediante la afirmación cada vez más enérgica, en algunos medios, de la especificidad judía. Este proceso, por cierto relativo, que experimenta también resistencias, ha conducido a la inclinación, limitada pero efectiva de la balanza a favor de los elementos tradicionalistas y menos dispuestos al compromiso. Cierto es que los judíos quieren hacer escuchar su voz,

---

32 La denuncia desde la izquierda de los crímenes comunistas, encuentra su expresión reciente en el enorme volumen *Le Livre noir du communisme: crimes, terreurs, répressions* (autores: Stéphane Courtois, Nicolas Werth, Jean-Louis Panné, Andrzej Packowski, Karel Bartosek y Jean-Louis Margolin), Robert Laffont, París, 1997 (cf. edición rumana: *Cartea neagră a comunismului*, Humanitas, București, 1997). Ver también el dossier publicado sobre este libro por la revista *L'Express*, en el número 6-12 de noviembre de 1997. Poco después, otro trabajo colectivo, *Le Siècle des communismes*, París, 2000, se propone sin embargo rehabilitar la dimensión democrática del proyecto comunista.



muy distinta y más fuerte, y, en este tipo de situaciones, un plus de dinamismo político dinamiza inevitablemente también la historia. Se agregan también las dificultades del problema palestino. Por más incuestionable que sea para la imagen de los judíos el argumento de la Segunda Guerra Mundial (donde no tienen como más sino aparecer como víctimas inocentes, mientras que a todos los otros tienen mucho para reprocharles), tanto más es cuestionada la política actual de Israel en el Oriente Próximo. La actualización de una imagen valorizadora, tienen también la función de frenar imágenes actuales, menos favorables.

De manera paradójica, la Segunda Guerra Mundial puede ser usada también en contra de los judíos. La manifestación más característica de esta orientación lo constituye el tratamiento “revisionista” de los acontecimientos. Los autores “revisionistas” no niegan el antisemitismo nazista, ni los campos de concentración, tampoco el hecho de que muchos hombres murieron en estos campos (pero significativamente muchos menos, en su opinión que los expresados en las cifras oficiales). Ellos niegan no obstante la existencia de un proyecto de exterminio, de una exterminio deliberado y desarrollado de manera sistemática y, en especial, en las cámaras de gas. La sustancia ideológica de semejante reelaboración no puede ser evadida. En primer lugar, la represión nazista pierde su carácter excepcional, las atrocidades cometidas en el tiempo de la guerra, por todas las partes en conflicto, se ubican casi sobre el mismo plano. Luego, tanto las democracias occidentales, como también la propaganda judía en particular son acusadas que mintieron sobre este asunto (empezando por el proceso de Núremberg).

No hemos hecho sino examinar de manera muy sumaria un conjunto de interpretaciones respecto a la Segunda Guerra Mundial. Se entiende que el cuadro es incomparablemente más amplio, más diverso y más matizado. Un tratamiento detallado hubiera podido sacar a la luz innumerables líneas de un interminable espectro historiográfico e ideológico. Pero, incluso una mirada rápida, nos demuestra que, en el plano mental, la guerra aún no ha terminado. Cualquier cosa que digamos sobre ella, nos sitúa automáticamente en una u otra zona de las ideologías y de las confrontaciones políticas actuales. Por ello debemos ser conscientes del hecho de que cualquier “verdad absoluta” que se nos inoculara con respecto a esta guerra, representa (indiferentemente del grado de verdad efectiva que contiene) también una tentativa de manipulación política.



## Europa

¿Pero cómo quedamos con la historia de Europa? Gradualmente, la construcción política europea toma forma. Según reglas ya verificadas, la historia debe responder a las nuevas “exigencias”. Solo que estas demandas ya no son más simples, como fue el caso de la historia nacional. Ellas son múltiples y, en alguna medida, contradictorias.

Europa significa la totalidad del continente, significa el espacio con fronteras todavía inciertas de la Unión Europea, significa también las naciones que, por lo menos ahora, no están abandonadas, significa igualmente las minorías, las regiones, así como las tradiciones locales en vías de recuperación. Al defender los derechos de la historia y teniendo en cuenta su función de identidad, podemos considerar que para que exista en verdad Europa, tendría necesidad no solamente de estructuras económicas y políticas adecuadas, sino también, de una *historia* que signifique mucho más que la reunión de historias particulares. Con otras palabras, Europa debería construirse sobre mitos fundacionales y valores históricos compartidos. ¿Aspiración legítima, pero sin embargo en qué medida realizable? ¿Cómo equilibrar tanto la historia como las tradiciones divergentes? La invención de una adecuada historia europea, en la que todos los europeos se vuelvan a encontrar, y que no frustre a nadie, anuncia en realidad ser una empresa mucho más difícil que la misma construcción de Europa.

¿Pero si la historia hoy no tiene el papel que tuvo hace un siglo o dos? Es una pregunta a la cuál voy intentar responder algunas páginas más adelante. Si el papel de la historia en verdad se ha rebajado, ¿se podría que Europa se construya también sin historia, o con menos historia!

Tanta historia como sea necesaria va ser adaptada con seguridad del presente. ¿Qué permite a Europa su unidad, o por lo menos, un aire de familia? Alrededor de 1900, esta pregunta hubiese recibido una triple respuesta: la raza blanca (Europa presentaba una unidad “racial” que ningún otro continente tenía), el fondo cultural común, sobre todo la herencia greco-romana, y una religión común, el cristianismo (el continente más unitario posible, desde el punto de vista religioso, pese a los desacuerdos internos entre católicos, protestantes y ortodoxos).

Semejante definición de Europa hoy ya no es posible, no es deseable, en cualquier caso. La “raza” es un concepto comprometedor. Sería “políticamente incorrecto” decir que los europeos son blancos (y tampoco lo son hoy, como sabemos). Las raíces culturas cuentan, por supuesto, pero ellas quedan cada vez más atrás, cubiertas por



la actual civilización tecnológica y globalizadora. La cultura clásica significó todavía mucho en el siglo XIX; en el presente, no significa mucho, incluso para la mayoría de las personas cultivadas. En muchos aspectos, Europa ha llegado estar más cerca de América que de sus propios orígenes. En cuanto al cristianismo, su invocación como seña de identidad europea no parece más conveniente en Occidente. Se lo escuche recientemente, en un coloquio organizado por el Consejo de Europa sobre el tema de la identidad europea, al mismo arzobispo de Estrasburgo, afirmando que Europa no se resume en el cristianismo. Europa comprende también a los judíos y, en especial, a los islámicos cada vez más numerosos (por cierto presentes también en el pasado del continente: España, los Balcanes...), para no hablar de la más amplia categoría de aquellos que ya no practican efectivamente ninguna religión. La palabra “multiculturalismo” está a la orden del día. Las naciones actuales y Europa en su conjunto, están constituidas cada vez más por individuos y grupos provenientes de horizontes culturales y religiosos diferentes. ¿Se le puede hablar a un francés islámico sobre “nuestros antepasados los galos” (*nos ancêtres les Gaulois*)? ¡Ni siquiera sobre los antepasados europeos!

En una Europa unida, pero formada al mismo tiempo por pequeños fragmentos, precisamente un mosaico, la historia se va a presentar probablemente de una manera “disminuida”, sin la espléndida unidad y la fuerza de la *historia nacional*. Esto simple y llanamente, porque el proyecto europeo ya no tiene más (y tampoco pretende tenerlo) la firmeza del proyecto nacional. Además, Europa aparece cada vez más como un contrato suscrito “hoy” y cada vez menos como una “herencia”.

Héroes y evoluciones históricas se asumen en nuevas interpretaciones. Carlomagno tiene una cota bastante elevada: a su imperio correspondía casi perfectamente el núcleo occidental de la Unión Europea; ahora, una vez con la ampliación al este, arriesga perder todavía más significado. Y sigue el regreso de Carlos V. La historiografía nacional lo presenta como un derrotado. En su duelo con Francisco I, victorioso frente a la historia, aparecía el rey de Francia, el exponente de un estado de tipo “nacional”. El conglomerado territorial de Carlos V, se parece no obstante lo suficiente al actual proyecto europeo: una comunidad política flexible, englobando entidades variadas y autónomas. ¡Sin embargo, quizás finalmente, Carlos V y no Francisco I ganó la pelea! Vencido también fue en su tiempo Francisco José. Pero, también él parece que vuelve. El imperio Habsburgo deja la impresión (!quizás la ilusión!) de haber sido, por su mosaico étnico, cultural y religioso, un esbozo lejano de Europa.



## ¿El fin de la historia?

La pregunta más general, sin embargo, es: ¿qué va a pasar con la historia? La historia pierde paulatinamente su influencia, evolución innegable si hacemos referencia a su fase de máxima afirmación. El siglo XIX fue el siglo de la historia: en ese entonces, la historia era la “reina” de las ciencias sociales. Muchos factores trabajaron a su favor. Fue una época (que comprendió en gran medida una parte del siglo XX, hasta el colapso del comunismo) extremadamente ideologizada, y las ideologías se justificaban en buena medida por la historia, de hecho por la doble apelación al pasado y al futuro. La idea del progreso convertida en religión, imponía, a su vez, la valorización y la dinamización del tiempo, de los tiempos prehistóricos hasta la civilización súper tecnológica de mañana. Pero, mucho más que cualquier otra cosa, la historia fue estimulada por la ideología nacional y la constitución de los estados-nación. Las naciones se justificaron en primer lugar mediante la apelación a la historia; el siglo XIX, el siglo de las nacionalidades, no tenía como no ser también un siglo de la historia. Finalmente, también la profesionalización del campo, y la elaboración de una historia aparentemente “científica” y “objetiva”, incrementaron de manera considerable la confianza en la historia y en sus veredictos.

Es difícil que se reúnan tantos factores favorables. La profesionalización de la historia avanzó y, hoy, su carga científica es más pronunciada que cien años atrás. Pero también los escenarios se han multiplicado y el relativismo ha ganado terreno. Se cree mucho menos en la historia; quizás esta puede ser más segura que hace un siglo, pero los hombres tienen menos preguntas por hacerle, y entonces cuando se las plantean, se confunden al recibir tantas respuestas (hoy, dos obras celebres *El fin de la Historia y el último hombre* de Francis Fukuyama y *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* de Samuel Huntington, que nos anuncian, con igual autoridad, ¡la primera unificación del planeta y su segunda escisión”). A su vez, también la nación está a la defensiva. Por lo menos en Occidente, el discurso nacional de la historia ya no se beneficia del prestigio intelectual. La historia tiene hoy muchos objetivos, incomparablemente muchos más que en el siglo XIX, pero todos ellos están lejos de superar a los que tuvo alguna vez la historia nacional. Y también en el espacio occidental, asistimos al marchitamiento de las ideologías, casi a su desaparición. Es un mundo que vive cada vez más en el presente. No existen más grandes proyectos, lo que afecta el imaginario del futuro (¿dónde están las utopías de 1900, a quién le interesa en verdad cómo va ser el mundo dentro de cientos de años?), pero en la misma medida también, la preocupación por el futuro.



El interés por la historia se concentra de manera sensible sobre épocas recientes. El contraste es sorprendente, incluso en el nivel de la profesión. En 1900 el “historiador-tipo” era ya sea medievalista, ya sea especialista en la Antigüedad. De la historia reciente, no se ocupaba casi nadie, parecía un campo menos seguro y muy politizado. Ahora, cada vez más historiadores, se acercan al intervalo del último siglo de historia, y la Edad Media dejó de marcar el tono. Además, la historia compite cada vez más con las disciplinas sociales del presente, que al no tener como limitar de manera estricta el presente (el presente solo existe como una línea convencional entre el pasado y el presente), se alimentan en buena medida también de sus sustancias. Han crecido las ciencias que ni siquiera existían o apenas existían hace ciento y algo de años: sociología, ciencias políticas, antropología (se entiende, antropología cultural, a diferencia de la antigua antropología, predominantemente “física”; un campo no precisamente rigurosamente definido, con fronteras extensibles, y por tanto más capaz de avanzar en buena medida en el antiguo terreno de la historia).

No puedo creer que la historia se va a acabar. Pero podría ser que sus épocas de gloria hayan pasado. El concepto de Fukuyama sobre el “fin de la historia” evoca un mundo liberado de las tensiones, que ha llegado a un estado de equilibrio; semejante mundo, no conflictivo y menos preocupado por la política, manifestaría probablemente un escaso interés por las agitaciones del pasado.

Estamos, sin embargo, lejos de algo así; apenas el Occidente corresponde hoy, de manera parcial, a semejante modelo. Me parece que un peligro más grande para la historia, está en la ruptura que acelera a la misma historia (una historia real) y está en camino de producirse. En la última década, el mundo se ha transformado quizás mucho más que en todo el siglo anterior. Basta que pensemos en lo que significa la globalización o la Internet. Y el movimiento, es también cada vez más rápido. En unos cincuenta años, podría ser que los hombres vivan en “otro planeta”. Vamos a tener otro modo de vida, otras preocupaciones, otros valores, La historia ha funcionado en medio de un mundo fluido, pero sin rupturas decisivas, cuanto tiempo el presente fue a menudo diferente y, sin embargo, no se aisló del pasado. Incluso la “caída del Imperio Romano”, por impresionante que suene este sintagma, representó una reestructuración histórica mucho más lenta y más limitada que aquella que tiene lugar ahora ante nuestros ojos. Una ruptura masiva en el sistema de civilización podría crear un estado de incomunicación entre el mundo de mañana y el mundo de ayer. Incluso, si aún así, la historia no desapareciera, perdería la posición social central, y quedará un círculo estrecho de especialistas o de amantes de lo inesperado.

¡No es una previsión, sino apenas un escenario!



## ¿Verdad? ¿Ficción? O ¿sencillamente historia?

“—No puedo creer lo que se me dice. ¿Qué va a decir la historia?  
„— La historia va a decir mentiras, como siempre”

Este intercambio de replicas del *Discípulo del diablo*, pieza de George Bernard Shaw, no le deja a la historia gran oportunidad de encontrarse con la verdad.

¿Tendrá derecho el paradójico irlandés? En el límite, lo tiene sin lugar a dudas. Demasiados intereses se apoyan en la historia, para que la tentación de la mentira o, expresándonos menos abruptamente, de las deformaciones brutales o sutiles, no se manifieste. La historia además miente.

Sin embargo, su vocación es la verdad. Cualquier historia digna de este nombre busca la verdad, y cualquier persona interesada por la historia desea igualmente encontrar la verdad. La dificultad deriva del hecho de que lo que llamamos “verdad” no puede ser sino parcial y orientada. Entonces cuando las fuentes son insuficientes, el historiador no está en capacidad de formular sino *hipótesis*, y correcto es que reconozca este problema. Entonces cuando las fuentes son suficientemente “sobreabundantes”, el material factico puede ser controlado de mejor manera, pero los hechos mismos se combinan en *escenarios*, y los escenarios pueden ser numerosos, e incluso si existiera la posibilidad (pero no existe) de un escenario universal aceptado, permanece el problema del ángulo de visión, incluso de los juicios morales. En la vida hay vencedores y vencidos. El mismo escenario histórico comprende a unos y otros, pero lo que es verdad para una parte resulta, inevitablemente, mentira para la otra.

Asistí a una conferencia sobre el Imperio Romano dictada por Jean-Pierre Martin, profesor de la Sorbona. La tesis sustentada documental y convincentemente, fue la de un imperio que pudo durar tantos siglos, entre límites casi inalterados, porque no apostó por la fuerza bruta, sino por la fuerza de la persuasión. Los romanos no impusieron nada en las provincias conquistadas: ni la lengua, ni la religión ni el modo de vida. La administración provincial estaba reducida al mínimo, así como los efectivos militares. Fue y sigue siendo un modelo de integración exitoso, precisamente porque no impuso, sino que simple y llanamente, convenció.

Sin embargo, un compatriota de Jean-Pierre Martin, el conocido historiador de Galia, Camille Jullian, juzgó las cosas exactamente en el sentido contrario. En la obra *De la Gaule à la France. Nos origines historiques* (1923), no dudo en poner



en evidencia la “brutalidad de la conquista romana”, denunciando el servilismo sin motivo de los admiradores de Roma. El Imperio Romano no habría sido sino “una decadencia que condujo a una catástrofe”. “Qué no se me hable de la «genialidad latina» —se indigna el historiador francés—, qué no se haga de Francia alumna y heredera de esta genialidad. Ella es otra cosa y vale mucho más” Y esta otra cosa significa continuidad con la Galia prerromana.

Las dos interpretaciones, cada una de ellas tiene sus adeptos, expresan, de manera evidente, ideologías distintas. Mediante Camille Jullian habla el nacionalismo francés, y aún más sin rodeos, cuando el momento era el de una Francia victoriosa al final de la Primera Guerra Mundial. Igual juzgan las cosas, en sentido autóctono y nacionalista, también los partidarios rumanos de los dacias, ¡unos de ellos no le perdonan todavía a Trajano la victoria del año 106! Mediante Jean-Pierre Martin, por el contrario, se afirma la ideología de la construcción europea, su espíritu democrático e integrador. ¡Con la sabiduría de los antiguos romanos deberá ser construida la Europa confederada del mañana!

He aquí, de esta manera, una historia bien conocida en sus datos concretos, en la que participan vencedores y vencidos. ¿Dónde está la razón, dónde esta la verdad? Cualquiera que sea la situación, se vislumbra también una perspectiva del “otro”. Existen así vencidos en la historia, y existe la posibilidad fallida, de las que se habla generalmente, mucho menos que la de los vencedores o de los proyectos validados en el tiempo. No significa, por ejemplo, que cuestionamos los valores y el impacto histórico de la civilización americana, si nos acordamos que ella se extendió, no obstante, por lo menos en una primera fase, en detrimento de los indígenas autóctonos. Vamos a tener que registrar siempre puntos de vista, sean minoritarios y apenas perceptibles por las cumbres de la historia, para los cuales la verdad proclamada no es verdad.

Se perfilan desde ya una tipología de la víctima. La voz de aquellos que tuvieron que sufrir se oye más fuerte. Recientemente se prendió en Francia la disputa alrededor del colonialismo. ¿Un proceso civilizador u opresor? Uno y lo otro, se podría decir, pero ¿en qué medida? La tentativa del factor político de poner un silenciador auto culpable, enfatizando sobre los aspectos civilizadores, ha provocado reacciones vehementes, en especial por parte de los franceses de “color”.

No busquemos el consenso en la historia. No lo vamos a encontrar. Paradójico es que el progreso historiográfico, no solo nos acerca, sino que nos separa del proyecto de una historia definitiva. Sabemos cada vez más, sabemos probablemente



demasiado. Y sabemos también, mucho menos como relacionar lo que sabemos. Guizot hablaba sobre “cien maneras” de hacer historia, pero era todavía una historia relativamente homogénea, vista desde cien ángulos. Hoy, tenemos un centenar de historias distintas, apreciadas cada una de ellas desde un centenar de puntos de vista. Una teoría unificada es más fácil de hacer cuando no se sabe mucho. San Agustín, pudo reunir, con elegancia, lo esencial del conocimiento histórico en una elaboración coherente. Lo pudieron hacer más tarde Vico, Hegel, Marx. La amplificación y la “parcelación” de la historia lo hacen hoy, con seguridad no imposible —pero es cada vez más problemática la imaginación de unas nuevas construcciones globales. El siglo XIX fue fuertemente tentado por la filosofía de la historia; su inclinación científicista se encontró con una historia todavía susceptible de ser tenida bajo control. El siglo XX, por el contrario, marca un reflujo de este aspecto; su espíritu, aún así relativista, se conjuga con una historia que ha convertido desconcertantemente compleja. Las grandes tentativas teóricas de este siglo tienen un cierto aire desueto y, de esta manera, pese al éxito público, desde el primer momento, han sido fieramente refutadas por los especialistas. Así sucedió con las teorías de Spengler y la de Toynbee. Toynbee es incomparablemente más erudito que San Agustín, o incluso que Hegel o Marx. Se le reprochó, precisamente la no adhesión de la historia a su esquema tan seductor. El creador del sistema no tiene tampoco ninguna culpa. Por mucho que supiera y por impresionante que fuera la capacidad de síntesis, él ya no puede más reunir todo de manera convincente. La historia se ha vuelto muy grande. Al final de tantos progresos segmentarios, debemos confesar que no sabemos nada en verdad esencial sobre el mecanismo íntimo de la historia, y sobre sus sentidos. San Agustín sabía mucho más o tenía el sentimiento de que sabía mucho más. ¿Pero como ir más lejos? Nos chocamos con el mismo misterio del destino de la humanidad.

Es hora de que los historiadores superen su estado de inocencia, fomentado por las ilusiones científicistas, para ser conscientes de las restricciones y de los límites que su enfoque ya no puede someter. El relativismo que resulta de ahí, debe asumirse, no porque esta hubiera sido la condición ideal de la historia (¡desde luego que no es!), sino porque, simplemente, es su condición inevitable.

Ahora bien, concientizarse del relativismo no significa renunciar. Debería significar, por el contrario, agudizar la conciencia profesional. Precisamente porque la reconstitución del pasado pasa por tantos filtros deformadores, de las estructuras permanentes o fluidas del imaginario al juego de las ideologías, o de los imperativos del momento político, la inclinación hacia lo que fue exige rigor conceptual y metodológico. ¡Abandonada a su voluntad y atraída por muchos cantos de sirena, la historia corre el riesgo de perder la cabeza! Ella debe mantenerse en su lugar, en lo



posible, mediante una definición sin equívocos de las reglas del oficio. Un método sólido no va a conducir a las verdades innegables, pero va a mantener la investigación dentro de los límites de unas hipótesis y escenarios plausibles, de unos debates razonables e inteligibles.

La historia es un inagotable juego con el pasado. Queda por hacerla más inteligente y más sugestiva. No nos decepcionemos por la imposibilidad de una última versión. Las historias que continuamente recreamos son más variadas y más estimulantes que la única y no muy convincente historia efectiva. Ella nos acompaña en nuestro camino, nos ayuda a precisar los proyectos, a entendernos entre nosotros mismos. Quizás la historia, después de todo dice menos de lo que quisiéramos sobre el pasado, pero dice con seguridad muchísimo sobre el espíritu humano, sobre sus intranquilidades, búsquedas y esperanzas.

## Índice de nombres

### A

Adameşteanu, Gabriela 53  
Agustín San 36, 70, 82, 131  
Alejandro el Grande 85  
Amalvi, Christian 74  
Antonescu, Ion 117, 118  
Aristóteles 64  
Atatürk, Kemal 56  
Augusto 11, 12, 13, 29, 31

### B

Balzac, Honoré de 76  
Bartosek, Karel 123  
Bismarck, Otto von 40  
Bloch, Marc 29, 33  
Bocaccio, Giovanni 13, 14  
Bodin, Jean 40, 44  
Bohr, Niels 18  
Boia, Lucian 2, 6, 50, 62  
Bokassa I (Salah Eddin Ahmed),  
emperador 12  
Bougainville, Louis Antoine 60  
Bourdeau, Louis 33  
Brătianu, Gheorghe 55  
Braudel, Fernand 5, 15, 34, 38, 42, 72, 104,  
108  
Buckle, Henry Thomas 33, 102  
Burebista 50  
Burguière, André 87  
Burke, Peter 34, 75  
Bush, George 52

### C

Caillois, Roger 106  
Carlyle, Thomas 32, 75, 76  
Carlos I, rey de Rumania 101, 102  
Carlos XII 31  
Carlos I 102, 103  
Carrère, Emmanuel 106

Castelot, André 76  
Ceaşescu, Nicolae 98, 117  
Chateaubriand, François René de 58  
Chevalier, Louis 47  
Chirac, Jaques 114  
Cleopatra 103, 104  
Cohn, Norman 28, 62  
Colón 21, 33, 68  
Comte, Auguste 27, 28, 29, 33, 81, 82, 84  
Cook, James 21  
Courtois, Stéphane 123  
Coutau-Bégarie, Hervé 87, 104, 110  
Cuvier, Georges 89

### D

David, Louis 58  
Decaux, Alain 76  
Delumeau, Jean 53, 62  
Diana, princesa 35  
Dosse, François 34, 87  
Dragoş, Voivoda 54, 55  
Droysen, Johann Gustav 85  
Duby, Georges 76  
Dumas, Alexandre 76  
Dumézil, Georges 22  
Dürer, Albrecht 17  
Duroselle, Jean-Baptiste 103

### E

Eco, Umberto 17  
Eginardo 29  
Eliade, Mircea 24, 29, 55, 64  
Engels, Friedrich 31, 61  
Espartaco 83  
Estrabón 49



**F**

Fabricio del Dongo 11  
 Facon, Patrick 116  
 Feyerabend, Paul 18  
 Felipe II 34, 100, 103, 104  
 Feyerabend 18  
 Fichte, Johann Gottlieb 43  
 Finlay, Moses I. 22  
 Fogel, Robert W. 107, 109  
 Foucault, Michel 46  
 Francisco I 126  
 Francisco José 126  
 Friedrich, Jörg, Francis 112, 116  
 Fukuyama 62, 67, 127, 128  
 Furet, François 41, 87  
 Fustel de Coulanges, Numa Denis 66, 85,  
 100

**G**

Gaulle, Charles de 42, 76, 113, 115, 120  
 Geoffroy -Chateau, Louis-Napoléon 106  
 Ghiu, Bogdan 22  
 Ginzburg, Carlo 87, 88  
 Girardet, Raoul 51, 53  
 Giraudoux, Jean 22  
 Gobineau, Joseph Arthur de 69  
 Gorbachov, Mihail Sergheievici 52  
 Goubert, Pierre 86  
 Grandazzi, Alexandre 22  
 Grendi, Eduardo 88  
 Groh, Dieter 53  
 Guenée, Bernard 92  
 Guizot, François 81, 131  
 Gutenberg 28, 33

**H**

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich 62, 70,  
 80, 81, 82, 131  
 Herder, Johann Gottfried 39  
 Herodoto 40, 48, 49, 67, 68, 91, 93  
 Hesíodo 60  
 Hirohito, emperador 116

Hitler, Adolf 31, 110, 113, 116, 120, 121  
 Hohenzollern, familia  
 Holbach, Paul Henri Dietrich d' 27  
 Holton, Gerald 18  
 Homero 21, 28, 75  
 Hugo, Víctor 76  
 Huntington, Samuel 38, 127  
 Hussein, Saddam 56

**I**

Ibn Khaldun 44

**J**

Juana de Arco 29  
 Jullian, Camille 129, 130  
 Jung, Carl Gustav 20  
 Justiniano, emperador 12

**K**

Kantin, Georges 111  
 Keller, Ferdinand 56  
 Kuhn, Thomas 18

**L**

Langlois, Charles 93, 96  
 Laval, Pierre 121  
 Lavissee, Ernest 13  
 Le Roy Ladurie, Emmanuel 14, 15, 75, 76,  
 87, 89, 94, 108  
 Lévi-Strauss, Claude 23  
 Luis XIV 31, 86

**M**

Mabillon, Jean 92  
 Macaulay, Thomas Babington 75  
 Maddison, Angus 108  
 Mahoma 12, 13  
 Manceron, Gilles 111  
 Margolin, Jean Louis 123  
 Martin, Jean Pierre 129, 130



Marx, Karl 28, 29, 32, 33, 51, 60, 62, 63,  
70, 71, 82, 83, 83, 102, 131  
Mattiussi, Laurent 25  
McArthur, Douglas general 58  
Menocchio 88  
Michelet, Jules 59, 75, 76  
Miguel I 119  
Mitterrand, François 114  
Mommsen, Theodor 85  
Moraru, M. 53  
Mussolini, Benito 58, 116, 121, 122

## N

Napoleón 12, 31, 81, 104, 105, 106  
Neagoe 90  
Negru Vodă 55  
Newton, Isaac 26, 102  
Nora, Pierre 74

## O

Odoacro 11, 12  
Otón el Grande 12  
Ovidio 60  
Ozouf, Mona 41

## P

Packowski Andrzej 123  
Panné, Jean-Louis 123  
Papon, Maurice 115  
Pascal, Blaise 103  
Paxton, Robert 114, 115  
Pédech, Paul 92  
Pedro el Grande 31, 39, 51, 52, 79  
Pericles 31, 64, 69, 98  
Petre, Zoe 50  
Pirenne, Henri 12, 13  
Pitágoras 49  
Platón 20, 46, 47, 64  
Plehanov, George Valentinovici  
Polibio 24, 36, 64, 69, 91, 100  
Poni, Carlo 88  
Popper, Karl 17, 64, 80  
Poucet, Jacques 22

## R

Rimbaud, Alfr 13  
Ranke, Leopold von 19, 75, 76, 93  
Ratzel, Friedrich 40  
Renouvier, Charles 106  
Renouvin, Pierre 103  
Revel, Jacques 88  
Richet, Denis 41  
Rómulo Augusto 11, 12  
Rousseau, Jean-Jacques 60  
Ryan, Cornelius 97

## S

Saint-Just, Louis Antoine 58  
Schliemann, Heinrich 21  
Scott, Walter 75  
Seignobos, Charles 93, 96  
Shaw, George Bernard 129  
Spengler, Oswald 38, 66, 131  
Stalin, Josif Vissarionovici 31, 115, 119,  
120  
Esteban el Grande 30  
Stone, Lawrence Estrabón 109  
Suetonio 24, 29

## T

Tácito 24  
Taine, Hippolyte 33  
Tell, Wilhelm 56  
Teseo 54  
Thierry, Augustin 81  
Tito Livio 24, 25  
Toynbee, Arnold 38, 66, 131  
Trajano, emperador 101, 102, 130  
Tucídides 24, 36, 68, 69, 72, 89, 91, 93

## V

Vercingetorix 54  
Veyne, Paul 22, 92  
Vico, Giambattista 131  
Voltaire, François Marie Arouet 26, 31



**W**

Wallerstein, Immanuel 38

Watt, James 33

Werth, Nicolas 123

White, Hayden 75

**X**

Xenopol 101, 102

**Z**

Zalmoxis 49, 50, 55

## Índice temático

### A

alteridad 3, 23, 43, 44, 45, 46, 47, 49, 50  
Annales 5, 33, 34, 86, 87  
Antigüedad 5, 11, 12, 38, 41, 56, 64, 65, 69,  
83, 85, 128  
arquetipo 32, 46, 47, 70

### C

caída del Imperio Romano 11, 12, 73, 128  
causalidad 3, 100, 102, 103, 105, 110  
complot 52  
comunismo 28, 39, 47, 52, 61, 63, 67, 70,  
79, 83, 87, 112, 117, 118, 119, 120, 121,  
122, 123, 127  
conspiración 51, 52, 53  
construcciones imperiales 12  
crimans de guerra 112, 116

### D

decadencia 23, 38, 64, 66, 99, 109, 121, 130  
democracia 35, 55, 59, 62, 70, 79, 80, 92,  
111, 118, 122  
demografía 14, 71, 86, 93, 95, 96, 102  
determinismo 39  
documento 51, 93, 98, 100

### E

élite 47, 56, 69, 85, 86, 94, 115  
Edad Media 11, 12, 14, 25, 37, 38, 41, 46,  
51, 53, 58, 59, 69, 81, 91, 92, 106, 128  
estado nacional 38, 73  
Extremo Oriente 21, 52, 117

### F

fascismo 111, 121, 122, 123  
ficciones 9, 12, 52, 77, 117  
fin del mundo 9, 62, 66

### G

genocidio 111  
guerra bacteriológica 14  
guerra nuclear 61, 66  
Segunda Guerra Mundial 54, 57, 58, 111,  
113, 114, 116, 118, 123, 124  
Primera Guerra Mundial 37, 54, 57, 66,  
130  
Guerra antisoviética 117  
Guerra de los 100 de Años 14  
guerra de Argelia 115  
guerra de Corea 58  
guerra del Golfo 56, 58  
guerra de Vietnam 58, 115  
guerra entre griegos y persas 68  
conflicto franco-alemana de 1870 41  
guerra nuclear 61, 66  
Guerra del Peloponeso 68, 72  
guerra fría 58  
Guerra campesina Alemana 31  
Guerra de Troya 21, 22, 91  
Gran Guerra para la defensa de la Patria  
119

### H

historia contra fáctica 106, 108  
historia oral 96, 97  
historia virtual 104, 105



**I**

idea nacional 37, 59  
 ideología nacional 37, 56, 59, 69, 127  
 imaginario 5, 9, 12, 20, 21, 22, 23, 26, 30, 34, 35, 36, 37, 40, 41, 43, 44, 45, 48, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 60, 63, 68, 72, 77, 98, 111, 127, 131  
 imagen 5, 10, 16, 17, 20, 28, 41, 54, 60, 63, 75, 89, 98, 99, 108, 117, 119, 121, 124  
 imperialismo 52, 85, 94, 117  
 Imperio Bizantino 12  
 Imperio Habsburgo 126  
 Imperio Otomano 48  
 Imperio Romano 11, 12, 13, 36, 40, 41, 73, 128, 129, 130  
 imperio soviético 119  
 imperio universal de Roma 36

**L**

lucha de clases 70, 82

**M**

manipulación 16, 83, 110, 113, 124  
 margen 45, 46, 48, 78  
 materialismo 21, 28  
 memoria colectiva 72, 73, 74, 121  
 mentalidades 15, 71, 86, 95, 96, 98, 114  
 Mesías 30, 61  
 microbio 13  
 micro grupos 95  
 microhistoria 87,88  
 milenarismo 28, 61  
 mística nacional 27, 31  
 mito 21, 24, 25, 43, 60, 64, 113, 114  
 mitología 9, 22, 25, 31, 34, 39, 43, 49, 55

**N**

natalidad 96  
 nacionalismo 46, 56, 85, 86, 90, 121, 130  
 nazismo 111, 112, 113, 121, 122  
 Norte 40, 44, 45, 70, 90, 120

Nueva historia 33, 34, 35, 64, 75, 76, 86, 87, 103, 109

**O**

Oriente 21, 38, 39, 40, 42, 52, 106, 117, 124

**P**

periferia 44, 47  
 pesimismo (histórico) 64, 65  
 pluralismo 79, 95  
 positivismo 27, 84  
 problemática nacional 74  
 progreso 23, 27, 28, 64, 65, 80, 81, 93, 99, 109, 127, 130  
 proletariado 32, 62, 81, 83, 113

**R**

racionalismo 24, 25, 26, 31, 60  
 reinado mesiánico 28  
 regímenes totalitarios 17  
 relativismo 9, 17, 127, 131  
 relatividad 15, 96  
 Revolución francesa 41, 51, 55, 62, 79, 80, 81, 105

**S**

sentido de la historia 62  
 Sur 21, 33, 40, 41, 42, 43, 45, 51, 69, 74, 90

**T**

Tercer mundo 38, 70, 96  
 Totalitarismo 70, 79, 80, 118, 119, 121, 122

**U**

ucronía 105, 107



*Este libro fue terminado por la editorial de la Universidad Tecnológica de Pereira  
en febrero del 2023, bajo el cuidado del autor.  
Pereira, Risaralda, Colombia.*

Partiendo de la historia, me devuelvo a ella, después de un largo peregrinaje por el mundo del imaginario. Así, cuando me dejé seducir por la historia del imaginario, no incluí desde un comienzo a la historia entre los campos susceptibles de ser interpretados también por este. Me han preocupado, en primer lugar, las ficciones cósmicas, luego, el impresionante arsenal del “fin del mundo”. Me detuve sobre el experimento comunista, apreciado como mitología científica materializada. He seguido la gama de las creaciones biológicas, las reglas con las que se inventan los “hombres diferentes” o que devienen “diferentes”, los hombres como cualesquiera otros. Estos caminos a través del imaginario me pusieron frente, de hecho, a una verdad simple, tan simple que casi no la tomo en cuenta: aquella de que todo pasa por nuestra mente, a través de nuestra imaginación, desde la más sumaria representación hasta las más sabias composiciones. ¿Qué otra fuente podría existir? Pero lo que imaginamos no es nunca gratuito. No existe ficción carente de sentido. Incluso, hasta en los planetas más alejados, proyectamos las esperanzas, los prejuicios y nuestras ilusiones, nuestras ideologías, nuestras preocupaciones corrientes (Lucian Boia).

La veintena de capítulos de este libro son una especie de paseo, con aparente libertad de selección y tono— a veces con aparentes rodeos y/o apartes - pero en el fondo con una sólida organización demostrativa y pedagógica cuando se los mira retrospectivamente. No están pensados y escritos con la seriedad (no pocas veces pesada) del magisterio y de su voluntad (¿a la fuerza?) demostrativa. Dan más bien la impresión de que los diversos temas tratados surgen como recuerdos de los problemas que un profesor universitario ya retirado se rememora a la vez recordando sus propias interrogaciones, sus entusiasmos o sus dudas y el balance que la edad y su posición académica actual le permiten con una relativa serenidad matizada a veces de algo que se parece a la ironía y tal vez a la auto-ironía. El título y el subtítulo del libro ya indican también otras de sus tonalidades esenciales. El juego con el pasado. La naturaleza polisémica de la palabra juego ya de por sí abre muchas puertas y desde el inicio deja al lector ante dudas (o sospechas) que el autor ira aclarando, pero en una especie de diálogo con el lector, un compañerismo siempre benevolente y nunca ex cátedra (Bernard Lavallé).

**Facultad Ciencias de la Educación**  
Colección Trabajos de Investigación

e-ISBN: 978-958-722-676-8

ISBN: 978-958-722-370-5



9 789587 223705